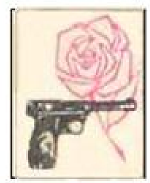


Brigitte EN ACCION

Lou Carrigan

Siempre surge la muerte (1 y 2)

Originariamente esta aventura de Brigitte estaba dividida en dos volúmenes, el número 21 y 22 de la serie Brigitte en acción, que en esta edición ofrecemos juntos.

Brigitte tiene que enfrentarse en esta ocasión a un grupo de espías de la MVD rusa que pretenden inflamar el ambiente de los negros estadounidenses contra los blancos. Para ello tendrá la ayuda inesperada de un negro sorprendente llamado Diamond.



Lou Carrigan

Siempre surge la muerte, vol. 1 y 2

Brigitte en acción - 21

Brigitte en acción - 22

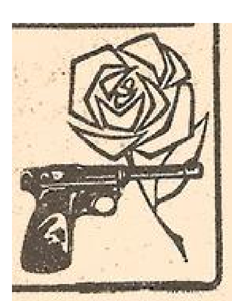
ePub r1.0

Titivillus 29.06.2017

Lou Carrigan, 1965
Diseño de cubierta: Benicio

Editor digital: Titivillus
ePub base r1.2





ARCHIVO SECRETO

Brigitte

EN ACCION



Capítulo Primero

Brigitte salió del cuarto de baño envuelta apenas en la toalla estampada con peces de colores y estrellas de mar; también había hipocampos, o sea, caballitos de mar. Y un «ferocísimo» pulpo que parecía abrazar con sus ocho ambiciosos tentáculos el magnífico cuerpo femenino.

Cuando Brigitte abrió la puerta de su *suite* en el Atlantis Hotel de Miami Beach el botones estuvo a punto de sufrir un desmayo.

—¿Ocurre algo? —sonrió la divina.

—Uuna… una carta… para usted, señorita Montfort.

El muchacho debía de tener unos dieciocho años. Era rubio, espigado, con un montón de pecas mal repartidas por su simpática cara de mozalbete imberbe.

—Muy bien —dijo Brigitte—. Pero se supone que tengo un casillero en la conserjería del hotel.

—Sí… Sí, señorita… Oh, pero es que esta carta es muy urgente.

—Veamos.

Brigitte la tomó. Y enseguida se estremeció: aquella carta llevaba una remite a todas luces bien definido: Morning News New York.

—¿Tiene… algún recado que darme, señorita Montfort?

—Todavía no he leído la carta —sonrió Brigitte.

—Sí, claro… Si necesita algo…

—¿Estás esperando una propina? El botones del hotel enrojeció.

—No, no…

—¿De veras? ¿No quieres una propina?

—No, no… Yo… Bueno, yo me… me conformo con haberla visto, señorita Montfort.

—¡Vaya…! —rió la bellísima—. Ocurre que no suelo llevar bolsillos en las toallas. Pero podemos hacer un trato.

—¿Cuál… cuál trato?

—¿Cuánto es para ti una buena propina?

—No es necesario…

—¿Cuánto?

—Oh, pues… Bueno… Un dólar, dos, cinco… Hay quien da veinte dólares por traerle una carta… Brigitte emitió un gracioso silbidito de admiración, y al muchacho empezaron a temblarle las piernas.

—¡Veinte dólares…! —exclamó la divina—. ¿No es demasiado dinero? Mira, voy a darte propina con la única moneda que tengo a mano…

Movió hacia sí el dedo índice, indicando al botones, que se acercase. El muchacho obedeció. Entonces Brigitte le echó los brazos al cuello y lo besó en los labios… Luego se le quedó mirando maliciosamente.

—¿Vale esto veinte dólares? —preguntó.

El botones estaba pálido. Dio un paso, hacia adelante, uno hacia la izquierda, otro hacia la derecha… Por fin se quedó dos pasos atrás, desorbitados los ojos llenos de admiración, de incredulidad.

Entonces, para evitar complicaciones, Brigitte cerró la puerta de la *suite* y regresó al cuarto de baño, mirando la carta como si se tratase poco menos que de una cobra de agudos colmillos repletos de veneno.

Tiró la toalla a un lado, y volvió a meterse en el agua caliente llena de espuma olorosa, cuidando de no deteriorar la misiva.

La abrió, con una de sus uñas tan primorosamente lacadas. Efectivamente.

Era del ogro, del jefe, del mandamás, del siempre ávido de noticias interesantes: Miky Grogan. Decía:

Mi querida Brigitte:

Frank Minello llegó sin novedad a Nueva York, y me ha asegurado que está usted bien. Tranquilícese, que esta carta no va a traerle tantas complicaciones como la que recibió usted hace pocos días de von Steinheil, el espía alemán. Es tan sólo una carta amistosa, en el amplio sentido de la palabra… La carta que el director de un periódico escribe a una de sus mejores colaboradoras. Yo comprendo que después de lo sucedido en Miami tendrá auténticos deseos de descansar, pero como he

pensado que el soldado descansa muy bien en plena batalla le he buscado algo para distraerla.

Como usted ya sabe en Los Ángeles están las cosas un poco revueltas. Algo serio está ocurriendo en Watts District, el barrio negro de esa ciudad. Por supuesto en nuestro periódico contamos con informaciones de agencias bien distribuidas que nos tienen al corriente de los más importantes acontecimientos nacionales e internacionales. Esto quiere decir que el Morning News está publicando artículos informativos respecto a los sucesos de la rebelión negra en Los Ángeles. Pero…

Pero, querida Brigitte, el Morning News no es un periódico que se conforme con las conclusiones que obtengan ciertos corresponsales o agencias informativas que sirven los mismos artículos a gran cantidad de rotativos. Nosotros queremos servir al público la verdad, toda la verdad, y nada más que la verdad…

¿Modo de hacerlo?

Enviando a Los Ángeles a un periodista importante, astuto, inteligente, bien dotado, con amplia visión, y capacidad para juzgar. Un periodista que sepa escribir de modo que el público se interese por lo que escribe, que sepa llegar hasta el fondo de la cuestión y exponer esa cuestión con agilidad, con amenidad, con astucia, con sabiduría.

¿No está de acuerdo conmigo, querida Brigitte?

Pues bien: no ha sido en absoluto difícil la elección de ese periodista que tendrá que ir a Los Ángeles a enterarse personalmente de todo cuanto allí está ocurriendo. ¿Su nombre?: Brigitte Montfort. De modo que, mi querida muñequita de piernas sensacionales, espero a la mayor brevedad un artículo suyo escrito en Los Ángeles sobre esta cuestión que tan interesado tiene al país y a los servicios informativos del extranjero. No repare en gastos (lo digo porque sé que de todos modos no lo haría). Tome un avión y vaya a Los Ángeles. El Morning News está esperando sus siempre apasionantes artículos.

Besa su mano (pero con gusto besaría otra cosa) quien bien la quiere en todo momento,

Miky Grogan, director

Brigitte dejó la carta a un lado y continuó bañándose, pensativa. Terminó pronto, y salió del cuarto de baño secándose fuertemente con la toalla del pulpo, dando a éste una nueva oportunidad de abrazarla. Se sirvió un cóctel de champán, encendió un cigarrillo, y tras dejarse caer en el sofá llamó por teléfono, pidiendo la cuenta y un pasaje para el primer vuelo con destino a Los Ángeles.

Poco después, cuando estaba terminando de preparar las maletas, el mismo botones de antes le subió un telegrama. Como propina, Brigitte volvió a besar al muchacho. Riendo, cerró la puerta y leyó el telegrama, que también provenía de Nueva York.

LE ASEGURO QUE ESTA VEZ NO HE TENIDO NADA QUE VER EN ESTO *STOP* PALABRA DE HONOR *STOP* BUENA SUERTE Y BESOS *STOP* MIKY GROGAN.

Cuando sonó el teléfono aún estaba perpleja…, y todavía lo estuvo más al decirle el conserje que no había habido necesidad de ir a adquirirle pasaje, pues acababa de llegar al hotel una reserva a su nombre para el vuelo 512 de la American Airlines. No, no tenía ni idea de quién había hecho la reserva y enviado el pasaje al hotel.

Sorprendida por la oportuna y misteriosa reserva, Brigitte dio las gracias, y encargó que le enviasen a alguien para bajar su equipaje y que le pidieran un taxi. Apenas cinco minutos más tarde tenía en la *suite* a dos botones, uno de ellos el pecoso, que guiñó el ojo a su compañero con pícara complicidad, y se hicieron cargo del equipaje.

Abajo, Brigitte pagó la cuenta de hotel y salió directa al taxi que la estaba esperando. El botones pecoso mantenía abierta la portezuela. Brigitte le dio al otro cuarenta dólares de propina, lo que dejó turulato al muchacho; luego se besó la punta de un dedo y tocó con éste los labios del botones malicioso, dejándolo no poco decepcionado y arrepentido de sus guiños. En el futuro tendría más vista para distinguir una clienta descocada de otra simplemente simpática.

* * *

Nada más sentarse en el avión y ver que su vecino de asiento era

Charles Alan Pitzer, Brigitte lo comprendió todo, y señalo acusadoramente con un dedo a su jefe de espionaje.

—¡Usted es quien reservó mi pasaje! ¡Y ahora comprendo el telegrama de Miky! ¡Es una trampa de usted aprovechando que se enteró de que él me enviaba a Los Ángeles…!

—En esa ciudad ha desaparecido uno de mis hombres, Brigitte.

Ésta quedó seria. Permaneció en silencio hasta que hubieron despegado y se quitaron los cinturones y se permitió fumar.

—¿Tengo que buscar a ese agente? —murmuró—. Supongo que es uno de sus muchachos de capa y espada[1].

—Sí. No dispongo de ninguna foto de él en este momento. Todo lo que puedo decirle es que es rubio y que se llama Lyn Galloway.

—Precisamente eso es lo que yo no debería saber. Ya sabe que prefiero llamarlos Simón a todos. Es menos peligroso… para ellos.

—Ya lo sé, pero… ¿cómo habría de proceder a su búsqueda sin conocerlo personalmente ni por fotografía? Lo menos que se le debe facilitar es el nombre, para colocarla en su pista.

—¡Bonita pista…! ¿Cree usted que su muchacho irá por los lugares más concurridos de Los Ángeles con un cartel colgado del cuello que diga: «Me llamo Lyn Galloway, pertenezco a la CIA, y estoy perdido como un niño»?

—Se lo ruego, Brigitte: nada de bromas.

—Es exactamente lo que digo yo: nada de bromas. Y usted me está haciendo objeto de una. ¿De dónde quiere que saque yo a Lyn Galloway? ¿De una manga?

—Ha hecho cosas más difíciles.

—Conteste a una pregunta: ¿usted va también a Los Ángeles?

—Sí.

—Pues busque usted a ese chico rubio llamado Galloway.

—Imposible: debo regresar inmediatamente a Washington.

—No parece que ese muchacho tenga mucha importancia, ¿eh?

Pitzer la miró hoscamente.

—Tiene la misma importancia que cualquier otro agente a mis órdenes.

—Lo siento —se disculpó Brigitte—. De acuerdo, lo buscaré. Pero yo tengo cosas que hacer en Los Ángeles…

—Lo sé. Cosas relacionadas con lo que está ocurriendo en ese distrito negro: Watts. Precisamente Lyn Galloway fue allá por el

mismo asunto.

Brigitte suspiró desalentada.

—Me pregunto, querido amigo, por qué siempre ha de dar tantas vueltas para decir las cosas. ¿Qué ocurre con Watts District y los negros?

—Eso es lo que creí que Galloway me diría…, y lo que espero que me aclare usted. Ya que va a escribir artículos sobre este asunto estará más que justificado que meta las narices en todas partes. A ver qué ocurre, por qué los negros incendian coches y casas, y atacan las tiendas, y se rebelan a la Guardia Nacional, qué es lo que pretenden…, y quién les proporciona armas y ‹cócteles Molotov› y los dirige en esa sangrienta rebelión.

Brigitte se quedó mirando ahora con mucho más interés a Pitzer, quien a su vez la miraba con extática fijeza.

—¿Qué está insinuando?

—Usted me ha oído y entendido bien. Hasta el momento las cuestiones raciales han tenido importancia en cuanto a molestias, algún acto violento, manifestaciones de protesta… Cosas que, en definitiva, no han causado excesivos daños. Parece como si todos los negros aceptasen las palabras de Martin Luther King respecto a que se deben conseguir las cosas por medios pacíficos. Sin embargo, en Los Ángeles la violencia ha sido terrible, ha habido muertes, incendios, atropellos…

—¿Y usted no cree que eso sea obra exclusivamente de los negros amotinados? Pitzer encogió los hombros.

Y se mostró muy cauto:

—No creo nada. Sólo quiero estar seguro de que nadie está excitando a la población negra de Los Ángeles. También quisiera estar seguro de que las armas que poseen los negros no les han sido facilitadas por elementos subversivos. Y, en general, quisiera convencerme de que lo que ellos están haciendo no lo hacen porque alguien se lo haya sugerido u ordenado… ¿No está de acuerdo conmigo en que una de las labores más extendidas en el espionaje internacional es la subversión?

—Algo de eso hay.

—¿Algo? ¡Esto sí que es una broma! En la mayoría de los países que soportan revoluciones éstas han sido instigadas y apoyadas por elementos subversivos, que excitan al pueblo a rebelarse. Esos

elementos subversivos pueden o no ser del propio país, y tener o no buenas intenciones a su manera. Pero otras veces los agentes de países más importantes provocan esas revoluciones. Yo quiero saber si hay alguien detrás de esos negros de Watts District.

—¿Y envió a Lyn Galloway para averiguarlo?

—Así es.

—Y Lyn Galloway ha desaparecido.

—Sin dejar rastro alguno. Y eso es lo que me hace sospechar que algo muy serio está ocurriendo. Generalmente cuando hay víctimas en esta clase de manifestaciones, por llamarlas de alguna manera, tales víctimas aparecen. Maltratadas, mutiladas, muertas incluso…, pero aparecen. ¿Por qué no ha aparecido Lyn Galloway, si es que ha sido víctima de algún choque con los manifestantes negros? Y si no ha ocurrido esto… ¿por qué ha desaparecido?

—Usted cree que él llegó a saber algo…, y que lo quitaron de la circulación por eso.

—Es una de mis hipótesis.

—Quiere decir, naturalmente, que admite la presencia, la… intervención de espías extranjeros en todo este asunto.

—¿Usted no?

Brigitte reflexionó muy brevemente.

—Es posible —admitió—. ¿De qué país cree que pueden ser esos hipotéticos espías?

—¿De qué país habrían de ser? —Volvió a gruñir Pitzer.

—Ya veo… —suspiró Brigitte—. De todos modos estoy un poco aburrida de vérmelas con espías soviéticos. Y reconozca usted que nosotros también hacemos lo posible por buscarles molestias a ellos.

—En la guerra fría cabe todo. Personalmente, no censuro al espionaje extranjero, sea cual sea, ya que nosotros tenemos las mismas actividades en otros países. Pero nuestra misión es vigilar y proteger nuestro país. ¿De acuerdo?

—De acuerdo —sonrió la hermosa.

—¿Hará lo que le pido?

—Desde luego.

—Una última cosa: ¿tiene usted algo… digamos de tipo personal contra los negros?

Brigitte miró irónicamente a Pitzer.

—No sea absurdo. Mi madre era francesa, mi padre era alemán y

yo soy norteamericana. Del mismo modo mi madre podía haber sido negra, mi padre amarillo, y yo tener un extraño color morado y estar viviendo en Groenlandia con los esquimales. No señor: no tengo nada contra los negros, ni contra los esquimales, ni contra los papúes… ¿Satisfecho?

—Por completo. ¿Qué tal si le pedimos un poco de café a esa lindísima azafata?

—¡Me está siendo infiel! —rió Brigitte.

Capítulo II

Brigitte llegó desalentada al hotel donde se había hospedado en Los Ángeles. Desalentada y deprimida, pero consciente de que, al fin y al cabo, no es fácil localizar a un espía desaparecido en una ciudad como aquélla. Un espía no es precisamente la clase de persona que va dejando su tarjeta de visita por todos los lugares que frecuenta.

Aquella vez Pitzer le había dado un hueso demasiado duro para sus dientecitos. Llevaba casi dos días dedicada a recopilar datos para la redacción de la serie de artículos que enviaría al Morning News, y, por supuesto, indagando el paradero de un hombre rubio llamado Lyn Galloway.

Desesperante.

Sencillamente desesperante.

Desde luego tenía datos suficientes para llenar aquellos artículos, pero, a fin de cuentas, el Morning News no precisaba de un modo vital sus narraciones de lo que sucedía en Los Ángeles para salir adelante. En cambio sí era vital para Pitzer, y con toda seguridad para el propio Lyn Galloway, que ella encontrase a éste.

Se metió en el ascensor, ignorando las miradas de los hombres, a las que ya estaba acostumbrada. Llegó a sus habitaciones, y pensó que una buena idea sería darse un baño, cenar allí mismo, y luego dormir doce horas seguidas. Era lo menos que se merecía, después de cuarenta y ocho horas sin hacerlo. Encargó la cena por teléfono y luego se dispuso a tomar un baño de agua caliente. Pero los teléfonos siempre suenan cuando una linda muchacha está en el baño o a punto de meterse en él.

Y eso sucedió.

Cansadísima, Brigitte atendió la llamada.

—¿Sí?

—¿Señorita Montfort?

—Sí… ¿Con quién hablo?

—Usted está buscando a un hombre llamado Lyn Galloway. ¿Okay?

—Sí… Okay. ¿Sabe usted dónde está?

—Salga ahora mismo del hotel y diríjase a Santa Mónica… Tiene coche, ¿no es cierto?

—Sí. Alquilé uno.

—Bien. Vaya a Santa Mónica, a la playa. Busque el lugar donde están las barcas de pesca. Hacia la derecha verá un trozo de playa lleno de pinos. Camine hacia allí. Y vaya sola. Yo la veré.

—¿Con quién…? Clic.

Brigitte se quedó mirando entre asombrada e irritada el auricular. Su comunicante había colgado. Hizo ella lo mismo, estuvo unos instantes pensativa, y, por fin, encogió los bellísimos hombros. De acuerdo. Si alguien estaba jugando ella iba a entrar en la partida. Y si creían que se iba a acobardar estaban listos.

Repasó la pistolita de cachas de madreperla, y la escondió en el seno. Tomó un lindo chal del armario, del mismo color azul de sus ojos, y abandonó la *suite*.

* * *

La espuma de las olas brillaba al resplandor de la luna. Se veían luces de yates y pesqueros mar adentro, y, hacia el fondo, las de Avalon, en la isla de Santa Catalina. Efectivamente hacia la derecha había una nutrida pineda y algunas pocas palmeras diseminadas cerca de la orilla. Se preguntó por qué las palmeras de Miami le parecían más erguidas y robustas. ¿Podía influir la diferencia de tan sólo ocho grados de latitud?

Caminó hacia los pinos, muy atenta. Había sacado la pistolita, y la llevaba firmemente empuñada bien envuelta la mano en un extremo del chal. Si esperaban darle una sorpresa a lo mejor salían un poco quemados del encuentro.

Poco antes de llegar a los pinos vio a un hombre alto y de hombros anchos que se dirigía también hacia allí, proveniente del paseo de la playa. Casi enseguida se dio cuenta de que era negro. Un magnífico ejemplar de hombre negro. Ella caminó un poco más hacia los pinos, y allá se detuvo, apoyó la espalda en uno de ellos, y quedó orientada hacia el hombre, que, ahora ya sin duda de

ninguna clase, se dirigía hacia ella.

Podía ser su comunicante, o ser uno de tantos golfos, lo mismo negros que blancos, que se dedicaban a molestar a las chicas, o a confundirlas siempre con cierta clase de mujeres.

Se detuvo delante de ella y se la quedó mirando con mucha atención, como si estuviese preguntándose precisamente qué clase de mujer era.

—¿Señorita Montfort?

—Sí. ¿Es usted quien me llamó al hotel?

—Así es.

—¿Cómo sabe mi nombre? ¿Quién le dijo en qué hotel estaba yo alojada?

El negro encogió los hombros.

—Usted estuvo todo el día y la noche de ayer y todo el día de hoy rondando por Watts Distric.

—Soy periodista. Se supone que enterarme de lo que ocurre en ese distrito es mi trabajo.

El negro volvió a encoger los hombros.

—Yo no sé… Pero, sí sé que usted se interesaba por un hombre llamado Lyn Galloway.

—Es cierto. Es… un colega mío, que vino a hacer unos reportajes a Los Ángeles. Y como no teníamos noticias de él tuve que venir yo. ¿Usted lo ha visto?

—No. Todo lo que puedo decirle es que sé que un hombre llamado así estuvo en Santa Catalina, rondando un yate llamado World Sun.

—¿De quién es ese yate?

—No lo sé.

Brigitte estuvo unos segundos mirando hacia la intensa luz de Avalon, en Santa Catalina. Miró de nuevo al negro, como si ella también estuviese preguntándose con qué clase de tipo estaba tratando y cuáles eran sus propósitos.

—¿Usted quiere decir que Lyn Galloway estuvo en esa isla?

—Claro.

—De acuerdo. Y él rondaba un yate llamado World Sun. Ahora dígame quién es usted, por qué me ha dicho todo esto y cómo se ha enterado de todas estas cosas.

—Tendrá que conformarse con lo que le he dicho. Adiós.

El negro dio media vuelta, dispuesto a alejarse, y Brigitte desenredó su mano del chal, mostrando la pistola, con la que apuntó a la espalda del negro.

—Un momento —exigió—. Vea esto y… Plop.

Plop.

El negro dio un violento salto hacia adelante, volviéndose hacia ella, resaltando mucho el blanco de sus ojos desorbitados por el asombro. Cayó de bruces en la arena y quedó inmóvil.

Durante un par de segundos Brigitte estuvo como paralizada por el estupor. Fue el tiempo que tardó en comprender que aquellos dos disparos apagados no los había hecho ella con su pistolita. Y al comprender que alguien más estaba allí, escondido entre los pinos, quiso volverse, lista la pistola por si también querían matarla a ella…

Querían.

Apenas dejó de tener su espalda apoyada en el tronco del pino oyó un nuevo plop, y un puñado de astillas pulverizadas dio en su rostro. Se escondió de nuevo, colocándose de lado detrás del tronco, justo cuando otra bala pasaba silbando muy cerca de ella. Oyó el seco crujido del aire desplazado por el proyectil que pasó un poco alto, a menos de un palmo de su cabeza.

Tendido en el suelo el negro empezaba a moverse, gimiendo… De la oscuridad brotó otro disparo, y por tercera vez fue alcanzado el cuerpo del negro, que se estremeció y volvió a hundir el rostro en la arena.

Brigitte saltó de detrás del pino, tirándose sobre la arena al amparo de unas pitas rayadas, y deslizándose seguidamente, con toda rapidez, hacia otro grupo de matas. Y supo que la persona emboscada no estaba dispuesta a continuar la pelea cuando oyó el crujido de la arena bajo los pies de alguien que se alejaba corriendo. Estuvo a punto de salir en su persecución, pero pensó que quizás eran varios y que le estaban tendiendo una trampa, de modo que permaneció inmóvil, silenciosa, esperando nuevos acontecimientos.

No llegaron.

Por lo visto sólo había tenido frente a ella a un enemigo, que optó por huir quizá para no prolongar una situación que podía resultarle peligrosa, o, cuando menos, comprometida.

Optó por regresar junto al caído negro. Se arrodilló a su lado y le puso una mano en la carótida. Todavía latía. Se metió la pistolita en su habitual escondrijo y colocó ambas manos bajo uno de los anchos hombros del negro, dispuesta a darle la vuelta. En aquel momento una ligerísima lancha motora pasaba por la playa, virando, para alejarse mar adentro. El sonido había brotado de pronto. No era el de una lancha que ya hubiese estado acercándose allí, sino de una que había estado a la espera de su tripulante: ni más ni menos que el hombre que había hecho los disparos contra ella y el negro, y que ahora escapaba.

Mala suerte.

Brigitte dedicó de nuevo su atención al negro. Con no poco esfuerzo consiguió mover aquella mole de músculos hasta darle la vuelta. Con la punta del chal limpió la arena de la crispada boca del hombre.

Los labios de éste se movieron débilmente:

—Dia… Diamond…

Brigitte se inclinó mucho sobre él.

—¿Está llamando a alguien?

—Diamond…

—Diamond ¿qué más? ¿Dónde puedo encontrarlo?

—Diamond, her… hermano…

—¿Diamond es su hermano?

La cabeza del negro se movió afirmativamente.

—Yo lo buscaré. ¿Dónde vive?

—Diamond… Diamond Dowen, ochenta… y dos…, Jagger Lane, en… en Los…

—En Los Ángeles —acabó Brigitte—. ¿Jagger Lane está en Watts Distric?

—Sí…

—¿Cómo se llama usted? Tendré que decírselo a su hermano…

—Lemmuel… Dowen… Busque… busque a Diamond…

—Lo haré. Pero antes que nada le llevaré a usted a un hospital.

—¡No! Vaya a ver… a Diamond… ahora… ¡Ahora!

—Ciertamente puedo dejarlo a usted aquí e ir a buscar a su hermano, pero él puede esperar, y usted necesita urgentemente la atención de un médico.

—Ya… ya no será… ne… cesa… rió…

—De todas maneras creo que deberíamos intentar… Dowen. ¿Me oye, Dowen?

La cabeza de Lemmuel Dowen había colgado brusca y blandamente hacia un lado. La luna brilló trágicamente sobre la sangre que resbalaba por un lado de la boca del negro. Había quedado con los ojos muy abiertos; parecía asombrado, incrédulo. Brigitte se mordió los labios, preocupada. ¿Qué podía hacer? Desde luego no iba a llevar consigo a aquel hombre. Si estaba relacionado con asuntos de espionaje no era ella la persona indicada para comprometer su propia misión por hacerse cargo del cadáver de un hombre.

Se incorporó y se quedó mirando el profundo rasponazo de la bala en el tronco del pino tras el cual había estado ella oculta. Era lo bastante grueso para haberla protegido de las balas. Pero quizá la próxima vez no tuviese un pino a su espalda; y eso iba a resultar doblemente peligroso teniendo en cuenta que el hombre que había matado a Lemmuel Dowen debía de haberla visto a ella, y sería capaz de reconocerla o localizarla en cualquier instante.

Con ambas manos cogió una de las muñecas de Lemmuel Dowen y fue tirando de él hacia el interior de la pineda. Invirtió casi diez minutos en colocarlo en un lugar oculto. Luego se apoyó en un tronco y se pasó una mano por la frente, enjugando el sudor; decididamente no era cosa fácil mover aquel montón de músculos. Esperó un par de minutos, para recuperar el aliento, y luego se dedicó a borrar la amplia huella dejada por el cuerpo de Dowen, y las suyas propias. Y al hacerlo pensó en que el hombre que había asesinado a Dowen por la espalda también debía haber dejado huellas.

Se adentró más en la pineda. Y no tuvo que buscar mucho ni muy adentro. Como a ocho metros del árbol donde ella había estado apoyada vio la pinocha removida junto a la base de otro pino. En el suelo, cruzándose unas con otras, había varias huellas de pies, pero bastante confusas. Tenía que haber más en la arena si, como sospechaba, el asesino había partido en aquella lancha. Fue hacia la playa, viendo de cuando en cuando puntos donde la pinocha y la tierra habían sido removidas. Cuando llegó a la arena pudo ver perfectamente las grandes huellas, muy separadas en dirección al agua. No cabía duda de que el hombre había corrido hacia la lancha

que tenía en la orilla. Tampoco cabía dudar ya de que se trataba de un hombre. Aquellos profundos hoyos, tan largos y anchos, no podía haberlos hecho una mujer. Las huellas llegaban hasta la orilla del mar, color plata y negro. Brigitte se quedó mirando las lejanas luces de la isla de Santa Catalina.

—Muy bien —susurró—: quienquiera que seas, tú y yo tenemos una cuenta pendiente, asesino.

Regresó por entre los pinos. Pasó de nuevo junto al tronco a cuyo pie se veían las huellas primeras, el punto desde el cual había disparado el asesino. Y quedó aturdida, confusa. Tras unos cuantos cálculos respecto a las posiciones que había ocupado ella y las que pudo tomar el asesino llegó a la sorprendente conclusión de que, siquiera por unos segundos, la mitad derecha de su espalda había sido fácil blanco para aquella pistola con silenciador, por mediano que fuese el emboscado tirador.

—No lo entiendo… No.

No lo entendía.

Y pensando en ello regresó hacia Santa Mónica, en busca del precioso deportivo Thunderbird color azul que había alquilado apenas llegar a Los Ángeles.

Ahora tenía que encontrar a Diamond Dowen, el hermano del hombre asesinado.

Capítulo III

Diamond Dowen estaba sentado a la mesa bajo una sola bombilla que, gracias a la desportillada pantalla de porcelana, parecía enviar su más densa luz sobre el libro. Además del libro en la mesa había un par de bocadillos y un gran vaso de leche; un cenicero muy grande, casi repleto de colillas; y un estuche de cerillas de propaganda; papeles y un bolígrafo.

El apartamento era pequeño y sórdido. Un cuarto de estar pequeño, un aseo, una cocina diminuta y un dormitorio con dos camastros. Sobre uno de los hornillos de la cocina, la cafetera, calentándose el agua.

Y Diamond Dowen leyendo el libro como si fuese lo más importante de su vida. Lo era.

Un libro de Leyes; viejo, usado ya, comprado de baratillo, como los demás que se veían perfectamente alineados en una modesta biblioteca evidentemente hecha a base de buena voluntad por alguien que de aquellos trabajos sabía muy poco.

Diamond Dowen medía metro ochenta y seis. Al primer golpe de vista parecía delgado. Luego, uno se daba cuenta de que todo su cuerpo era un solo músculo perfectamente sincronizado, como si a una sola orden cada una de las fibras musculares fuese a quedar dispuesta para dar el máximo rendimiento.

Con todo, la cabeza de Diamond Dowen era lo más notable de él. Bien cortada, de cabellos ensortijados, muy cortos, orejas pegadas al cráneo, labios y nariz no en exceso abultados, blanca la córnea de los ojos negrísimos. Y unos dientes excepcionalmente blancos y fuertes. La frente estaba bien curvada, era amplia.

Resultaba forzoso comprender que todo el contenido del grueso libro de Leyes no hallaría demasiados obstáculos para pasar detrás de aquella frente de líneas inteligentes.

Afuera y como lejos se oían gritos, disparos, silbatos de la policía

y sirenas de coches policiales.

Afuera Watts District se estremecía en el brutal choque de la Guardia Nacional, la Policía, los hombres de la 160 Brigada de Infantería…, y los negros, habitantes del distrito de Watts.

El general Roderick Hill, comandante de la Guardia Nacional de California; William H. Parker, jefe de la Policía de Los Ángeles; Samuel Yorty, el alcalde de la ciudad, debían estar estudiando todos los medios para aplacar aquella furiosa rebelión, aquella manifestación que había prendido como un montón de pólvora sobre el cual se arroja una cerilla encendida. Se abatía a los francotiradores negros, se lanzaban bombas lacrimógenas, se luchaba contra el lanzamiento por parte de los negros de «cócteles Molotov…».

Sí. Afuera todo era un infierno de rebelión, de pillaje, de sangre, de muertos y heridos…

Pero adentro, en su cubil, Diamond Dowen seguía su camino, impertérrito. Continuaba estudiando. Nada se conseguiría por aquellos medios del exterior. Y, sin embargo, todo llegaría. Para entonces, él podría ser abogado. Causaría asombro a muchos, incredulidad a la mayoría, pero él seguiría su camino. Aquél era su modo de luchar: nada de salir a romper cristales o tirar piedras, o incendiar algún almacén.

Aquél era su modo…, y lo seguiría hasta el final, mientras le dejasen en paz.

Y no.

No le dejaban en paz. Ni siquiera eso podía tener.

Quienquiera que fuese la persona que llamaba a la puerta de su lóbrego apartamento llegaba para robarle un poco de su paz, un poco de su escaso tiempo. Bien. Abriría la puerta y le diría a quien fuese que no le molestasen.

¿O ni siquiera debía molestarse en abrir?

Pero la llamada se repitió, más fuerte, con más insistencia. Entonces Diamond no tuvo más remedio que levantarse, ir hacia la puerta, y abrirla.

—¿Diamond Dowen?

Por un instante Diamond creyó estar soñando. La persona que había hecho la pregunta, con voz tensa y mirando preocupada hacia el fondo de la escalera de madera, era la mujer blanca más hermosa

que viera jamás. Cabellos negros, ojos azules, boca sonrosada, dientes blanquísimos. Y un cuerpo que era una escultura indiscutible.

—¿Es usted Diamond Dowen? —insistió Brigitte.

—Sí.

—Tengo que hablar con usted.

Brigitte entró, sin esperar la autorización. Diamond miró hacia abajo, con expresión un tanto inquieta. Luego entró, cerró la puerta, y se quedó mirando a la muchacha.

—Temo que ha cometido usted una imprudencia, señora.

Ahora era Brigitte quien contemplaba incrédulamente a Diamond, quien por todo atavío llevaba unos *shorts* amarillos, ya viejos y gastados.

Brigitte parpadeó, reaccionando.

—Señorita, señor Dowen.

Los colosales hombros se encogieron un instante.

—Tanto da. La imprudencia sigue existiendo. Y me pregunto cómo es posible que usted haya conseguido llegar hasta aquí.

—No fue demasiado fácil, eso es cierto. Incluso creo… creo que algunos hombres me han seguido hasta el portal.

—Entonces subirán a buscarla.

—¿Para qué?

Diamond le dirigió una rápida mirada llena de mal humor que no pudo ocultar.

—No sabría decírselo con exactitud. Lo que sí sé es que si yo fuese una mujer blanca no habría entrado en Watts District en estos días. Supongo que habrá tenido unos motivos muy poderosos para venir aquí.

—Así es.

—¿Ha venido, quizás, a verme precisamente a mí?

—Han matado a su hermano.

Diamond Dowen pareció no haber oído. Fue hacia la mesa, cerró el libro, y luego lo colocó junto a los otros, en la modesta librería. Luego regresó a la mesa, encendió un cigarrillo, y se quedó mirando fijamente a Brigitte, en silencio.

Ella se pasó la lengua por los labios.

—Creí… creí que le interesaría saberlo. Se trata de su hermano Lemmuel.

—Sólo tengo uno, de modo que sé que tiene que ser él —dijo con voz un tanto velada Diamond—. Supongo que no ha sido usted quien lo ha matado.

—¡Claro que no!

—Claro… De otro modo no habría venido a decírmelo. ¿Quién ha sido?

—No lo sé.

—¿Dónde está él ahora?

—Lo… lo escondí en un lugar de la playa de Santa Mónica.

—¿Quién es usted? ¿Qué tiene que ver con mi hermano?

—Él me llamó por teléfono a mi hotel y me citó allí, en la pineda de la playa de Santa Mónica. Quería hablarme sobre un amigo, un colega al que yo estoy buscando…

Brigitte relató a Diamond Dowen lo que había ocurrido desde que Lemmuel la llamase por teléfono a su hotel. Diamond escuchó en silencio, fumando pensativamente, como si ni siquiera estuviese prestándole atención.

—Y eso es todo. Me pareció que debía avisarlo a usted, tal como él me pidió.

—Se lo agradezco mucho. Está bien, iremos a buscarlo. ¿Tiene usted coche afuera?

—Bueno… Lo dejé más allá de Watts.

—Espero que consigamos llegar a ese punto. Y sigo pensando que ha cometido una gran imprudencia, señora.

—Señorita. Brigitte Montfort, periodista… Y señorita.

—Me visto en un segundo.

—Está bien. Le espero.

Diamond se dirigió al dormitorio, y Brigitte se acercó a los libros. Quedó un tanto perpleja al ver los temas sobre los que versaban en su totalidad pero no hizo comentario alguno. Echó un vistazo alrededor, un poco deprimida ante el aspecto realmente sórdido del lugar.

—¿No le gusta mi casa?

Se volvió rápidamente, un poco sobresaltada. Diamond Dowen estaba en la puerta del dormitorio, abrochándose el cinto que sujetaba los pantalones a su brevísima cintura. Se había puesto una camisa negra, unas zapatillas de baloncesto, y una cazadora corta de denim. Resultaba sencillamente impresionante.

—Oh, sí… Sí, claro.

—No es cierto. Sé que no le gusta. Tampoco me gusta a mí, pero no tengo otro sitio donde dormir. ¿Por qué quiso hablar mi hermano con usted?

—No lo sé. Yo estuve preguntando por mi colega en este distrito, y quizás él se enteró de algo y quiso decírmelo.

—¿Por qué motivo?

—¿Cómo quiere que lo sepa? Se limitó a decirme lo que sabía, eso fue todo Entonces quiso marcharse, y fue cuando le dispararon.

—¿Cree que lo mataron por algo relacionado con lo que él le dijo?

—No entiendo.

—Le pregunto si opina que quien lo mató tenía algo que ver con usted, o con la desaparición de ese amigo suyo…, o bien le dio impresión de ser algo personal entre mi hermano y quien disparó.

—Tampoco sé eso.

Diamond estaba guardándose el tabaco y las cerillas en un bolsillo, dirigiendo breves y rápidas miradas a la angelical criatura que tenía ante él.

—¿Dijo que su amigo estaba rondando un yate llamado World Sun?

—Eso dijo su hermano.

—De acuerdo. ¿Qué piensa hacer usted?

—No lo sé.

Era mentira. Sabía muy bien que su próximo paso sería investigar a las personas relacionadas con aquel yate. Era su única pista, y, posiblemente, resultaría buena. En cuanto a los motivos por los que habían asesinado a Lemmuel Dowen, estaba convencida de que tenían que ver con lo que él le había dicho en la playa de Santa Mónica.

Debían de haber sospechado de él por cualquier motivo, lo habían seguido, quizá sabiendo también el asesino que ella había estado buscando a Lyn Galloway, presumió que Dowen iba a darle información al respecto y decidió liquidarlo.

—¿No lo sabe? No me diga que va a desperdiciar la oportunidad de saber algo de su amigo haciendo una visita a ese yate llamado World Sun.

—Es posible que lo haga. ¿Y usted?

—De momento recogeré el cadáver de Lemmuel.

—¿No le ha impresionado su muerte?

—¿Qué puede importarle esto a usted?

—Puede que me importe lo que piense usted hacer, por lo menos.

—Será mejor que nos vayamos ya. No se separe de mí en ningún momento, y tenga en cuenta…

Se oían voces y pisadas en la escalera. Voces broncas, irritadas. Las pisadas resonaban fuertemente en los peldaños de madera, y las voces se iban oyendo más y más claramente dentro del pequeño apartamento. Diamond se quedó mirando la puerta. Apenas tres segundos después se oían en ésta unos fuertes golpes, y gritos en el rellano.

—¡Diamond! ¿Está contigo esa mujer?

Él se acercó a la puerta, pero no la abrió.

—Largaos de aquí. Esto no es asunto vuestro.

—¡Abre la puerta!

—¡He dicho que os marchéis! Id a quemar cosas y a tirar piedras. No os metáis conmigo, os lo advierto. ¡Largaos!

Afuera se oyeron voces más airadas aún, y ruido de pies. Algunos golpes fueron dados contra la madera, con violencia. La puerta comenzó a retemblar como si fuese a saltar de un momento a otro. Diamond miró hacia Brigitte, y sonrió irónicamente cuando la vio con la pistola en la mano, muy pálida, pero, según parecía, dispuesta a hacer frente a la situación.

—Guarde eso —aconsejó—. No va a servirle de nada si ellos consiguen entrar. Lo mejor que podemos hacer es marcharnos.

—Pero ellos… ellos están ahí fuera…

—No saldremos por ahí. —La puerta saltaba ya bajo los fuertes golpes de quienes querían entrar a toda costa—. Dese prisa: van a romper la puerta de un momento a otro. Usted debió comprender que se estaba metiendo en la boca del lobo.

Cogió a Brigitte de un brazo y tiró de ella hacia la pequeña cocina. Apenas habían traspuesto el umbral cuando la puerta del apartamento saltó hacia un lado, arrancado el pestillo por los fortísimos golpes del otro lado.

Cinco o seis hombres negros entraron a trompicones en el apartamento, mirando a todos lados y viendo todos casi a la vez a

Brigitte y a Diamond en la entrada de la cocina.

—¡Ahí la tenemos!

Brigitte quedó un momento como aterrorizada, pero reaccionó prontamente. Sobre la pila de la cocina había un cuchillo. Ella lo cogió y lo entregó a Diamond.

—¡Tenga, defiéndase con esto! ¡Yo tengo mi pistola!

—No dispare. Y salga por la ventana. Podrá trepar fácilmente hacia el tejado. Espéreme allí: enseguida me reúno con usted.

Sin hacer caso del cuchillo que ella le tendía Diamond Dowen regresó al cuarto de estar, encarándose con la media docena de negros. Uno de ellos tenía en la mano una vieja Luger, otro una barra de hierro, y los otros cuatro, navajas.

—Marchaos —dijo Diamond—. No me obliguéis a pelear con vosotros.

Uno de los negros soltó una risotada.

—No seas tonto, Dy: sólo queremos a la chica. Así nos explicará qué ha venido a hacer por aquí. No seas egoísta: ¡no te la vas a quedar para ti solo, hombre! ¡Apártate ya!

—Apartadme vosotros.

Capítulo IV

Uno de los que empuñaban navaja soltó una risita, dio un par de pasos hacia delante, y amagó una cuchillada hacia el vientre de Diamond Dowen, más bien como una broma divertida.

Pero Diamond no estaba para bromas. Y sabía que en pocos segundos aquellos hombres empezarían a tomarse en serio la situación y saltarían contra él. De modo que, al mismo tiempo que se apartaba hacia un lado, se dejaba caer de manos al suelo y alzaba los pies, con tal rapidez y habilidad que golpeó con ellos en la cabeza a su adversario, derribándolo instantáneamente sin conocimiento, debido al bien aplicado rabo de arraia[2].

El de la pistola orientó inmediatamente el arma hacia Diamond, pero éste, siguiendo el impulso de sus piernas, acabó la vuelta y dio inmediatamente otra, del mismo estilo. Uno de sus pies golpeó la mano armada y la pistola saltó por el aire.

El de la barra de hierro lanzó un rugido de rabia y saltó contra Diamond, que le vio venir y se lanzó en tremendo golpe de martillo contra él, impulsándose con las piernas por delante. El golpe fue impecable: uno de los pies de Diamond dio en la cara del atacante y el otro en un costado, con tal violencia que el hombre salió disparado hacia atrás y se estrelló de coronilla contra la pared, donde rebotó para caer de bruces.

Viendo a Diamond en el suelo otro de los intrusos quiso saltar hacia él, navaja en alto. No se enteró bien de lo que ocurrió a continuación. Todo lo que supo en aquel momento fue que, apoyado con una mano en el suelo, Diamond lanzó sus dos piernas hacia él, y que el golpe recibido en las suyas lo envió dando tumbos contra la pared, junto a la cual se estaba incorporando trabajosamente el anterior. Pero Diamond no le dio tiempo. Saltó sobre su cabeza y se la aplastó contra el suelo con todo el peso de su cuerpo, encogido, de modo que los navajazos de los otros no le

acertaron. Saltó hacia un lado, apoyó de nuevo ambas manos en el suelo, y abatió al de la pistola, justo cuando se disponía a recuperarla, con otro rabo de arraia tan certero como el anterior.

De los que quedaban en pie navaja en mano dos de ellos saltaron de nuevo hacia Diamond, mientras el tercero se tiraba al suelo a recoger la pistola de su compañero puesto fuera de combate. Sonó un estampido agudo, breve, y la pistola fue alejada de su alcance por un balazo. El hombre lanzó un rugido de rabia y miró hacia la puerta de la cocina, viendo a Brigitte allí, apuntándole con la pistola. Echó el brazo hacia atrás, dispuesto a tirarle la navaja, pero la pistolita volvió a ladrar agudamente; esta vez el plomo se llevo la navaja y dos dedos del negro, que lanzó un aullido y se tiró detrás de la pistola sin darse por vencido. Un puntapié de Diamond, que acababa de esquivar a los otros dos, le acertó de lleno en el estómago, y cuando se inclinaba un golpe de media luna de compás le alcanzó justo en la garganta, tirándolo fuera del apartamento sin sentido.

De los dos que quedaban en pie, uno lanzó una cuchillada que parecía inevitable. Pero quizás estaba demasiado cerca de Diamond. Lo cierto es que éste se inclinó hacia delante flexionando la cintura, y, al mismo tiempo que el cuchillo pasaba por encima de él, lanzaba un taconazo a su enemigo entre las ingles, tirándolo de espaldas al suelo, desencajado el rostro por el dolor intensísimo.

Otro disparo efectuado por Brigitte atravesó la mano del último de los seis negros que quedaban en pie, haciendo saltar la navaja…

—¡Corra! —Ordenó Diamond—. ¡Están viniendo más!

Era cierto. Brigitte se dio cuenta de que, realmente, llevaba algunos segundos oyendo las pisadas y las voces en la escalera. Pero estaba fascinada ante la rapidez poco menos que relampagueante de Diamond Dowen, que en pocos segundos se había quitado de encima a todos sus contrarios.

El último, que gemía apretándose la mano herida con la sana, recibió un doble martillo en los riñones que lo dejó en el suelo paralizado, perdido el resuello. El que había manejado la barra al principio se estaba incorporando, a pesar de los fuertes golpes recibidos. Diamond lo tiró fuera del apartamento, por encima del otro, con una media luna de compás. Luego, y justo cuando empezaban a verse nuevas caras subiendo la escalera, lo tiró

rodando peldaños abajo, frenando un poco la carga que estaba siendo lanzada contra él por no querer entregar a la mujer blanca que se había atrevido a penetrar en Watts District en aquellas circunstancias.

Cerró la puerta; pero comprendiendo que no podría hacer nada por sujetarla, ya que la cerradura había saltado antes, echó a correr hacia la cocina. Empujó a Brigitte, cerró la puerta de la cocina, y corrió hacia la ventana, que abrió de un manotazo.

—¡Dese prisa! ¡Ya debería estar arriba…!

No era momento de discutir. Brigitte se subió las faldas y pasó una pierna por el alféizar. Afuera se oyó el innecesario golpetazo de la puerta del apartamento al ser abierta a patadas. Un par de segundos después la de la cocina comenzaba a saltar a pedazos.

Se encontró colgada de una escalerilla de hierro que subía completamente vertical hacia el borde del edificio. Era estrecha estaba sucísima, y los travesaños eran tan delgados que se clavaban sus manos. Asustada, miró hacia abajo. Eran sólo dos pisos pero si caía podía considerarse peor que muerta. Abajo un grupo de negros señalaba hacia arriba gesticulando mucho.

Una de las manos de Diamond se apoyó en sus nalgas y Brigitte se sintió alzada raudamente. Uno de sus zapatos se desprendió del pie, pero éste quedó en uno de los travesaños. Lo demás resultó mucho más fácil, pudiendo subir hacia el tejado, despavorida ante aquel coro de aullidos furiosos. Diamond llegó pegado a ella justo cuando se oían gritos en la ventana de la cocina y varios hombres más llegaban corriendo allá, con antorchas encendidas.

—¡Dios mío…! —gimió Brigitte.

—¡Corra!

Él la cogió de una mano y echó a correr por el tejado. Apenas habían llegado al límite de éste con otro cuando un negro saltaba también allí, desde el final de la escala de hierro. Brigitte estaba a punto de saltar cuando quedó paralizada de espanto. Había un hueco entre ambos tejados, con un oscuro patio al fondo. Además, el otro lado estaba más bajo.

—¡Salte! ¡Vamos, salte…! —gritó Dowen.

La tomó en brazos y saltó con ella, salvando fácilmente el hueco. Él fue el primero en ponerse en pie tras rodar por el suelo, la ayudó empujándola hacia el de más allá, mientras en el borde del que

acababan de dejar atrás aparecía un negro, brillando en su mano una navaja. Brigitte alzó la pistolita y disparó. El hombre soltó un aullido, se balanceó hacia delante, y cayó en el hueco de separación, prolongando espantosamente el aullido. Aún no se había oído el golpe de su cuerpo contra el piso del patio cuando ya otro negro apareció en el borde, saltando hacia ellos.

—¡Corra! —insistió una vez más Diamond.

Él esperó a pie firme al nuevo antagonista y tuvo oportunidad de aplicarle el temible golpe caída de la ladera, con pleno acierto. Alcanzó las piernas del otro con el puntapié, alzándoselas, de modo que el hombre dio una vuelta como un aspa y cayó de cabeza al suelo, perdiendo instantáneamente el conocimiento. Diamond dio la vuelta y echó a correr detrás de Brigitte, que, contra toda orden y consejo, lo esperaba pistola en mano en la separación del siguiente tejado. Volvió a tomarla de la mano y corrieron juntos saltando de un tejado a otro hasta llegar al otro lado de la manzana.

—No podemos seguir… —jadeó Brigitte.

Diamond se descolgó por el alero con una mano, sin hacerle el menor caso, y le tendió la otra.

—¡Vamos, deme la mano y salte!

Brigitte se mordió los labios, pero obedeció. Dio la mano a Diamond y saltó. Notó el fuerte tirón, pero enseguida se encontró con los pies rozando al alféizar de una ventana. Los apoyó allí y esperó a Diamond. Éste se colocó en el mismo sitio, y de allí saltó los tres metros hasta la calle. Luego extendió los brazos.

—¡Salte! ¿Qué está esperando?

Ciegamente confiada en aquel asombroso hombre, Brigitte obedeció de nuevo. Diamond la tomó en el aire, la depositó en el suelo, y volvió a tirar de su mano. Dos calles más allá se detuvieron un instante al notar el gran resplandor a su espalda.

—Mis libros —murmuró Diamond—. Han quemado mis libros…

—Han quemado toda la casa —dijo Brigitte.

—Lo sé. Pero mis libros…

Pareció que fuese a quedar paralizado allí, pero de pronto reemprendió la fuga, arrastrando a Brigitte, que aparte de no poder soportar la veloz marcha del atleta negro llevaba descalzo un pie y cojeaba continuamente, a punto de caer. De pronto, lo inesperado, la salvación: un coche de la Policía, con su luz verde y roja

giratoria, apareciendo por un cruce de dos calles. La luz de uno de los faros laterales cayó sobre ellos, y el coche rodó a toda marcha en aquella dirección. Los inmovilizaron en una acera, subido el coche a ella, y los hombres de la patrulla policial se apearon a toda prisa y avanzaron amenazadoramente hacia Diamond Dowen.

—¡No, no…! —Protestó Brigitte—. ¡Están equivocados! ¡Él me ha ayudado, me ha sacado de allí! ¡Están quemando su casa y nos persiguen…!

Los policías miraron dubitativamente a Diamond, fruncido el ceño. Por fin el que iba al mando del coche señaló con el pulgar hacia atrás.

—De acuerdo. Sigan. Nosotros arreglaremos esto.

Regresaron al coche y se alejaron de allí, hacia el incendio. Brigitte fue quien llevó ahora la dirección de la marcha, hacia donde había dejado su coche.

Se oían numerosas sirenas policiales, disparos, gritos, y el cielo estaba lleno de humo que parecía rojo al resplandor del incendio. Un minuto después los dos estaban dentro del coche. Brigitte lo puso en marcha y se alejó a toda velocidad. Cinco minutos después lo detuvo en una amplia avenida de la que ni remotamente sabía el nombre, pero que estaba tranquila.

Todavía con la sensación de que acababan de salir de una pesadilla Brigitte miró a Diamond Dowen, y lo encontró sombrío, prietos los labios, fija la mirada al frente, en un punto indefinido.

—¿Quiere… quiere un cigarrillo…?

—No.

—Yo… Bueno, creo… creo que ha sido admirable verlo pelear, señor Dowen… Estaba convencida de que lo iban a despedazar.

—Ellos no conocen la capoeira.

Diamond no tenía deseos de hablar, eso era evidente, pero la muchacha creyó que tenía que decirlo:

—Siento lo de sus libros… ¿Es usted abogado?

Diamond la miró con cierta ironía. El tono de su voz fue sarcástico:

—Seguro que sí. Perry y yo asistimos a las mismas clases.

—¿Perry? ¿Quién es Perry?

—Perry Mason. ¿Quién había de ser?

Brigitte quedó un poco cortada por la caústica mordacidad de

Diamond. Éste la estuvo mirando unos segundos de reojo, y al fin masculló:

—Creo que he sido demasiado brusco, señorita Montfort. Al fin y al cabo usted no tiene la culpa. La tienen ellos, los que quieren conseguir ignoro qué cosa con tantas violencias y pillerías… ¿Le parece que vayamos adonde dejó a mi hermano?

Brigitte sonrió. Se había vuelto hacia Diamond, y no necesitó mucho esfuerzo para darse cuenta de que tenía ante ella a un hombre en verdad inteligente. Lo había encontrado viviendo en un lugar que era poco menos que una pocilga, vestía pobremente, y no parecía demasiado satisfecho de las cosas de la vida.

Pero era inteligente, y, sin duda, eso le resolvería siempre muchos problemas.

—Iremos a buscarlo. —Puso el coche en marcha—. ¿Qué es la capoeira, señor Dowen?

—Una clase de lucha en la que se utilizan exclusivamente los pies, en circunstancias normales. ¿No ha oído hablar nunca de ella?

—Pues… creo que no.

—Hace más de doscientos años que llegó esa clase de lucha a América del Sur. Concretamente a Brasil. La practicaban entonces los africanos de la tribu bantú de Angola. En la actualidad forma parte del entrenamiento de la oficialidad de la Armada brasileña, especialmente de los Fusileros Navales, que vienen a ser lo que nosotros llamamos marines en la Armada norteamericana.

—¿Usted es brasileño?

—No.

—¿Entonces…?

—Conocí a un hombre de allá. Éramos amigos, y él me enseñó capoeira. Tenía sesenta años.

—¿Quién? —Exclamó Brigitte—. ¿Su amigo?

—Claro. La edad no tiene nada que ver con la capoeira, siempre que se esté en condiciones físicas normales, se entiende. Le aseguro que un capoeirista puede vencer fácilmente a un enemigo que se le enfrente con el jiujitsu.

—Oh, vamos, señor Dowen…

—Hace más de cincuenta años un hombre llamado Ciriaco Francisco da Silva, al que se conocía por el apodo de Macaco Viejo, supo que había un japonés en Rió de Janeiro que ofrecía un premio

a quien le venciese. El japonés se llamaba Sada Niako y era un luchador profesional de lucha libre y jiujitsu. Había vencido ya a muchos de los que se presentaron a cobrar el premio. Macaco Viejo era un descargador de sacos de café, y quiso ganar dinero extra. Se enfrentó al japonés, y no tardó en aplicarle el rabo de arraia, dejando sin conocimiento a Sada Niako; y éste, cuando se recuperó, huyó a toda prisa de las proximidades del viejo descargador de café[3].

—¿Qué es rabo de arraia?

—Usted lo ha visto antes: ese golpe dado con el pie en la cabeza del contrario. También ha visto otros golpes…

—¿Todos son dados con los pies?

—En su mayoría. Casi todos. La capoeira que llegó de Angola consta tan sólo de ocho golpes. Pero la actual capoeira bien aprendida tiene casi cincuenta, de los cuales una buena parte son mortales. En realidad la capoeira es una… una especie de baile; requiere un ritmo perfecto del cuerpo para practicarla bien.

—¿Qué otros golpes vi?

—Varios… Caída de la ladera, zancadilla, martillo… La verdad es que no recuerdo cuáles empleé. No es cosa que pueda preconcebirse: se resuelve durante la pelea. O durante el baile, si prefiere llamarlo así.

—¿Resulta difícil de aprender?

Diamond la miró como divertido.

—¿Se refiere a la capoeira?

—Sí, sí.

—Pues depende. ¿Le gustaría conocerla?

—Bueno, no sé… Creo que sí. ¿Quién podría enseñarme?

—Alguien que la conozca, desde luego —sonrió Diamond.

—¿Usted, por ejemplo?

—¿Cree que usted y yo tenemos tiempo para perder en esas cosas, señorita Montfort?

—Bueno… Usted tuvo tiempo para aprender, ¿no?

—Yo era casi un chiquillo entonces. Ahora mi tiempo está dedicado a cosas más importantes.

—Lo sé. Quiere ser abogado.

—¿Cree que no lo conseguiré?

—¿Por qué no? Después de verle vencer a seis hombres armados

me pregunto qué cosa será la que usted no pueda conseguir… Lo siento, creo que me he perdido. No conozco muy bien Los Ángeles…

—Yo le iré indicando el camino.

Capítulo V

Diamond Dowen se acuclilló junto al cadáver de su hermano, en silencio, mientras Brigitte permanecía en pie a su lado, un tanto impresionada, y consternada por no haber cerrado los ojos al muerto. Diamond los estuvo mirando unos segundos. Por fin, suavemente, cerró los párpados. Luego se sentó sobre la arena y la pinocha junto al cadáver de su hermano, y alzó la cabeza hacia Brigitte.

—Lo han matado por la espalda —susurró.

—Sí… Él… él iba a marcharse ya, y entonces… entonces le dispararon…

—¿A usted ni siquiera la hirieron?

Brigitte se dejó caer de rodillas delante de él.

—Diamond, debe creerme: no le estoy mintiendo, ni tengo culpa alguna en la muerte de su hermano. ¿Cree que yo lo atraje a esta trampa para matarlo? ¿Cree que quien ha disparado contra su hermano ha sido algún cómplice o amigo mío? ¿O cree quizá que he sido yo misma, con otra pistola?

Diamond movió negativamente la cabeza.

—Supongo que me dice la verdad.

—Su hermano me llamó, yo vine, él me dijo lo de que mi colega había estado rondando el World Sun, y luego ocurrió lo demás: Eso es todo, de veras.

—Está bien.

Dowen se dedicó a registrar a su hermano, apilando en el suelo los diversos objetos que fue encontrando en los bolsillos. Lo último que sacó fue un rollo de billetes sujeto por una gomita. Se los quedó mirando como si no comprendiese.

—Dinero —murmuró.

—¿Qué tiene de extraño? —inquirió Brigitte.

Diamond le dirigió una rápida mirada un tanto hosca.

—¿Usted se ha dado cuenta del lugar donde vivíamos Lemmuel y yo?

—Claro…

—¿Y se ha dado cuenta de nuestras ropas, de los libros comprados de viejo en los que yo estudio?

—Sí.

—¿Cree que no habríamos mejorado ambas cosas con este dinero?

—Bueno, pero si su hermano aún no había tenido ocasión de decirle a usted que lo tenía, o que… Diamond había contado rápidamente el dinero. Quinientos dólares en billetes de cincuenta, completamente nuevos.

—Quinientos dólares —se maravilló—. Lemmuel jamás vio esta cantidad junta. Nadie le pagó tanto de golpe ningún trabajo. Esto ha sido algo nuevo para él.

—Quizá encontró un trabajo bueno…

—… Que le ha costado la vida. Le diré lo que ocurría con nosotros, señorita Montfort: Lemmuel era el que siempre conseguía el dinero para los dos. Apenas me dejaba trabajar… «Estudia, decía, del dinero me encargo yo, Dy. Tú eres listo, y yo… Yo trabajaré, y tú estudia. Eso es lo que vamos a hacer, Dy: te convertiremos en un gran ahogado cualquier día…». Esto es lo que siempre decía Lemmuel, señorita Montfort.

Diamond tenía la cabeza inclinada, y su voz había sonado en un tono bajo y ronco que impresionó a Brigitte. Ella puso una de sus manos sobre la enorme de Diamond.

—Lemmuel era un gran muchacho, ¿verdad? —susurró.

Dowen la miró, como si esperase encontrar algún signo de burla en la expresión de la muchacha. Pero no había tal cosa en los dulces ojos de Brigitte.

—Lo era.

—Entonces, quédese ese dinero. Podrá comprar nuevos libros y alquilar un apartamento mejor, aunque sea en el mismo Watts District. Podrá seguir estudiando, Diamond. No por mucho tiempo, pero usted puede empezar con quinientos dólares. Y si… Bueno, si necesitase más, yo…

—¿Me está ofreciendo dinero? Brigitte se mordió los labios.

—¿Qué piensa hacer? —Preguntó sin contestar la pregunta de

Dowen—. Tendríamos que llevarnos de aquí a su hermano.
—Yo me encargaré de eso. ¿Va a prestarme el coche?
—Claro. Iremos adonde usted quiera…
—Iré yo solo. Sé dónde dejar el cadáver de Lemmuel hasta que lo enterremos… Unos amigos se encargarán de todo eso.
—¿Y usted?
—Yo tengo algo que hacer en la isla de Santa Catalina, en un yate llamado World Sun.
—¿Piensa ir allá, buscar pelea…?
—No voy a buscar pelea. Sólo quiero saber quién y por qué mató a mi hermano. Si llego a saber esto… ya decidiré algo.
—Yo también tengo que ir allá, para interesarme por el paradero de mi compañero Lyn Galloway. Podemos ir juntos… Le ayudaré a investigar todo esto.
—No es cosa para un periodista. Y menos para una mujer.
—Además de periodista soy una espía, Diamond. El coloso negro se la quedó mirando estupefacto.
—¿Cómo dice? —exclamó.
—Mi verdadero nombre es Brigitte Montfort, desde luego. También soy periodista, es cierto. Pero trabajo con mucha frecuencia para el servicio de espionaje y contraespionaje de los Estados Unidos.
—Mire, señorita Montfort…
—Le estoy hablando en serio. Ese hombre llamado Lyn Galloway es compañero mío, pero no precisamente en las labores periodísticas.
—¿Es un espía?
—Sí. Hemos sido enviados aquí para saber lo que está ocurriendo exactamente con los negros. Primero llegó Galloway…, y ha desaparecido. Por eso he venido yo. No es éste el primer lío en que me encuentro, créame.
Diamond la miraba con el ceño fruncido.
—¿Qué cosa está ocurriendo con los negros, con nosotros? —preguntó.
—Tememos que alguien los esté incitando a sostener esta situación de rebelión, e incluso sospechamos que son dirigidos por agentes subversivos de un país… enemigo, que les facilita armas a los negros rebeldes.

—¿Es una broma?

La respuesta de Brigitte fue escueta y tajante:

—No.

—¿Quiere decir que lo que está ocurriendo en mi barrio ha sido provocado por extranjeros que tienen interés en ocasionar todos los conflictos posibles a Estados Unidos?

—No aseguramos que haya sido provocado todo por ellos… Pero sí cabe que haya sido aprovechado. Yo tengo que encontrar a Lyn Galloway, y enterarme sobre lo que haya de cierto en esto.

Diamond Dowen estuvo pensativo durante casi un minuto. Por fin miró el rollo de quinientos dólares, luego a su hermano, de nuevo el dinero…, y se quedó mirando fijamente a Brigitte, por último.

—Estos quinientos dólares… ¿Cree que Lemmuel tenía algo que ver con esto?

—Es evidente. Alguien pagó a su hermano por algo. Luego lo mataron, ignoramos por qué. Pero está claro que su hermano sabía algo de Lyn Galloway y que alguien más lo sabía. Todo esto me confirma que, efectivamente, algo está ocurriendo detrás de ese… motín negro en Los Ángeles del que todo el mundo habla. Incluso en el extranjero sienten gran interés por el asunto.

—¿Y usted quiere descubrir eso?

—Desde luego.

—O sea, que ya tenía pensado ir a Santa Catalina a investigar ese yate, a su propietario… ¿No es así?

—Es así.

Diamond estuvo de nuevo pensativo unos segundos.

—¿Y por qué me cuenta a mí todo esto? En realidad usted está corriendo un riesgo terrible al decirme que es una espía, y todo que se propone, y lo que sabe. ¿Por qué decírmelo a mí?

—Siempre he sabido escoger mis amigos. El negro se la quedó mirando hoscamente.

—¿Me considera su amigo? —Gruñó.

—Usted está dispuesto a investigar la muerte de su hermano. Yo, la desaparición de Lyn Galloway. Según parece nuestros caminos coinciden… Pues bien: yo creo que lo recorreremos mejor juntos.

—Se está burlando de mí.

—¿Por qué? ¿Porque es negro? Le creía más inteligente,

Diamond.

—Usted no está jugando limpio conmigo.

Brigitte miró seriamente a Dowen. Se acercó a él y lo besó suavemente en los labios. Un beso más bien breve, ligero, como la caricia de una flor.

—¿Te parece sucio esto? —susurró.

—No… no lo sé… —murmuró roncamente el negro.

—No seas tonto —sonrió Brigitte—. ¿Por qué habría de engañarte? ¿Para matarte, igual qué han matado a tu hermano? Mira —ella sacó la pistolita de su seno y apuntó a Diamond—: si quisiera matarte ya estaría hecho.

—No es la muerte lo que me asusta, señorita Mont…

—Brigitte.

—Está bien. No es la muerte lo que me asusta, Brigitte, sino la clase de juego sucio que pueda servir de burla a mi dignidad.

—Tu dignidad depende de ti mismo, no de los demás. Diamond: ¿vas a ayudarme? ¿Quieres que trabajemos los dos juntos?

—Sí.

Brigitte suspiró.

—De acuerdo. Empezaremos por llevarnos de aquí el cadáver de tu hermano.

—Está bien.

Diamond se puso en pie, y ayudó a Brigitte a hacer lo mismo. Se inclinó sobre el cadáver de Lemmuel.

—Espera, yo te ayudaré.

—¿Por qué?

—Pesa mucho. Tardé por lo menos diez minutos en arrastrarlo hasta aquí desde la arena…

Pero Diamond había alzado ya en brazos a su hermano, cuya estatura y peso no eran inferiores a los de él. Sin embargo, no evidenció ningún esfuerzo exagerado en absoluto.

Brigitte se lo quedó mirando con incredulidad un instante, pero, realmente, reparando en la envergadura y musculatura de Diamond, no quedaba ya lugar para el asombro.

—Traeré el coche hasta la arena —dijo.

Fue a buscarlo. Tres minutos después Diamond acomodaba en la parte de atrás del coche el cadáver de su hermano. Acarició torpemente las mejillas rígidas, y pasó al volante. Brigitte se sentó a

su lado.

—Estoy de acuerdo en que vayas a dejar a tu hermano con esos amigos, Diamond. Luego haremos lo siguiente: irás a mi hotel y pedirás mi equipaje… Toma, con esto pagas la cuenta…

—No me darán tu equipaje.

—Escribiré una nota y además llamaré por teléfono indicando que un hombre llamado Diamond Dowen va a ir a buscarlo. Luego, con el equipaje, te diriges al embarcadero de los *ferries*. Yo estaré allí… ¿Sale alguno hacia Santa Catalina a estas horas?

—Siempre hay uno u otro en servicio.

—Magnífico. Tomaremos los dos ese *ferry*… Pero por separado Tú dejarás el coche donde yo lo vea, y yo misma llevaré el coche al *ferry*. Nos vamos esta misma noche a Santa Catalina. Una vez allí yo buscaré un hotel para mí, y tú una pensión para ti… Una cosa: a partir de este momento el dinero no tiene importancia para ti. Gasta el que sea necesario.

—¿De éste? —Mostró Diamond los quinientos dólares.

—¡No! Son billetes nuevos, pueden resultarnos útiles. Nos enteraremos en el Banco de Santa Catalina si tienen esta numeración, y a quién le dieron estos billetes… Dámelos. En mi equipaje hay un bolsito weekend de color azul. Hay dinero en el doble fondo, unos dos mil quinientos dólares. Quédate con mil, para lo que pueda surgir… Una vez en Santa Catalina me sigues para ver en qué hotel me alojo. Te buscas un sitio para ti me llamas al hotel, y me dices qué sitio es ese y tu número de teléfono.

—De acuerdo. ¿Y luego?

—Luego dormiremos unas cuantas horas Por mi parte llevo dos días sin hacerlo, y te aseguro que lo necesito ya con toda urgencia.

—Está bien. ¿Me escribes esa nota para tu hotel?

Brigitte escribió la nota, la entregó a Diamond, y se apeó, dispuesta a buscar un taxi para ir al embarcadero de los *ferries*.

—No olvides llamar a tu hotel —recordó Diamond.

—Descuida. Todo saldrá bien.

* * *

Salió bien.

Casi a la una y media de la madrugada Brigitte entraba en sus

habitaciones del Santa Catalina Bay Hotel, delante mismo del paseo que bordeaba la hermosa bahía en la cual, a la luz de la luna, destacaba la blancura de algunos yates y la espuma de las olas.

Como siempre que su trabajo no requería precisamente ocupar un lugar especial Brigitte disponía de una lujosa *suite* decorada alegremente. Había una amplia terraza que parecía ir a proyectarse de momento a otro hacia el mar. Se dejó caer en el sofá columpio y encendió un cigarrillo. Le pesaban los párpados una enormidad.

«Estaré fumando hasta que Diamond me llame. No tengo que dormirme ahora»…

Sin embargo, veinte minutos después el timbre del teléfono la sobresaltó.

Se había quedado medio dormida; a sus pies humeaba todavía el tercer cigarrillo de la espera. Corrió hacia el teléfono y atendió la llamada.

—¿Sí?

—¿…?

—Sí, soy yo. Dime.

—¿…?

—No. No apunto nada. No tengo esa costumbre. Tú dime, que yo lo recordaré todo.

—¿…?

—Sí… Sí… Bien, de acuerdo. Eso es todo Buenas noches, Diamond.

—¿…?

—Adiós.

Colgó y se dirigió, bostezando, hacia el dormitorio. Entró en él, miró la cama, y se quedó pensativa. De pronto sonrió, apagó luz y se marchó.

* * *

Diamond estaba tumbado en la cama, con las manos en la nuca. No podía dormir. Estaba completamente despejado. El rostro rígido de su hermano se aparecía ante él con aquella última mueca crispada en sus labios… Cuando llamaron a la puerta del cuarto que había alquilado en aquella pensión Diamond se sentó de un salto en la cama.

—¿Quién es?

La voz llegó muy tenue desde el otro lado de la puerta:

—Brigitte.

Diamond parpadeó. Luego corrió rápidamente hacia la puerta y la abrió de un tirón, temiendo algo malo. Pero Brigitte ni siquiera parecía preocupada, o sea que nada desagradable o peligroso estaba ocurriendo. Por el contrario, había una dulce sonrisa en sus maravillosos labios.

—¿No me invitas a pasar? —susurró.

—Sí, claro…

Ella entró. Diamond cerró, y se quedó apoyado de espaldas en la puerta, mientras ella daba una vuelta por la habitación. Era bastante grande, con un gran ventanal de cara al mar, y, junto a éste, un balcón bastante amplio cuyas puertas estaban abiertas. Se veía allí un par de gandulas plegables, y muchas macetas con flores cuyo aroma entraba en la habitación. Todo estaba limpio y ordenado allí. Modesto, sencillo, pero muy agradable, casi romántico: las flores, el rumor del mar, el cielo estrellado, la luna…

Brigitte se volvió hacia Diamond y murmuró:

—Es un lugar muy bonito, Diamond.

—No cuesta muy caro.

—¿Crees que he venido a controlar tus gastos? —Casi rió ella.

—Supongo que no. ¿A qué has venido?

Brigitte lanzó un profundo suspiro.

—Ya deberías haberlo comprendido —susurró abrazándolo dulcemente.

* * *

Parpadeó cuando la luz del sol dio de lleno en sus ojos al ser corridas las cortinas.

—Arriba —oyó—: tenemos un nuevo día para vivirlo.

Todavía le costó un poco acostumbrar sus ojos al sol. Cuando lo consiguió vio a Diamond cerca de la cama, mirándola tiernamente.

—¿Has dormido bien? —preguntó él.

—Muy bien. ¿Y tú?

—No he dormido.

Brigitte se sentó en la cama y se quedó mirándolo asombrada.

—¿De dónde vienes? ¿Qué hora es?

—Las once de una hermosa mañana.

—¡Las once…! ¡No he debido dormir tanto!

—Tenías mucho sueño, eso es todo.

Brigitte se desperezó como una gatita.

—Es cierto… ¿Dónde has estado?

—Paseando.

—Oh.

—Y he obtenido buenos resultados: sé ya a quién pertenece el yate llamado World Sun.

—¡Estupendo! ¿A quién?

—A un hombre llamado Percybal Holmes Silverton. Además del yate tiene una bonita quinta en la isla, hacia el interior, y un hermoso *bungalow* junto a la playa, en una punta de la bahía. Pero el *bungalow* lo tiene poco menos que olvidado.

Brigitte asintió con la cabeza.

—¿Y los billetes? ¿Has sabido algo de ellos?

—Te los quedaste tú.

—Oh, es cierto… Yo me encargaré de eso. —Saltó de la cama, se vistió rápidamente, y se dirigió hacia la puerta—. Iré a mi hotel a arreglarme un poco mejor…

—No lo necesitas.

—De todos modos lo haré —sonrió—. Eres muy amable, Diamond.

—No más que tú. ¿Por qué…?

—No hagas preguntas. Las cosas pasan, y eso es todo. Dentro de una hora apareceré por el muelle. Espérame cerca de ese yate…, pero no te acerques a mí a menos que te llame. Has conseguido una magnífica pista, y tenemos que andar ahora con mucho cuidado… ¿Alguna cosa importante, aparte de eso?

—No. ¿Qué piensas hacer?

—Estudiar el terreno. Hay que sacarle todo el fruto posible a esa excelente pista. Y, sobre todo, Diamond, piensa en esto: no te precipites en ningún momento. Calma. No estamos ahora peleando con negros irritados que saben perfectamente lo que pretenden. Si ese Silverton tiene algo que ver en esto no será fácil probarlo, o atacarlo…, ni sabrás nunca lo que él piensa hacer. ¿Lo entiendes?

—Sí.

Brigitte le tiró un beso desde la puerta, sonriendo.
—Hasta la vista.

Capítulo VI

Era un hermoso yate. Debía de tener no menos de cuarenta pies de eslora por quince de manga. Completamente blanco, perfectamente cuidado, impecable. Llevaba el nombre en la proa, con letras doradas: World Sun.

Brigitte se detuvo ante él, mirándolo con curiosidad plena de interés. Era muy posible que allá estuviese la persona que podría darle noticias respecto a Lyn Galloway y al asesinato de Lemmuel Dowen.

Sí, era muy posible…

Se veían tres hombres a bordo, tres tripulantes a juzgar por su atuendo y el trabajo que estaban realizando, propio de la marinería de una embarcación.

Brigitte se alejó del yate, recorriendo lentamente la playa donde estaba emplazado el embarcadero. Hacía un magnífico día, el mar estaba azul y verde y mucha gente quemaba placenteramente su piel a los rayos del sol. Continuas bandadas de gaviotas sobrevolaban el lugar, lanzando sus vibrantes graznidos. Mar adentro se veían unos cuantos snipes navegando con buen viento. En las aguas de la bahía unas cuantas lanchas llevaban tras ellos a jóvenes bulliciosos que se deslizaban riendo por encima del agua con sus esquíes. Un *ferry* estaba llegando a los embarcaderos destinados a tal fin, y en el extremo de popa se apiñaban ya las personas que acababan de cruzar el estrecho de San Pedro, listas para desembarcar inmediatamente.

—¿Sky, señorita? ¿Un paseo en lancha? ¿Pesca…?

Brigitte se volvió. Junto a ella había un muchacho atlético, muy bronceado, pelirrojo, que la miraba con simpático descaro admirativo. Estaba en traje de baño, y señalaba hacia donde tenía sus útiles acuáticos de alquiler.

—En otro momento —sonrió Brigitte.

—Pregunte por Boyd. —El muchacho guiñó un ojo—. Todo el mundo me conoce por aquí.

—De acuerdo, Boyd.

Se alejó, sonriendo, posando cuidadosamente sus pies sobre la cálida arena.

—¡Fiuuufuiúuuu…! —Oyó silbar.

Se volvió sonriendo, y vio al muchacho pelirrojo con los ojos en blanco, todavía fruncidos los labios por el silbido.

—¡Hija de mi alma! —exclamó el muchacho—. ¡Que se lo dejo todo gratis!

Riendo, Brigitte continuó alejándose.

Pero no fue demasiado lejos.

Dio la vuelta un par de cientos de metros más allá y volvió sobre sus pasos.

Cuando pasaba por el lugar donde Boyd le había ofrecido sus servicios el muchacho estaba ayudando a subir a su lancha a dos chicas más bien gordas, de cabellos lacios color paja.

—¡Fiufuiuuu…! —Silbó Brigitte.

El muchacho se volvió como una centella.

Miró a Brigitte consternado, y luego encogió los hombros, sonriendo. Bueno: no siempre se lleva pasaje maravilloso, pero el dólar es el dólar.

Riendo de nuevo, Brigitte volvió a acercarse despacio al World Sun. Ya desde lejos vio junto a la borda a un personaje más.

Cuando estuvo más cerca se dijo que no estaba nada mal. Debía de tener treinta años, era alto y atlético, elegante. Pantalones y zapatillas blancas, camisa también blanca, chaquetón azul de buena sarga pañuelo al cuello, y una linda gorrita de yachtman…

¿Quizás era Percybal Holmes Silverton aquel hombre?

* * *

—Linda chica —comentó el tipo elegante.

Uno de los tripulantes del yate miró hacia Brigitte y chascó la lengua en claro asentimiento.

—Ya pasó antes por aquí, señor Silverton.

—¿De veras?

—Debe de estar paseando. Demonios, jamás en la vida olvidaría

a una mujer como ésa…, de ese… de tal magnitud.

—¿La confundes con una estrella? —rió Silverton.

—No, patrón: las estrellas no son tan bonitas. ¡Esa mujer tiene más envergadura que un portaaviones! Percybal H. Silverton volvió a reír, divertido.

—En verdad que es hermosa… ¿Dices que pasó ya antes por aquí?

—Que me maten si soy tan estúpido como para no recordar una chica como ésa.

Silverton guiñó un ojo.

—Quizás está buscando hacer amistades, Mix. ¿Estás seguro de que no se ha fijado en ti?

—¡Patrón, no gaste bromas de esa clase…!

El marino Mix Baynes continuó con su trabajo junto a la borda, mientras Silverton continuaba mirando a Brigitte que se alejaba siempre siguiendo la línea de la playa. Poco después volvía una vez más sobre sus pasos, acercándose de nuevo al yate.

—Ya vuelve —musitó Silverton.

—¿Quién vuelve? —preguntó una voz tras él, en tono agrio. Silverton se volvió, sonriendo.

—Oh, querida… Creí que estabas abajo.

—Estoy aquí arriba, según parece —contestó muy desabrida la mujer—. ¿Quién vuelve? Percybal H. Silverton contuvo un suspiro de resignación. Así es la vida: a los treinta años se encontraba casado con una mujer de casi cuarenta, con unos gruesos lentes atestados de dioptrías, vientre ya decadente, y mirada siempre furiosa en los diminutos ojos que se veían tras los gruesos cristales. Lo demás ni siquiera vale la pena describirlo… Excepto los varios millones de dólares que aquella mujer había aportado al matrimonio con el muy atractivo, apuesto… y arruinado Percybal H. Silverton.

—Una chica.

—Percy: estoy harta de que te pases la vida mirando a las chicas. Es más: te diré que cuanto antes despidas a nuestros invitados tanto más agradecida te estaré.

—No puedo ser tan descortés, Carol. Los señores Salamanca han venido de Cuba invitados por mí… No voy a decirles ahora que se marchen. Ellos dirán cuándo quieren regresar a su país.

—¡No me gusta esa chica!

Silverton miró fríamente a su esposa.

—¿A cuál de ellas te refieres? ¿A la que está ahora paseando por la playa, o a la señora Salamanca?

—¡A las dos!

—¿No puedes ser un poco amable, aunque sólo sea en alguna ocasión? Esa chica que está paseando por la playa tiene derecho a hacerlo, y Mix tiene derecho a mirarla y a cambiar sonrisas con ella. En cuanto a la señora Salamanca… Bien: me parece que la estás ofendiendo con tus estúpidos celos.

Carol Silverton, de soltera apellidada Wendix, enrojeció violentamente, y, antes de que pudiese hablar, el marino Mix se largó de allí a toda prisa.

Las únicas tormentas que se veía capaz de soportar eran las del mar.

Las otras las dejaba para los que se casan con millonarias feas y diez años mayor que ellos.

—¿Me estás llamando estúpida? —exclamó Carol.

—No a ti, querida —se controló Silverton—. Solamente opino que son estúpidos los celos. ¿Te apetece un martini?

—¡No!

—A mí sí. ¿Me perdonas?

Silverton se dispuso a alejarse de la borda, tras una rápida y última mirada a la escultural y, ¡ay!, lejanísima criatura que paseaba por la playa con sus lindos *shorts* y su media blusita. Pero Carol estaba dispuesta a continuar la «conversación».

—Escúchame bien, Percy Holmes Silverton: estoy harta de tus tonterías con otras mujeres. Y voy a advertirte una cosa por milésima vez: no te concederé el divorcio, ni…

—Querida, nadie te ha pedido el divorcio.

—¡Por mi dinero! ¡Pero ni te concederé el divorcio ni te daré un solo centavo más de los que yo crea conveniente! ¿Lo estás oyendo bien? Pues ándate con cuidado. Y con Nati Salamanca…

—¿Qué tal, Abelardo? —sonrió Silverton, de pronto—. Hola, Nati. ¿Dispuestos a la gran singladura? Carol se volvió hacia la salida de las cabinas, sofocada.

Detrás de ella acababa de aparecer el matrimonio Salamanca.

Él era un hombre agradable, como de cincuenta años, de

estatura mediana y quizás algo grueso, con algunas canas.

Ella, Nati, tenía veintiún años, y, salvando la diferencia entre ojos negros y azules, era lo más parecido a Brigitte Montfort que pudiera buscarse. Quizás algo más abundante el busto, más plenas las caderas, un poco más gruesos los labios, menos dulce la mirada… Pero resultaba una muñequita de ensueño.

Los dos estaban mirando fijamente a Carol, pero desviaron la mirada hacia Silverton cuando éste intentó salvar la situación con su jovialidad.

Abelardo Salamanca demostró tener educación y tacto:

—Dispuestos a todo, Percy —sonrió—. No me perdería este paseo en yate por nada del mundo. Y Natividad me ha asegurado que está encantada con esa perspectiva. ¿No es cierto, Nati?

—¡Claro que sí! Sobre todo si ustedes dos cumplen su promesa de pescar, un pez vela de cuatrocientas libras de peso…

—¡Muchas libras son ésas! —rió Silverton—. ¿Está segura de que prometimos tal cosa, Nati?

Se echaron a reír los tres, ante la abochornada Carol, que miraba a hurtadillas a la bellísima Nati, colgada mimosamente del cincuentón marido que había elegido.

Silverton continuó sacando adelante la situación.

—Carol y yo estábamos comentando que un martini con hielo nos sentaría estupendamente.

—¡Buena idea! —Exclamó Nati—. ¡Yo los prepararé!

—Querida —sonrió Salamanca—, hay un camarero en el yate…

—¿Qué importa? ¡Me encanta preparar martinis! ¡Y usted va a ayudarme, Percy!

—Con mucho gusto.

Natividad Salamanca se soltó del brazo de su esposo y se cogió del de Silverton con toda naturalidad. Los dos se dirigieron hacia la entrada a las cabinas, bajo la hosca mirada de Carol. Abelardo Salamanca le ofreció su brazo cortésmente, pero su voz resultó un tanto seca:

—¿Vamos, Carol?

—¿Eh? Oh, sí —intentó sonreír ella—… Encantada, Abelardo.

* * *

Desde la playa, y mientras simulaba mirar hacia el Club Náutico sito en el extremo sur de la bahía, Brigitte vio desaparecer a los cuatro personajes hacia las cabinas.

Bueno, ahora podía dudarse cuál de aquellos dos hombres era Percybal H. Silverton, pero lo cierto era que conocía el rostro de otro hombre más a bordo del yate.

Se alejó de la playa, subiendo al paseo. Luego se dirigió hacia el centro de la población. Poco después se detenía delante del escaparate de una zapatería. Apenas tres segundos después notaba a su lado la presencia de Diamond.

—Hay cuatro personas a bordo, Diamond, aparte de la tripulación. O quizás haya más, pero yo he visto a cuatro. Averigua sus nombres si te es posible, pero sobre todo dime cuál de esos hombres es Silverton. No los pierdas de vista.

—Está bien. ¿Y luego?

—Me telefoneas al hotel. Yo voy a darme una vuelta por los bancos, con los quinientos dólares que tenía tu hermano. Quizás en cualquiera de ellos tengan la misma serie teniendo en cuenta que son billetes nuevos.

—¿Algo más?

—No. Ten cuidado.

—Lo mismo digo.

* * *

Hacia las ocho de la tarde, Brigitte recibió la primera llamada telefónica.

—¿Sí?

—¿…?

—De acuerdo.

—¿…?

—Seguro que sí. ¿En la playa?

—¿…?

—Oh, entiendo… De acuerdo: delante del Sing Sing Bar. ¿No?

—¿…?

—Tienes razón: será mejor en el aparcamiento. ¿Está hacia la punta norte o la sur de la bahía?

—¿…?

—Estaré allá dentro de quince minutos, Diamond.

Colgó, fue hacia el dormitorio, se quitó la finísima bata casi transparente, y se vistió a toda prisa con un escueto modelito de noche cuya carencia de tela le impidió meterse la pistola en el seno. Pero una chica como Brigitte tenía siempre prevista cualquier contingencia. Arrancó dos trozos de tira de esparadrapo, que siempre llevaba consigo, y se pegó la pistola a la cara interna de un muslo. Luego recogió un encendedor de oro, con llama a gas, y apretó un minúsculo botoncito, teniendo el encendedor pegado a una oreja. Oyó apenas el suavísimo clic al ser disparado el mecanismo de toma de fotografías. Lo metió en el bolso, con el resto de cosas que siempre lleva una mujer, y se dirigió a la puerta balanceando portentosamente sus increíbles caderas finas y sugestivas.

Exactamente a los quince minutos de haber hablado por teléfono con Diamond se reunía con éste en el *parking* del Sing Sing Bar, detrás de los últimos coches.

—¿Están todavía ahí, Diamond?

—Sí.

—Bien. ¿Qué averiguaste?

—Percybal H. Silverton es el más joven de los dos que vimos en la borda del yate. Los otros no sé quiénes son, pero sí sé que hablan español y que hace dos días que aparecieron en el yate… Ah: una de las mujeres es la esposa de Silverton. No ha venido al Sing Sing.

Brigitte estaba pensativa. ¿Hablaban español los visitantes de Silverton? Bien, en ese caso resultaba un poco difícil relacionarlos con agentes rusos. ¿O no? Podían ser venezolanos, colombianos, argentinos, cubanos… En todo caso: ¿qué relación podía existir entre Percybal H. Silverton y ellos? ¿Dónde estaba Lyn Galloway? ¿Tenía algo que ver Silverton con Galloway? Porque de lo que sí estaba segura era de la relación entre Silverton y Lemmuel Dowen…

—¿En qué estás pensando? —preguntó Diamond.

—En muchas cosas… Supe de qué banco salió el dinero que tenía tu hermano, Diamond. Y Silverton tiene cuenta en ese banco.

—¿Estás segura de eso? ¿Cómo lo averiguaste?

—Fui cambiando billetes de cien dólares por dos de cincuenta en varios bancos, pidiendo que me los diesen nuevos. En uno de ellos

la numeración era correlativa a la de los billetes de Lemmuel. En cuanto a enterarme de que Silverton tenía cuenta allí fue facilísimo: sólo tuve que decir que se le habían perdido unos comprobantes y quería saber si su cuenta estaba al descubierto o todo iba bien. Me dijeron que todo iba bien, y eso fue todo.

—Ya… Entonces Silverton tuvo algo que ver con mi hermano.

—O él o alguien que tiene acceso a su dinero.

—¡Vamos a buscarlo ahora mismo y…!

—Cálmate —sonrió Brigitte—. ¿Qué ocurre? ¿Has perdido tu inteligencia por la playa, abogado? Diamond vaciló, pero acabó por sonreír.

—Tienes razón… Dejaremos tranquilo a Silverton, por el momento.

—Además no creo que podamos acusarlo de nada. Al contrario.

—¿Al contrario?

—Claro. Fíjate bien: Silverton le da dinero a tu hermano, seguramente para que haga un trabajo especial, como puede ser el de llamarme a mí y citarme para decirme que sabe que Lyn Galloway estuvo rondando el World Sun. Ahora bien: si Silverton pagó a Lemmuel para que me dijera eso… ¿iba a matarlo por hacerlo?

—No… Vaya, creo que no.

—Y otra cosa… Si fue Silverton quien pagó a tu hermano para que fuese a informarme… ¿por qué atraer mi atención sobre él, por qué haría eso?

—No se me ocurre nada.

—A mí tampoco —sonrió Brigitte—. Ya te lo advertí, Diamond: hay que pensar mucho antes de dar un paso. Nada de precipitaciones.

—Pero algo habrá que hacer, ¿no?

—Desde luego. Y lo haré yo. Tú espera por aquí y estate atento para cuando salga. Si te hago una seña me sigues a mí. Si ni siquiera intento localizar dónde estás ya sabes que tendrás que continuar vigilando a Silverton y sus acompañantes.

—Muy bien. ¿Llevas la pistola?

—No te preocupes por mí —sonrió ella—: sé cuidarme.

Y se dirigió hacia el Sing Sing, cuya terraza elegante y discreta llegaba casi hasta el mar.

Estaba todo lleno de parasoles, palmeras enanas, setos, macizos de flores. Todo cristal y luces, camareros con lazo al cuello, servicio de teléfono por extensión en las mesitas… Del mar llegaba una suave brisa capaz de alegrar el más deprimido de los ánimos. Al fondo de la terraza, y ya a cubierto, un larguísimo mostrador, con gente elegante, de buenos modales, charlando y bebiendo en la barra.

Lástima que ella tuviese que entrar allí en plan de trabajo, pero en la vida no todo es placer.

Se dirigió a la terraza y se sentó a una mesita apartada pero desde cuyo emplazamiento se veía perfectamente el interior del Sing Sing… y la mesa a la cual estaban sentados Percybal H. Silverton, la muchacha morena esplendida, y un hombre moreno, algo grueso y algo canoso. Los conocía a los tres. Y por eliminación supo que la mujer que había visto junto a la borda con Silverton era su esposa… ¿Por qué no estaría allí, con su marido y los otros dos amigos?

Y de pronto Percybal Silverton se volvió, la miró, y sonrió amablemente. Perfecto.

Precisamente lo que menos pretendía Brigitte era permanecer oculta.

* * *

—Allí está la causa de mis desdichas —comentó Silverton—: es aquella morenita de ojos azules que sonríe como un ángel…

—Percy, tenga cuidado —dijo seriamente Salamanca—: olvídese de lo ocurrido y no complique las cosas. No es momento de buscar líos.

—No se preocupe tanto, Abelardo. Cuanto más natural parece la vida de un hombre, cuantas más preocupaciones y molestias parece tener, menos se puede sospechar de él en otro sentido. ¿No le parece?

Abelardo Salamanca vaciló brevemente.

—Quizá tenga razón. Pero ya fue bastante desagradable lo de su esposa. No es necesario echar más leña al fuego.

—¿No? Pues eso es precisamente lo que voy a hacer. Voy a fastidiar a Carol todo lo que pueda. Le voy a pasear esa chica por

sus feas y gordas narices… ¡Seguro que se aburrirá y me dará el divorcio! Y eso es lo que quiero yo, Salamanca: el divorcio. Para cuando lo nuestro acabe quiero estar divorciado de esa mujer…, esa mujer gorda y vieja y fea…

—¡De acuerdo! —Rió Nati—. Vaya a conquistar a la chica si quiere, Percy. Pero no beba más.

—¿Cree que estoy borracho?

—Ni mucho menos. —Nati le palmeó una mano, sonriente—. Pero lo estará si continúa bebiendo.

—En eso tiene razón. Pues voy a conquistar a la… a la morenita… ¡Eso es lo que voy a hacer! Observen qué… qué técnica más depurada…

Se puso en pie y se dirigió en línea recta hacia Brigitte, sin rodeos, sin disimulos de ninguna clase, mirándola fijamente. Llegó a la mesa que ella ocupaba y se sentó frente a la preciosa morenita causa de sus desdichas.

Capítulo VII

—Hola, encanto —dijo Percybal en plan ingenioso.

—Hola. —Brigitte sonrió maliciosamente.

—¿Le gustaría charlar un rato conmigo?

—¿De qué?

—Bueno… Siempre se puede encontrar un tema. Diga: ¿le gusta mi compañía? Brigitte encogió los hombros.

—¿Qué más da la de usted o la de otro? —replicó. Silverton quedó atónito unos segundos.

—Entiendo… En tal caso no tendrá nada que oponer a la mía, supongo.

—Nada en absoluto.

—¿Quiere tomar algo?

—Por ahí se empieza, generalmente.

Percybal Silverton iba de sorpresa en sorpresa.

—Claro… ¿Le parece bien un *martini on the rocks*?

—Me parece bien.

Silverton, hizo señas a un camarero, encargó dos martinis con hielo, y luego se quedó mirando a Brigitte especulativamente.

—Es usted muy bonita.

—Es un don que descubrí hace tiempo.

—Oh, por supuesto… Dígame: ¿me conoce?

—Desde luego. Usted es el caballero que esta mañana estaba en un yate junto a la borda, con un marinero. Luego llegó una mujer… que me pareció un tanto disgustada, a juzgar por su expresión.

Silverton torció el gesto.

—Mi esposa —informó—. ¿Le preocupa ese detalle?

—Jamás me ha preocupado ningún detalle, señor…

—Silverton. Percybal Holmes Silverton, a sus lindos pies.

—No creo que me los haya visto. ¿O sí?

—Pues no… Es cierto: no los he visto.

—Entonces… ¿cómo sabe que son lindos?

—Bueno, basta echar una ojeada al resto. Me parecería una burla de la Naturaleza que usted tuviese los pies feos. Es como las islas de coral: uno las ve desde el mar, va allá, y desembarca. Lo lógico, después de haber visto la playa, el mar transparente, los cocoteros, los hibiscos, y todo eso tan precioso, es que la isla sea una especie de paraíso. Nadie puede llegar a imaginarse que detrás de los cocoteros y la bonita playa la isla esté llena de moscas, por ejemplo.

Brigitte sonrió divertida.

—Es un símil muy bonito el suyo, señor Silverton.

—Muy amable de su parte, señorita…

—Brigitte. Eso es todo lo que usted necesita saber.

—Sin duda. ¿Brigitte? ¿Es usted francesa?

—No. Japonesa.

—¿Japón…? ¡Oh, vamos! —Silverton se echó a reír—. Vaya, es la respuesta tonta que merece mi tonta pregunta, ¿no es cierto?

De nuevo sonrió Brigitte divertida.

—Si usted lo dice… ¿Está seguro de que es el momento apropiado para invitarme a un martini, señor Silverton?

—¿Por qué lo pregunta?

—Si no me equivoco estaba usted con unos amigos…, que nos están mirando ahora.

—Son de confianza. ¿Le preocupa que le vayan con el cuento a mi esposa?

—¿Preocuparme a mí? —Brigitte alzó las cejas—. Sin duda usted está invirtiendo las situaciones, señor Silverton.

—Llámeme Percy. Y tiene razón: estoy invirtiendo las situaciones. Según parece yo soy quien debería estar preocupado, ¿no es así?

—Por lo menos parece más lógico.

El camarero llegó con el pedido, los sirvió y se alejó. Silverton alzó su vaso.

—¡*A la votre santé*! —brindó.

—¡*Merci beaucoup*! —rió Brigitte—. ¿Habla usted francés, Percy?

—Oh, no —bebió él un trago, casi atragantándose por la risa—. Pero sé decir algunas palabras: *voilà, magnifique, beauté, amour*… ¿Qué le parece?

—Me parece poca cosa para atreverse a brindar en francés, querido Percy. ¿Es suyo aquel yate tan bonito?

—Según cómo se mire.

—¿De cuántas maneras se puede mirar?

—Un ejemplo: el yate está a mi nombre. Pero hay una pequeñísima aclaración en cierto papelito. Dice que no lo puedo vender sin el permiso de mi esposa, y que, si nos divorciamos o yo fallezco, pasará a ser propiedad de ella. ¿Entiende usted la situación?

—Creo que sí. Su esposa no me pareció… demasiado bonita.

—¡Es horrible! ¿Se le ocurre algo para que ella me conceda el divorcio, Brigitte?

—Pídaselo.

—Lo he hecho —rió Silverton—. Pero ella «no podría vivir sin mí»…, a pesar de algunos disgustillos.

—¿Como el de esta mañana?

—Exactamente. ¿Le gustaría ganar unos cuantos dólares, Brigitte?

—No.

—Oh. Creí…

—No me gustaría ganar «unos cuantos dólares»: me gustaría ganar «muchos dólares», Percy.

—Claro. —Silverton parpadeó desconcertado, y de pronto se echó a reír una vez más—… ¡Claro, muchos dólares…! ¿Cuántos son muchos para usted?

—Depende de lo que tenga que hacer.

—Le doy mil dólares si acepta mi invitación. Brigitte alzó su vaso de martini.

—Ya la he aceptado.

—No, no… Me refiero a una invitación a mi yate. Usted viene a mi yate y yo le doy mil dólares.

—¿Diarios?

Silverton vaciló, pero sólo un instante.

—De acuerdo: diarios.

—Acepto su amable invitación con mucho gusto, Percy. Pero me pregunto si estará conforme su esposa.

—Ésa es la cuestión. Voy a aburrir de tal modo a esa narizotas que tendrá que acceder al divorcio.

—En mi opinión…

—Su opinión puede costarle mil dólares diarios.

—Me parece que no tengo ninguna opinión, ahora que lo pienso detenidamente.

—¡Estupendo! —Rió Silverton—. ¿Le gustaría conocer a mis amigos ahora mismo?

—¿Por qué no? ¿Son padre e hija? Silverton la miró de reojo, irónicamente.

—Son los esposos Salamanca.

—Oh.

—Es lo mismo que pienso yo. ¿Vamos?

Se levantó, apartó la silla de Brigitte, y tomó a ésta del brazo. Los dos se dirigieron hacia la mesa donde los Salamanca permanecían a la expectativa, con la natural colección de miradas admirativas fijas en Brigitte.

Abelardo Salamanca se levantó cortésmente cuando ambos llegaron a la mesa.

—Les presento a una antigua amiga —guiñó un ojo Silverton—. Se llama Brigitte. Ellos son don Abelardo Salamanca y su esposa Nati.

—¿Cómo están? —sonrió Brigitte.

Salamanca murmuró algo ininteligible, y Nati sonrió, mirando burlonamente a Brigitte y Silverton mientras ofrecía:

—¿Gusta sentarse con nosotros, Brigitte?

—Gracias. ¿Es usted española?

Se sentó y se quedó mirando a la hermosa Nati, que continuaba sonriendo, divertida por la situación, según parecía.

—Solamente cubana. ¿Y usted?

—Yo soy internacional. —Silverton se echó a reír.

—¡Brigitte tiene una conversación ingeniosa y rápida, ¿no es cierto?!

—Eso parece —continuó sonriendo Nati.

—Ahí los tiene —señaló Silverton a los Salamanca—: un matrimonio feliz. Tienen su finca en Cuba, su dinerito, y lo pasan lo mejor posible. Algún día podrá ver la finca del señor Salamanca, Brigitte.

—¿Usted la conoce?

—¡Seguro que sí! Estuve allí hace… un par de meses. Fueron

muy amables conmigo, y me pareció que eso merecía una invitación a esta incomparable isla…, mejorando Cuba, naturalmente. ¿Nunca ha estado en Cuba?

—Ya he dicho que soy internacional.

—¡Es verdad…! Bueno, ¿qué más vamos a tomar?

—Yo tomaría cualquier cosa. Pero lo que a usted le conviene tomar es el aire, Percy.

Nati Salamanca se echo a reír, y su marido consiguió una media sonrisilla de simpatía hacia Brigitte. Abelardo no se sentía muy a gusto con la creciente euforia de Silverton, desde luego.

—Es una buena idea —apoyó.

—Buenísima —rió Nati.

Silverton los miró a los tres como consternado.

—De acuerdo… ¡De acuerdo, de acuerdo, vamos a retirarnos ya! Pero seguiremos la fiesta en el yate… ¿Alguien se opone a esto? Quien se oponga que levante un dedo —rió.

Nadie levantó el dedo. Silverton se puso en pie, dejó unos billetes sobre la mesa, y se apoderó de un brazo de Brigitte.

—¡Nos haremos a la mar! —informó.

Salieron riendo los cuatro del Sing Sing Bar. Caminaron hacia la playa, y luego por ésta hacia el yate, bromeando continuamente. Sin necesidad de mirar, y pese a no haber hecho ninguna seña, Brigitte sabía que Diamond los estaba siguiendo. Siempre era bueno saber que en un caso de apuro tendría ayuda cerca.

Llegaron al embarcadero, y estaban ya a punto de subir al yate por la pasarela cuando una sombra apareció de pronto junto a ellos. Era una mujer negra, que se dirigió directamente a Silverton, tímidamente.

—Señor Silverton…

Éste se la quedó mirando un poco desconcertado, pero de pronto sonrió, exclamando:

—¡Hola, Dora! ¿Qué haces aquí?

Brigitte miraba con interés a la muchacha negra. No debía de tener más de veintidós o veintitrés años, era bonita, y tenía un cuerpo esbelto y elástico. Su expresión era profundamente preocupada.

—Vine… He venido por si usted sabe algo de Tom, señor Silverton.

—¿De Tom? —Silverton se desconcertó de nuevo—. Pues no… ¿Qué le ocurre a tu marido?

—No lo sé. Ya… ya le pregunté a usted ayer…

—Oh, sí… ¿Todavía no ha regresado a casa?

—No señor…

—Pues… Vaya, no sé qué decirte… ¿Lo has buscado bien por toda la isla?

—Sí señor.

—En ese caso… Me pregunto qué puedo hacer yo, Dora.

—Pensé… pensé que quizás usted habría sabido algo…

—Pues no. Lo siento de veras, pero no he visto a Tom desde hace dos o tres días. ¿Has ido a la Policía?

—No señor. Es que… es que si Tom apareciese luego no le gustaría que yo hubiese ido a la Policía…

—Ya… Bueno, pues todo lo que podemos hacer en este caso es continuar esperando. Compréndelo: yo no sé lo que hace tu marido cuando abandona mi yate, ni adónde va, ni con quién… Lamento no poder ayudarte, pero…

Dora vaciló. Comprendía perfectamente que estaban deseando que se fuese de allí, y que la conversación les fastidiaba. De pronto musitó un «gracias», dio la vuelta, y se alejó.

Por un instante los cuatro estuvieron silenciosos. Luego Silverton exclamó alegremente:

—¡Bueno, vamos a ver las narizotas de Carol!

Dejó pasar a Brigitte pasarela arriba, y él fue detrás. Cuando estuvieron a bordo vieron a dos hombres en la cabina de mando, que los estaban mirando. A uno de ellos lo reconoció enseguida Brigitte: era el marinero que por la mañana viera junto a la borda en compañía de Silverton. Al otro no lo conocía.

—¿Me perdonan un momento? —pidió Silverton.

Se dirigió hacia donde estaban los dos hombres en actitud de espera. Brigitte se apoyó en la borda mirando como quien disfruta de ello, y no piensa en otra cosa, las luces de colores de los bares de la playa, las parejas que paseaban a la luz de la luna…

Era un cuadro extraño, entre sombrío y alegre. Vio a la negra llamada Dora, alejándose.

Y vio a Diamond, sentado en la arena, muy cerca del lugar por donde pasaba la muchacha.

Brigitte miró de reojo hacia atrás, y comprobó que los Salamanca estaban comentando algo entre ellos, mientras que Silverton llegaba junto a los dos hombres. Hizo entonces una seña disimulada, que de ser vista carecería de significado para cualquiera, pero Diamond se puso en pie, vacilante. Brigitte repitió la seña, y el negro miró hacia Dora. Brigitte asintió con la cabeza, como quien realiza otro movimiento casual, y se volvió hacia los Salamanca, que continuaban conversando entre ellos. Cuando volvió a mirar hacia Diamond éste se hallaba ya tras los pasos de la muchacha negra.

Satisfecha en aquel sentido Brigitte dedicó toda su atención al resto de los personajes. Silverton estaba hablando con aquellos dos hombres, y los Salamanca, que la vieron como aburrida, la incluyeron en la conversación…, que, naturalmente, Brigitte supo que era diferente a lo que habían estado sosteniendo entre ellos.

Pero allí cada cual debía de estar haciendo su juego, de modo que, en realidad, a quienes prestaba atención ella era a Silverton, a su marinero y al desconocido, aunque no pudiese oír absolutamente nada de lo que hablaban…

* * *

—Parece como si usted se estuviese tomando esto a broma, Silverton —decía hoscamente el desconocido.

—No sea tonto, Spencer. O por lo menos no crea que lo soy yo. ¿Por qué se le ocurre eso?

—Bien está la presencia de los Salamanca aquí, en su yate. Más aún: resulta muy lógica. Pero… ¿quién es esa mujer?

—La de la playa —dijo Mix Baynes.

—¿La de la playa? —Pareció no comprender Joyce Spencer.

—Yo le explicaré —apaciguó Silverton—. Esa chica estuvo esta mañana paseando por la playa. Mix y yo la vimos. Eso es todo. Esta noche la he encontrado en el Sing Sing y la he invitado al yate.

—¿Está loco? —Gruñó Spencer.

—Le diré lo mismo que les dije a los Salamanca: esto es cuenta mía, asunto particular, cuenta aparte.

—No creo que sea el momento de buscarse complicaciones.

—Déjeme acabar: es cierto que estoy ahora metido en una cosa

seria con usted. Y no pienso echarme atrás, ni hacer nada que perjudique nuestro asunto. Por el contrario, considero que cuanto más natural y aparatosa parezca mi vida privada menos se fijarán en mí en otro sentido… ¿Lo entiende?

Joyce Spencer vaciló, como lo hiciera Salamanca.

—No sé… Es posible que tenga razón. ¿Quién es ella?

—Una chica a la que le gusta ganar mil dólares por día…, o por noche, según se presente.

—Comprendo… Está bien. Pero vaya con cuidado, Silverton. No estamos para bromas. Una oportunidad como ésta no se presenta muy a menudo.

—Tranquilícese. Yo le aseguré la colaboración de mi yate y de mi tripulación, ¿no es cierto?

—Desde luego.

—Entonces —sonrió secamente Silverton— todo lo que usted tiene que hacer es llevarme los dos millones de dólares mañana por la noche a mi quinta y darme las últimas instrucciones. Lo demás es cuenta mía…

Y le aseguro que saldrá bien.

—Así lo espero. De acuerdo, vaya con sus invitados. Hasta mañana.

—Hasta mañana, Spencer. ¿Está durmiendo mi esposa, Mix?

—Se fue a la quinta.

—Vaya —se quejó Silverton, contrariado—… Precisamente esta noche que quería molestarla de verdad… En fin, paciencia. Quedan muchos días por delante.

Spencer y Baynes miraron a Silverton alejarse hacia Brigitte y los Salamanca. Oyeron las risas fruto de alguna broma, y luego los vieron desaparecer a los cuatro hacia los camarotes. Entonces Joyce Spencer se volvió hacia Mix Baynes.

—¿Qué opinas de esto? —Gruñó.

—La mujer de Silverton es fea y más bien gorda. Él quiere el divorcio, ahora que sabe que va a ganar dos millones de dólares, y ella no se lo concede.

—¿Sabe ella algo de lo nuestro?

—¡Claro que no! Silverton no es tonto, te lo aseguro. Todo lo que sabrá su mujer es que en el yate ha estado de visita una hermosa muchachita. Silverton no va a descansar, ahora que se ve

dueño de dos millones de dólares, hasta que ella le conceda el divorcio. La fastidiará hasta aburrirla.

—Muy bien, eso es cosa de ellos… En cuanto a ti, Igor Mikobaskan, no pierdas de vista a Silverton ni un segundo.

—Descuida, Yuri Skoveko: sé cuál es mi trabajo.

Se estrecharon la mano, y el falso Joyce Spencer abandonó el yate. Mix Baynes quedó apoyado junto a los mandos del yate, pensando en lo bien que, de un modo u otro, debían de estar pasándolo los cuatro personajes que habían bajado al interior del yate.

* * *

Pero realmente lo único que se hacía abajo era bailar. Abelardo Salamanca había optado por sentarse cómodamente, con un vasito de ron en una mano, y miraba plácidamente a su esposa y a Brigitte, que bailaban a dúo el surf teniendo ambas como pareja al animadísimo Silverton, que no dejaba de reír.

Después de tres vasitos de ron, que había de sumar a lo ingerido en el Sing Sing, Abelardo llegó a la conclusión de que ya era suficiente. Los otros tres no se cansaban de bailar y de hacer el tonto a lo grande, pero él sí se cansó de beber. Se puso en pie y se dirigió a la escalerilla que llevaba a cubierta. Allí se volvió y encogió los hombros al comprobar que nadie le hacía el menor caso.

Muy bien.

Que se divirtiesen. A él sí que le sentaría bien un poco de aire fresco. Y como el aire fresco estaba arriba, para allá fue.

La primera en darse cuenta de la ausencia de Salamanca diez minutos después, esto es, cuando la cinta del magnetófono acabó, y acabó por tanto la música, fue Brigitte. Se quedó mirando el vacío asiento, sorprendida, todavía jadeando. Silverton se estaba secando el sudor, diciendo algo que hacía reír a Nati, cuyo busto seguía el mismo ritmo jadeante que el de Brigitte; la cual informó:

—Su esposo no está, Nati.

—Oh, debía de estar aburriéndose aquí. Pobrecito mío, ¡él ya no tiene edad para estas cosas…! Se echó a reír, y Silverton la imitó, balanceándose en un ritmo de surf que sólo él oía.

Brigitte sonrió.

—Subiré a buscarlo… Apuesto algo a que conmigo sí quiere bailar… Y respiraré un poco de aire fresco, que me hace falta.

Empezó a subir la escalerilla, pero apenas había ascendido media docena de escalones cuando pensó que no tendría nada de malo llevarle un vasito de ron a Salamanca. Beber juntos da cordialidad a la conversación, y le convenía que el cubano estuviese todo lo comunicativo posible, ya que pensaba interrogarlo con su natural astucia, como quien no quiere la cosa. Retrocedió, y estaba ya a punto de llegar al último escalón cuando vio a Silverton y a Nati abrazados y besándose apasionadamente.

Brigitte quedó paralizada por el asombro. Pero enseguida se recuperó, volvió a subir sin que la hubiesen visto ellos, y, desde más arriba, bajó haciendo todo el ruido posible. Cuando apareció en el saloncito Silverton y Nati estaban separados, ella mirando hacia Brigitte y él encendiendo un cigarrillo.

—He pensado —dijo Brigitte, con toda naturalidad— que quizás Abelardo acepte un traguito de ron.

—Seguramente ha bebido ya demasiado —sonrió Nati—: es lo que se suele hacer cuando uno se aburre.

—En todo caso —dijo Silverton— no eres tú quien ha de divertir a Abelardo, sino Nati. Tú puedes quedarte un ratito conmigo aquí abajo…

—Es una buena idea, Percy —sonrió Brigitte con picardía.

Nati sirvió un vasito de ron, riendo. Pero cuando se disponía a subir a cubierta Salamanca apareció abajo.

—Creo que me iré a dormir —murmuró—. Ya es tarde…, y me temo que he bebido demasiado ron. ¿Vienes, Nati?

—Todavía no sabemos si podemos pasar la noche en el yate, querido —advirtió ella. Salamanca miró a Silverton.

—¿Qué dice a esto, Percy?

—Creo que será mejor que nos vayamos para la quinta. Tengo el coche cerca del embarcadero.

—Pues vamos allá.

Salieron los cuatro a cubierta, y poco después estaban en la playa.

—¡Por fin va a verte la narizotas conmigo, Brigitte!

—Oh, no, Percy… Es muy tarde… Creo que por hoy ha sido

suficiente. Y no vas a pedirme que me quede a dormir en tu quinta: sería excesivamente violento.

—Brigitte tiene razón —apoyó Nati—: aunque todo esto sea un juego creo que no es necesario llevar las cosas tan lejos, Percy.

Silverton parecía fastidiado, pero aceptó.

—De acuerdo… Entonces hasta mañana, Brigitte.

—¡Será hasta luego! —rió ella—. Ahora ya es mañana… ¿Nos veremos en el yate?

—Mañana no. No vendremos por aquí. Te espero en la quinta… ¿Va bien?

—Bueno. ¿Dónde está?

—Hacia el centro de la, isla, por… —Silverton dio las indicaciones precisas, y acabó por donde debía haber empezado—. O sea, 1877, Mountain Drive.

—Estaré allí lo más temprano posible.

Silverton le rodeó la cintura con un brazo y la besó en los labios.

—Okay, muñeca. Hasta… hasta luego.

—¿No te olvidas de un detallito sin importancia? Digamos que casi todo son ceros… Tres ceros exactamente… con un uno delante.

—¡No llevo encima mil dólares ahora, amor! —Silverton se echó a reír—. Mañana te daré dos mil. Eso es: así estoy seguro de que vendrás a mi quinta.

—Cuenta con ello.

Fueron hasta el coche. Silverton se puso al volante y los Salamanca detrás. Brigitte le tiró un beso con sus deditos a Silverton, y éste, riendo, puso el coche en marcha. Brigitte estuvo unos segundos allí, hasta que el vehículo desapareció por la curva del paseo. Luego dio la vuelta y se dirigió hacia su hotel.

No caminó mucho.

Diamond apareció ante ella, como una sombra.

—¿Era necesario que te dejases besar? —Ella sonrió.

—Hay pocas cosas que sean absolutamente necesarias en esta vida, Diamond. Sin embargo, en ocasiones, algunas pueden considerarse… bastante necesarias. ¿Seguiste a la chica?

—Sí.

—¿Adónde fue?

—Supongo que es su casa. Una casita pequeña, de aspecto muy modesto, al otro lado de las rocas, pasada la punta de la bahía.

—¿Vio a alguien, o alguien la estaba esperando en algún sitio?
—No. ¿Qué ocurre con ella?
—Llévame allá y te enterarás.

Capítulo VIII

Dora Yale se quedó mirando con los ojos muy abiertos a Brigitte. Luego su mirada se desplazó hasta quedar fija en Diamond, sin duda el más apuesto hombre de su raza que ella viera jamás.

—Buenas noches, Dora —saludó Brigitte.

—Buenas noches… ¿Qué… qué desean?

—¿No me conoce?

—Creo… creo que usted estaba antes con el señor Silverton, en el embarcadero.

—Así es. ¿Podemos pasar?

Dora vaciló, pero muy brevemente.

—Pasen.

Entraron los dos.

Afuera había un sombrajo bajo el cual había una barca a la que se había acoplado un motor. El mar estaba tan cerca que bastaría el pequeño esfuerzo de un hombre para meterla en el agua. Había algunas redes, cestos de mimbre, remos… Dentro todo seguía la misma tónica: estaba claro que allá vivían personas que, de un modo u otro, dependían del mar. Había visillos en las ventanas, y tiestos con flores en el alféizar, en la parte exterior. Todo estaba limpio, cuidado. Un bonito lugar, a pesar de la muy visible modestia en todo. Brigitte pensó en el cuarto que Diamond había alquilado en la isla, y se dijo que allá todo era fácil de arreglar con unas cuantas plantas y flores.

—Les ruego que no hablen muy alto… El niño está durmiendo.

—¿Tiene un hijo?

—Sí… Pronto cumplirá tres años. Bueno…

—Se está preguntando a qué hemos venido, ¿no es eso?

—Sí.

—Queremos ayudarla a buscar a su marido.

La negra parpadeó.

—¿Por qué? Antes no me pareció que el señor Silverton…

—No tenemos nada que ver con el señor Silverton en este asunto. Es más: usted no tendrá que mencionarnos a nosotros absolutamente para nada si vuelve a hablar con él.

Dora miraba rápidamente de uno a otra.

—No entiendo.

—Irá entendiendo poco a poco. Sólo quiero ayudarla y que me ayude. Y repito que esto no saldrá de nosotros tres. ¿Está de acuerdo?

—Pues… Sí, claro.

—Bien. Ahora dígame qué ha pasado con Tom… ¿Cuál es el apellido?

—Yale… Thomas Yale.

—¿Es negro, supongo? Vamos, vamos, no me mire así: si Tom Yale es negro, pues eso es todo. Si hablamos de mí diremos que soy blanca, y si hablamos de ustedes diremos que son negros. No me gusta eso de gente de color. Ese color puede ser amarillo, o cobrizo, o cualquier otro. Usted es negra, y se perjudica a sí misma si demuestra que le molesta que se lo digan.

Diamond, sonriendo, dio una palmadita en un hombro a Dora, que lo miró como sobresaltada.

—Haz caso a la señorita, Dora. Ella no nos desprecia en absoluto. Si te llama negra llámala tú blanca a ella y así estaréis en paz. ¿Lo entiendes?

Dora Yale asintió con la cabeza, mientras miraba ahora a Brigitte.

—Sí —musitó—: Tom es negro.

—De acuerdo. ¿Trabajaba para Silverton?

—No de un modo fijo. A veces lo llamaba para algunos encargos de poca importancia… Pero siempre le pagaba bien.

—Ya… ¿Cuándo desapareció Tom?

—Por la mañana hará tres días.

—¿Nunca lo había hecho?

—Jamás.

—¿Y por qué fue usted al yate a preguntar por él? ¿Fue allá como ha debido de ir a otros muchos sitios, o tenía razones especiales para preguntarle a Silverton?

—Yo… yo creo que Tom… Bueno, yo lo acompañé hasta allí y

ya no lo vi más.

Brigitte y Diamond se miraron.

—A ver, explique eso, Dora, por favor.

—Hace tres días, a media mañana, Tom y yo fuimos a la ciudad… Él tenía algo muy importante que hacer en el yate, y me dijo que ya nos veríamos. Yo también tenía algunos recados que hacer, pero pensé que sería mejor esperarle y luego irnos juntos. Entonces me quedé en la playa con Tommie…

—¿Con su hijo?

—Sí… Estuvimos allí hasta después de mediodía. Yo me impacienté y fui a preguntar por Tom al yate. Y fue entonces cuando me dijeron que ya se había marchado.

—¿Quién le dijo eso?

—Uno de los marinos… Creo que se llama Bernes… o Baynes… No estoy segura. Es uno que tiene los ojos muy negros y pequeños, que es muy alto… Tiene una cicatriz pequeña a un lado de la boca. Él fue quien me dijo que Tom se había marchado ya, pero… Bueno, yo lo creí entonces…

—¿Y ahora no?

—No sé… Es que yo estuve allí todo el tiempo y… y estoy segura de que Tom no salió del yate. Brigitte y Diamond volvieron a mirarse.

—Preste atención, Dora: ¿está segura de que no perdió de vista el yate el tiempo suficiente para que Tom se marchase de allí?

—Completamente segura. Ya le digo que lo esperaba para que me acompañase a algunos recados. ¡Estábamos tan contentos…!

—¿Tan contentos? ¿Por qué?

—Él había ganado una buena cantidad últimamente, y… y queríamos comprar algunas cosas para la casa y para nosotros… y juguetes para Tommie…

—¿Ganó Tom quinientos dólares de golpe? —Dora Yale miró asombrada a Brigitte.

—Sí.

—Déjeme verlos.

—Es que… gasté algo… Cuando me dijo aquel hombre que Tom se había marchado yo me fui sola a comprar…

—¿Los gastó todos?

—¡Claro que no!

—Enséñeme los billetes que le quedan.

Dora pareció vacilar, pero acabó por ir a buscar el dinero. Brigitte casi ni necesitó mirar la numeración al ver los varios billetes de cincuenta dólares que la negra le tendía. Pero quiso asegurarse completamente y miró la serie.

—¿Son los mismos? —inquirió Diamond.

—Sí. La numeración es correlativa. Bueno, hay un claro entre los quinientos de tu hermano y éstos, pero no cabe duda de que pertenecen al mismo grupo de la cuenta de Silverton… ¿Puedo quedarme estos billetes, Dora?

—Oh, pero…

—Se los devolveré. Mientras tanto vaya gastando de éstos. —Le entregó mil dólares de los suyos y guardó los otros—. Ahora escúcheme bien. En primer lugar no hablará absolutamente con nadie de esto; usted continuará buscando a Tom, pero ya no lo hará sola. Diamond —lo señaló— va a ayudarla. Haga todo lo que él le diga, sin vacilaciones. ¿Va comprendiendo?

—Claro.

—¿Lo hará?

—Sí… Sí, lo haré.

—Gracias. Ahora Diamond y yo nos vamos. Mañana temprano él vendrá a buscarla y le dirá todo lo que tienen que hacer. Eso es todo. ¿De acuerdo?

—Sí, sí.

—Pues adiós. Vaya con su hijito. Y buenas noches, Dora.

—Buenas noches.

Poco después Brigitte y Diamond se alejaban de la casita, los dos silenciosos, sombríos. Diamond preguntó de pronto:

—¿Crees que han matado a Tom Yale también?

—Estoy convencida de ello.

—Va a ser difícil encontrarlo, entonces.

—Quizá no. Escucha atentamente…

Durante un cuarto de hora Brigitte estuvo dando instrucciones a Diamond. Luego sonrió, mirándole fijamente.

—Y ahora, Diamond, buenas noches.

—Creí…

—Tengo algo que hacer en el hotel.

—Está bien.

Brigitte lo besó suavemente en los labios. Luego se separaron, cada uno hacia su alojamiento respectivo.

Un cuarto de hora más tarde Brigitte entraba en sus habitaciones, tras haber pedido una conferencia urgente con una floristería de Nueva York.

* * *

La obtuvo hacia la una y media de la madrugada, ya en la cama, mientras fumaba y repasaba todos los detalles que conocía, ordenándolos en su mente, intentando sacar conclusiones provechosas de ellos.

—¿Hola? —Oyó.

—¡Tío Charlie! —Exclamó alegremente Brigitte—. ¿Cómo estás?

—Brigitte… ¿Eres tú?

—¿Acaso tienes alguna otra sobrina?

—Pues no… Oh, demonios, ¿qué ocurre? ¿Se te acabó el dinero?

—Por favor, tío Charle…, querido tío Charlie… ¿Cómo puedes ser tan mal pensado?

—Porque te conozco, querida sobrina —rió «tío Charlie»—. ¿Cuánto necesitas? Creí que tu periódico te pagaba muy bien.

—¡Pero si no necesito dinero!

—Entonces… ¿todo va bien?

—Muy bien. Sólo que para el encargo que me diste necesitaré ayuda. Yo sola no puedo hacerlo: son demasiadas cosas y no puedo atenderlas debidamente.

—Seguro que lo que menos haces es trabajar.

—Que no, tío Charlie, que no. De veras que trabajo. Pero se está tan bien en Santa Catalina que a veces, pues…

—Ya, ya. Digamos que… divagas un poco.

—¡Qué comprensivo eres! Pero te aseguro que me porto bien y voy por el buen camino.

—Así lo espero. ¿Y no puedes recorrerlo solita?

—Puedo intentarlo, pero…

—Está bien. Veré de encontrarte ahí alguno de mis proveedores de jardinería. Si estás en aprietos espero que pueda ayudarte.

—¡Eres un encanto, tío Charlie! ¿Quién es él?

—Simón.

—Entonces quedo a la espera del buen Simón. Ah, estoy en el Santa Catalina Bay Hotel.

—De acuerdo. ¿Algo más? Es que estaba haciendo unos trasplantes en el invernadero…

—¿A estas horas? ¡Es la una y media!

—No en Nueva York, queridita. Aquí son las cinco y media de la madrugada.

—Oh… ¡Oh, tío Charlie, cuánto lo siento…!

—¡Estoy seguro de que no sientes nada! ¡Si quisieras un poco a este pobre viejo no lo llamarías a las cinco y media de la mañana para pedirle dinero, ayuda y tonterías tuyas! ¡Y me dejarías dormir!

—Pero tío Charlie, si estabas haciendo unos trasplantes…

—¡Qué trasplantes ni qué…! ¡Buenas noches, sobrina! Clic.

Brigitte sonrió, y también colgó el auricular. Realmente era una broma pesada llamar a Pitzer a las cinco y media de la madrugada, pero sabía que la irritación de «tío Charlie» era fingida, y que inmediatamente empezaría a moverse para proporcionarle ayuda lo más pronto posible.

Tranquila por este lado Brigitte apagó la luz, y en cuestión de segundos se quedó dormida como un angelito.

Lo que era.

Ni más ni menos.

Capítulo IX

Se presentó en la quinta de los Silverton hacia las once de la mañana, fresca, hermosa y deliciosa como una flor, sólo que mucho más bonita.

En la entrada, junto a la verja, había uno de los hombres que viera por la mañana anterior en la cubierta del yate. El hombre la miró, pero no dijo nada. Debía de saber ya a qué atenerse con aquella fantástica visitante. De modo que Brigitte entró, al volante del cochecito alquilado, y recorrió el sendero enarenado gozando del maravilloso día y del frescor de los álamos y chopos, y del perfume de las flores. Pronto vio la casa, completamente rodeada de árboles. A un lado una piscina, con parasoles y toldillas listadas en el lado más próximo a la casa, y varias extensibles también rayadas en amarillo y negro en la parte próxima a la arboleda.

Percybal H. Silverton la vio apenas salir del cochecito, que dejó en un rincón del pequeño estacionamiento de la quinta. Silverton estaba en la punta del trampolín, saltando alegremente y llamándola y haciéndole señas, riendo cada vez que ascendía. Era un hombre joven y lleno de vitalidad, de ganas de disfrutar la vida; de eso no cabía duda. Abelardo Salamanca estaba tumbado en una extensible bajo uno de los parasoles. A su lado estaba la esposa de Silverton. Nati Salamanca estaba sentada en el borde de la piscina, vuelta hacia ella, y le hizo un saludo medio burlón con la mano.

Cuando Brigitte llegaba junto a la piscina Silverton había saltado ya al agua, y salía en aquel mismo momento de la piscina, con un solo y agilísimo impulso. Quedó de pie junto a Brigitte, con la mano tendida, guiñándole un ojo.

—Buenos días, Brigitte. ¿Durmió bien?

—Como un angelito —sonrió ella. Silverton bajó el tono de voz:

—La voy a presentar a mi esposa como amiga de los Salamanca. Ya le hemos dicho a ella que si usted paseaba ayer por allí era

porque le había parecido verlos, y que los conocía de hace algún tiempo. ¿Está conforme?

—Allá usted, Percy.

Fueron hacia el gran parasol bajo el cual estaban Abelardo y Carol Silverton. Nati se reunió con ellos, siempre con una sonrisita burlona en su boca jugosa; llevaba un bikini que no podía ser más pequeño, y, realmente, una mujer celosa de su marido no debía de estar muy satisfecha con la presencia de aquella encantadora muchacha cubana, que era todo lo contrario que Carol Silverton, desde luego. Ésta llevaba un maillot amarillo que le sentaba igual que unas alas a un hipopótamo. Tenía la piel muy blanca, y resultaba obvio que no hacía otra cosa que huir del sol para protegerla, sin darse cuenta de que quizá de estar un poco bronceada resultaría menos desagradable bajo el sol, bajo la luz solar.

A Brigitte no le gustó Carol Silverton. Tenía la boca demasiado dura, en un gesto eternamente hosco, y los ojos se veían muy pequeños a través de los gruesos cristales que corregían su miopía. Miró a Brigitte de arriba a abajo y apretó más los labios. Dos chicas de aquella categoría para competir con ella eran mucho más que demasiado.

—Carol —presentó Silverton—, ésta es Brigitte, la chica de que te hemos hablado, y que conoció a Abelardo y Nati en…

—Ya has dicho antes esa mentira: puedes ahorrarte repetirla.

Silverton sonrió, como queriendo imponer un aire humorístico, intentando quitar importancia a las palabras de su esposa.

—Bueno, ellos se vieron ayer, y me pareció cortés por nuestra parte invitarla, para que pudiesen hablar de sus cosas…

—No es cortesía por mi parte, sino tuya.

Brigitte se sentía molesta, en el fondo. Por supuesto aquella mujer tenía razón, y no sería ella, Brigitte Montfort, quien hiciese todo aquello en circunstancias normales. De, ninguna manera. Pero tenía ante ella a un hombre de cuya cuenta en un banco habían salido billetes de cincuenta dólares que luego habían sido hallados en poder de un negro asesinado y de la esposa de otro que había desaparecido. Y puesto que ella había ido a Los Ángeles precisamente por asunto relacionado con negros aceptaría todo lo que fuese con tal de seguir adelante. Teniendo en cuenta, además,

que Lemmuel Dowen, uno de los negros, la había llamado para hablarle del posible paradero de Lyn Galloway, señalando el yate llamado World Sun, propiedad de los Silverton. No sólo tenía aquello las características de una buena pista, sino que, además, no disponía de otra.

Por tanto, ella tenía que continuar con su trabajo.

—Yo la acepto como cortesía por parte de todos, señora Silverton —sonrió.

—No mía.

—¿Por qué no? Al fin y al cabo estoy en su casa. Es usted muy amable al reunirnos aquí a Nati, Abelardo, y a mí. Se lo agradezco.

—No sé si es usted tonta… o una cínica, niña.

—Ni tonta, ni cínica…, ni niña, señora Silverton. Percybal Silverton se echó a reír inconteniblemente.

—¡Ya lo dije anoche! —exclamó—. ¡Brigitte tiene unas respuestas destructivas!

Carol se levantó y se fue hacia la casa, bamboleando su mole enfundada con dificultades en el maillot amarillo. Silverton rió por lo bajo. Lo estaba pasando en grande.

—¡Primer asalto a favor de Brigitte! ¡Bravo! ¡Eso hay que celebrarlo! ¿Qué tomará, Brigitte?

—Champán helado con cerezas.

Los tres se quedaron mirándola como si no hubiesen oído bien.

—¿Champán helado con cerezas? —farfulló Silverton.

—Es lo que me gusta. ¿No es posible conseguirlo?

—Pues no sé… El champán sí, desde luego… Un momento. —Pulsó un timbre que había en la parte inferior de la mesa. Indicó a Brigitte una extensible y él ocupó otra—. La narizotas se ha ido bien fastidiada —rió.

—No me ha parecido que tenga la nariz tan grande —protestó Brigitte.

—Se daría cuenta de eso si tuviese que besarla en la boca.

Y se echó a reír la mar de divertido. Brigitte lo miraba atentamente, empezando a sentir ciertas dudas.

¿Era posible que un hombre como aquél tuviese algo que ver con asesinatos, desapariciones y actividades subversivas cerca de los negros de Watts District?

—No me gusta esto, Percy, la verdad.

Silverton la miró entre incrédulo y divertido. En aquel momento llegó junto a ellos un criado procedente de la casa, y se quedó mirando a Silverton.

—Champán helado con cerezas, Joe.

Joe Gulik parpadeó. Era un tipo grandote y redondo, fuerte como un elefante y casi tan torpe, según parecía.

—¿Champán con cerezas, señor? —Pareció especular.

—Sí, hombre… ¡Ánimo! —volvió a reír Silverton.

—Sí señor.

Dio media vuelta y se alejó. Silverton miró de reojo a Brigitte. De pronto volvió a meter la mano bajo la mesa y la sacó con dinero que tendió a la bellísima.

—A ver si ahora le gusta más el asunto —rió.

Ella tomó los tres billetes. Eran de a mil. Los miró y sonrió.

—Me gusta mucho más, desde luego —admitió—. Pero aquí hay tres mil dólares…, y por ahora sólo he «trabajado» dos días.

—La obsequio por adelantado con el importe del asalto de mañana.

—No sé si mañana…

—¡Eh, eh, eh…! ¡Cuándo se empieza una pelea hay que terminarla, querida! ¿Va a dejar que la narizotas gane el combate por abandono de la contraria? Escuche esto: mañana saldremos con el yate a pescar.

Todo el día. Aquí Carol tiene probabilidades de escurrir el bulto, pero en el yate no podrá hacerlo. Será… será como si el yate fuese de verdad un cuadrilátero… ¡Demonios, será realmente divertido!

—Lo que hace no está bien, Percy.

—Yo decidiré eso. Usted diga si quiere o no quiere seguir ganando mil dólares diarios.

Brigitte simuló vacilar.

—De acuerdo… Acepto.

—¡Entonces mañana nos vamos de pesca! Y ahora ¿qué tal si nos damos otro bañito? ¿Sabe nadar?

—Desde luego.

—¡Pues al agua! ¿Trajo su bikini?

—No…

—Yo le prestaré uno de los míos —sonrió Nati—. Me parece que tenemos una talla muy parecida.

—Tú estás un poco más gorda —dijo Salamanca. Nati lo miró con ojos chispeantes de irritación.

—Querido —preguntó suavemente—: ¿cómo es posible que seas tan deliciosamente delicado?

Silverton soltó un «ji, ji» divertidísimo, y se ofreció para ayudar a Brigitte a ponerse el bikini, riendo sin cesar.

—Intentaré arreglármelas sola —sonrió Brigitte.

Se fue con Nati hacia la casa. Poco después, en el dormitorio que tenían destinado los Salamanca, se ponía el bikini, estando Nati presente pero vuelta de espaldas. El bikini que eligió Brigitte entre la docena de que disponía la linda cubanita era azul, como sus ojos. Recogió su bolsito, se aseguró de que el encendedor cámara estaba en él, y ambas salieron del dormitorio, charlando de cosas sin importancia. Brigitte no se sentía demasiado tranquila sin su pistolita, pero habría sido peligroso llevarla encima en aquellas circunstancias. De todos modos al día siguiente, en el yate, se las arreglaría para tenerla cerca y a punto.

Cuando llegaron junto a la piscina Silverton señaló una copa de champán con unos puntitos rojos en el fondo.

—¡Está buenísimo! —dijo.

—¿Lo ha probado? —sonrió Brigitte.

—No he podido resistir la tentación…

El resto del día transcurrió entre risas por parte de Silverton y una actitud más normal por parte de los demás. Carol aparecía y desaparecía, siempre enfurruñada.

Además de ellos cinco Brigitte vio en la quinta a los siguientes personajes: Joe Gulik, el camarero; al hombre de la verja, y a otro, llamado Thompson, ambos vistos ya la mañana anterior en el yate; también estaba allí el llamado Mix Baynes, que parecía estar en todos lados.

Y finalmente llegó otro, al que también había visto ya Brigitte anteriormente: era el que había, estado esperando a Silverton en el yate la noche anterior conversando con Mix Baynes durante la espera. Llegó poco después de las nueve, ya oscuro y cuando todos en la quinta habían acabado la cena y estaban tomando café helado con ron en la terraza, cerca de la piscina.

Brigitte, que tenía ya en su encendedor cámara fotos de todos los allí reunidos, deseó que el hombre se acercase. Y lo hizo, de

modo que Brigitte consiguió un par de rápidas fotos de él, simulando encender un cigarrillo y mirando la cartera de piel que el recién llegado llevaba en la mano izquierda.

—Buenas noches —saludó al llegar.

—Hola, Joyce —replicó Silverton—. ¿Café helado?

—No, gracias. Sólo dispongo de unos minutos para conversar con usted.

—De acuerdo. Vamos a mi despacho. Con permiso…

Se fueron los dos. Brigitte simuló no darle la menor importancia a la llegada del hombre llamado Joyce, y continuó fumando y charlando con los Salamanca, alabando el café helado con ron. De pronto, tras hacer un rápido movimiento hacia el vaso, se quedó inmóvil, con expresión consternada.

—¡Oh! —exclamó.

—¿Qué ocurre? —preguntó Abelardo.

—Pues… Me temo que se me ha roto… una de esas cintas de prendas íntimas que las mujeres usamos, señor Salamanca.

—Y eso teniendo en cuenta que no está tan «gorda» como yo —ironizó Nati.

—Oh, vamos, Nati… Sé que me expresé mal, pero no creo que haya para darle tanta importancia. Lo que podrías hacer es prestarle a Brigitte lo que necesite.

Carol Silverton iba mirando al que hablaba, siempre hosca y silenciosa. Brigitte rezó porque aquel no fuese uno de los momentos que ella elegía para desaparecer. La quería allí, con los Salamanca, no deambulando por la casa o metida en su habitación. Miró a Nati como compungida.

—Me temo que la estoy molestando demasiado, Nati…

—Claro que no. Con mucho gusto la acompañaré, para que pueda disponer de lo que más le guste de mi guardarropa.

—Bueno, no se moleste… Se está muy bien aquí. Supongo que una mujer no es demasiado diferente a otra —sonrió—, y que podré encontrar esa prenda muy fácilmente.

—Me parece bien —rió Nati—. ¡Hasta podemos cruzar apuestas sobre si la va a encontrar o no!

—Va un dólar —rió también Brigitte.

Y se dirigió hacia el interior de la casa.

Pero no hacia el dormitorio de los Salamanca, que estaba en el

piso alto, sino hacia donde ya sabía que estaba el despacho de Percybal Silverton. Se aseguró de que nadie la estaba viendo y se acercó más a la puerta. Finalmente tuvo que aplicar el oído a la madera para oír lo que los dos hombres hablaban en el interior del despacho…

Capítulo X

Percybal Holmes Silverton ya no reía como un tonto, ni parecía interesado en asuntos concernientes a mujeres. Lo mismo Carol que Brigitte habían quedado muy relegadas. Sus imágenes y sus recuerdos habían desaparecido empujados por la realidad… Por dos millones de realidad que tenía ante él, sobre la mesa del despacho.

Los fajos de billetes iban cayendo uno sobre otro a medida que eran contados meticulosamente, con rapidez pero sin precipitaciones, por Silverton. Eran billetes usados, de diversa cuantía, si bien cada fajo contenía los de la misma cuantía. Así, había fajos de billetes de cinco dólares, de diez, de veinte, de cincuenta, de cien, de quinientos y de mil. No era fácil contar aquella cantidad, pero para el hombre que la iba a cobrar no debía de resultar precisamente molesto hacerlo.

Mientras Silverton contaba en silencio Joyce Spencer paseaba por el despacho, admirando las pinturas, los muebles, los libros… Estaba fumando un hermoso cigarro procedente de Cuba y proporcionado a Silverton por los Salamanca.

Por fin Silverton echó sobre los otros el último fajo de billetes.

—De acuerdo —dijo.

—Pudo ahorrarse la molestia: nosotros no acostumbramos a tontear con el dinero.

—Yo tampoco. Es mucho lo que me estoy jugando, y no quiero hacerlo por un centavo menos de dos millones de dólares… No creo que eso deba molestarlo.

—De acuerdo… Están los dos millones, ¿no es así?

—Así es.

—Entonces hablemos de lo nuestro. Es decir, de lo mío; de lo que tiene usted que hacer para ganarse satisfactoriamente ese dinero.

—Un momento…

Silverton se levantó de su sillón tras girarlo hasta quedar de espaldas a la mesa. Se puso en pie, abrió un cuadro como si fuese la tapa de un libro, y quedó al descubierto una caja fuerte empotrada en la pared. Vulgar, pero efectivo. Y siempre con más estética que si la caja quedase visible. La abrió, metió dentro los fajos, la cerró y se sentó de nuevo. Dio la vuelta al sillón y se enfrentó con Joyce Spencer, que se había sentado y lo miraba fijamente.

—Ahora, Spencer, puede estar seguro de que todo cuanto me diga será escrupulosamente atendido y llevado a cabo con todos los detalles necesarios.

—Así lo esperamos.

—Empecemos por la fecha. ¿Cuándo será exactamente?

—Mañana.

—¿Dónde y a qué hora?

—La hora no puedo decirla con exactitud. Está prevista la llegada del hidroavión hacia el anochecer. Entienda que desde luego no será todavía de noche, para evitar dificultades de visión y, sobre todo, empleo de señales luminosas.

—Comprendo. El momento será, digamos, entre una hora y media hora antes de ponerse el sol.

—Exactamente.

—Bien. ¿Dónde tendré que estar yo con mi yate?

—Exactamente cuarenta millas al sur de la isla de San Clemente; eso le situará otras tantas millas mar adentro, de modo que es poco probable que la vigilancia costera norteamericana o mejicana pueda tener ninguna clase de intervención. De este modo el hidroavión amarará junto al yate, y las cajas serán trasladadas. Usted, los Salamanca y yo sabemos lo que contienen, de modo que espero que se den cuenta de la importancia de todo esto. Esas armas norteamericanas nos han costado mucho dinero a nosotros, Silverton. Y usted y los Salamanca lo están ganando, de modo que espero una total y leal colaboración.

—Cuente con ella. ¿Cuánto pagaron a los Salamanca por tenerlas guardadas en su finca?

—¿Qué importa eso?

—Yo estoy jugando limpio y a su favor, Spencer…, o como se llame. ¿Qué hay de malo en que haga algunas preguntas?

—Nada. Pero tampoco necesita saber tanto.

—No sea tonto: puedo enterarme tan sólo preguntándoles a ellos lo que les ha pagado por utilizar su finca. Si a mí me da dos millones por utilizar mi yate calculo que a ellos tampoco les habrá ido mal.

—Les hemos pagado menos que a usted, si eso es lo que le interesa. En tierra hay muchos lugares donde esconder un montón de armas. En el mar la cosa cambia. Usted cobre sus dos millones de dólares y ya está. Y otra cosa, Silverton: entienda perfectamente que a partir de ahora usted será un agente nuestro. Por supuesto se le pagará espléndidamente en todo momento. Sólo que usted jamás podrá rechazar un trabajo. Se le dirá: haga tal o cual cosa… Y usted deberá hacerla.

—Escuche, mi intención no es dedicarme al espionaje…

—No tema —sonrió el falso Joyce Spencer—: jamás quemamos a nuestros agentes, a menos que sea irremediable… Quiero decir que los utilizamos lo menos posible. Sobre todo cuando son de su categoría, de sus… posibilidades. Un trabajo cada dos años es lo máximo que deberá hacer.

—Eso está mejor.

—Pero esté siempre a punto. Si en un momento dado se le precisase usted deberá estar listo. Y la negativa a trabajar traerá como consecuencia un disparo en la nuca, una piedra en los pies, y por tumba el mar o una ciénaga. Usted ya pertenece a nuestro grupo de Los Ángeles. ¿Alguna duda?

—Ninguna —musitó Silverton, muy pálido.

—Muy bien. ¿Tiene algo que preguntar?

—Sólo aclarar algunos puntos.

—Vaya preguntando.

—¿Qué clase de armas tendré que llevar a la costa?

—Armas de Estados Unidos. Son todas procedentes de los cubanos que tantas veces quisieron tomar Cuba por asalto; usted ya sabe que los servicios secretos norteamericanos también se dedican a cosas de éstas. Ellos proporcionaron armas a unos cuantos cubanos que se creían que sólo tenían que desembarcar en Cuba, afeitar a Fidel Castro, y poner un nuevo gobierno a su gusto. Las cosas les salieron mal a algunos, y todas las armas que llevaban están ahora en nuestro poder. Son las que Abelardo Salamanca nos guardaba en su finca, esperando este momento.

—¿Qué clase de armas, insisto?

—¿Y por qué tanto interés?

—Mi interés está en tratarlas de tal modo que no me quede sin yate… y sin cabeza. ¿Lo entiende?

—Claro —sonrió Yuri Skoveko, alias Joyce Spencer.

—¿Y bien?

—No tema, su yate no volará. Está todo bien embalado: son pistolas, subfusiles, fusiles, cuatro ametralladoras, granadas de mano, lacrimógenas, un par de morteros grandes y seis portátiles…

—¿Todo ello de factura norteamericana?

—Desde luego. Espero que comprenda el cuidado con que todo ha sido preparado y estudiado… Todas esas armas, y buena cantidad de municiones para todas y cada una de ellas, han tenido que ser bien embaladas en cajas de una compañía lechera californiana, del sur de Los Ángeles, que cada día transporta su producto envasado hacia la ciudad…

—¿Tienen gente en esa compañía lechera?

—Por supuesto. Al anochecer unos cuantos camiones se dirigen hacia Los Ángeles con su cargamento habitual de leche envasada. Ahora bien, mañana uno de los camiones irá vacío. A él deberán ser trasladadas las cajas con armas y municiones que el hidroavión descargará en su yate. Usted recibirá las cajas, se acercará a la costa, y las trasladará a ese camión.

—¿No es todo un poco complicado?

—¿A qué se refiere?

—A ver si lo he entendido: ustedes disponían de numerosas armas de factura norteamericana, que tenían escondidas en la finca de los Salamanca, en Cuba, esperando una operación como ésta que nos ocupa. Le pagan a los Salamanca por guardar esas armas y por contratarlos como agentes suyos. Luego vienen aquí, se ponen en contacto conmigo, y me proponen utilizar mi yate en un asunto por el cual me van a pagar dos millones de dólares…

—Ya los hemos pagado.

—Ya, ya… Ahora ustedes tienen que colocar esas armas, metidas en cajas de una compañía lechera, para que de este modo tales armas lleguen a Los Ángeles, a manos de los negros que se han rebelado y que están armando allí un caos fenomenal… ¿Es eso?

—Exactamente. Tenemos armas para armar poco menos que un

batallón —sonrió fríamente Yuri Skoveko—. ¿Por qué no sacar partido de esos negros excitados, a los cuales algunos agentes nuestros mantienen continuamente en tensión? Éste puede ser, al fin, el punto de partida de la rebelión de todos los negros de Estados Unidos… Ese caos interno va a absorber mucho la atención política de los Estados Unidos; aunque se trate sólo de un asunto interno la va a distraer de otros puntos del globo donde nosotros tenemos… ciertos intereses. ¿Le preocupa eso?

—Lo único que me preocupa es tener mis millones de dólares. —Percybal Silverton sonrió cínicamente—. Supongo que eso no ocasionará otra cosa que un descalabro más o menos importante a mi país, y que no impedirá que yo me dé la gran vida.

—Norteamérica es un coloso demasiado potente para que eso lo eche por tierra, Silverton. Pero este asunto nos satisfará a nosotros en la medida que hemos previsto… Y usted, desde luego, podrá disfrutar de sus millones en este país.

—Entendido eso. Ahora viene la pregunta que resume todas mis cavilaciones: ¿por qué me emplean a mí, por qué no llevan el hidroavión hasta la costa, simplemente, y trasladan desde él las armas al camión?

—No sea ingenuo. Un hidroavión de ese tamaño sería divisado por las patrullas costeras en cuanto se acercase a la costa.

—También será divisado mi yate, ¿no?

—¡Claro que sí! —Rió Yuri Skoveko—. Pero usted es norteamericano, su matrícula está en regla, y a nadie va a extrañar que para anclar y pasar una noche divertida a bordo se acerque a la playa. El hidroavión atraería la atención. Su yate no.

—Es cierto… Demonios, es cierto. En cambio cincuenta millas mar adentro no nos verá ninguna patrulla costera. Y cuando vean mi yate lo que menos imaginarán será que llevo hacia la costa una partida de armas recibidas de un hidroavión.

—… Que habrá sobrevolado Méjico de noche y sin luces.

—Parece un plan perfecto.

—Lo es.

—Bueno, sólo queda saber el punto exacto donde debo desembarcar esas cajas de leche envasada.

—Será justamente en el punto intermedio entre Oceanside y San Juan de Capistrano. Y eso sí tendrá que hacerlo de noche.

Utilizando una linterna…, fíjese bien: con una linterna, no con una luz del yate, hará una señal que consiste en diez puntos seguidos y luego tres espaciados hacia la costa. Le contestarán del mismo modo. Entonces, ya el yate en la playa, desembarcarán las cajas en sus dos barcas de salvamento. Las entregará a un hombre que dirá llamarse Josuah Craves. Y eso será todo, por su parte. Luego los Salamanca regresarán a Cuba y usted a Santa Catalina, o a Los Ángeles, a vivir tranquilamente su vida…, hasta que reciba nuevas órdenes.

—Todo perfecto. De acuerdo.

—Ah… El piloto del hidroavión se llama John Sibinsky. Él ya sabe que usted se hará cargo de las cajas, de modo que por esa parte no habrá dificultades.

—Está bien. ¿Algo más?

—Nada más.

Yuri Skovenko se puso en pie, recogió la cartera, y se dirigió hacia la puerta. Estaba a tres pasos de ella cuando se volvió hacia Silverton, que también caminaba hacia allí.

—Otra cosa, Silverton: ¿quién es, de una vez por todas, esa muchacha tan hermosa que tiene en la quinta?

—Se llama Brigitte. Pero ella es cuenta aparte: forma parte de mis planes particulares.

—No me gusta.

—¿Por qué? Es verdaderamente preciosa —sonrió Silverton.

—Por eso mismo. Y porque hay demasiada inteligencia en sus ojos.

—Es cierto: también yo he notado eso.

—Úsela para sus planes, pero con todo cuidado. Luego mátela.

—Eso ya está previsto —sonrió de nuevo Silverton.

Skoveko asintió con la cabeza, se volvió de nuevo hacia la puerta y tiró del pomo. La puerta no cedió, pero lo hizo enseguida, cuando Silverton dio la vuelta a la llave.

Y cuando los dos hombres iban a salir se encontraron de manos a boca con Brigitte, que tenía una mano alzada como quien se dispone a llamar a una puerta.

—¡Oh! —exclamó Brigitte—. Creí… creí que ya estaba solo, Percy.

Los dos hombres la miraban fijamente, con una dureza que sólo

Silverton conseguía atenuar con una amable sonrisa más o menos bien lograda.

—Pues no —dijo suavemente—: todavía estaba conversando con mi amigo.

—Lo siento…

—No se preocupe. Se iba ya. ¿Quería algo concreto, Brigitte?

Ella sonrió con picardía. Le estaba costando un esfuerzo tremendo, pero tenía que conseguir aquella sonrisa. Había oído todo lo que hablaban los dos hombres en el despacho, y cuando fueron a abrir la puerta comprendió que no tenía tiempo de escapar y ocultarse así que decidió simular que iba a ver a Silverton, y que en aquel preciso momento se disponía a llamar a la puerta convencida de que él ya estaba solo.

Por eso, a pesar de saber que el visitante acababa de condenarla a muerte y que Silverton había contestado que aquello ya estaba previsto, no tenía más remedio que sonreír, único modo de que ellos la creyesen, ya que no es corriente que una persona que acaba de oír que van a asesinarla se presente sonriendo ante sus futuros asesinos.

—Pues sí… Bueno, yo pensé…

—Diga, por favor.

—Es que —miró de reojo a Skoveko—… Es algo… personal, Percy.

—De todos modos dígalo. El señor Spencer goza de mi entera confianza.

—Pues… se me rompió el sujetador, y Nati me ha ofrecido uno de los suyos. También me ofreció acompañarme, pero…

—¿Sí?

—Yo creí que estaría usted solo… y me dije que sería mejor su compañía que la de ella… Silverton y el falso Joyce Spencer se miraron.

—Es una buena idea —admitió Silverton sonriendo—. Y la vamos poner en práctica. Adiós, Spencer. Yuri Skoveko miró fijamente a Silverton.

—No olvide lo que hablamos antes de abrir la puerta —gruñó.

—Le dije que está previsto. Pero se hará en su momento oportuno.

—Espero que lo sea en verdad. De otro modo el negocio quizá

no nos diese los beneficios que esperamos.

—Haré mi parte en su momento.

—De acuerdo. Adiós.

—Adiós.

Yuri Skoveko se marchó sin volver a mirar a Brigitte, y ella estuvo a punto de soltar un suspiro de alivio al evitarse otra mirada de aquel hombre tan frío e implacable. Pero, a fin de cuentas, era un espía: ¿por qué censurarle que fuera implacable? Su vida o la de los otros: la elección era muy simple y sencilla.

Silverton la tomó del brazo y se dirigieron ambos hacia la escalera, que describía una curva hacia el piso alto. Poco después los dos entraban en el dormitorio de los Salamanca. Estaba a oscuras, naturalmente. Sólo la luz de la luna y las estrellas se reflejaban hacia el interior, desde la terraza volante.

—Bien —murmuró Silverton—: al fin solos.

—Eso lo dicen los recién casados —sonrió Brigitte.

—Y los insociables, ¿no?

—También es cierto.

—¿Y ahora?

Brigitte alzó los brazos y rodeó con ellos el cuello de Silverton.

—Ahora que estamos solos —susurró— es el momento en que te diga que me gustaría que consiguieras el divorcio…

—¿Para eso me has traído aquí?

—No iba a gritarlo delante de todos…

—¿Estás intentando jugar conmigo?

—Sólo estoy jugando al amor —sonrió ella—. Te veré… con más tranquilidad siempre que tú quieras. ¿Es eso burlarme de ti, es eso jugar contigo?

Percybal Silverton inclinó su cabeza sobre la de la muchacha, que cerró los ojos y ofreció dulcemente los labios. Cuando finalizó que aquel beso Silverton no se dio por satisfecho, pero Brigitte, tras besarlo riendo, lo empujó suavemente.

—Regresa abajo tú primero —dijo—. Así no creerán que nos hemos encontrado.

—De acuerdo.

Silverton iba a volverse ya hacia la puerta cuando Brigitte le retuvo.

—Te debo tres mil dólares, Percy.

—¿Tres mil dólares? ¿Por qué?

—No los quiero… Todo lo que quiero de ti es tu amor.

Volvió a besarlo en los labios, y sintió deseos de sonreír al notar el estremecimiento del hombre. Por aquella vez había aplacado a la fiera. Querrían matarla, sin duda de ninguna clase, pero no en aquel momento, como había temido.

—Vuelve con los demás. Yo iré enseguida. Y pregunta por mí, para que se convenzan de que no nos hemos visto.

—Está bien.

* * *

Brigitte llegó sonriendo adonde estaban los otros, llevando un paquetito en una mano que probaba que se había cambiado la prenda estropeada.

—Me costó encontrarlo, pero lo conseguí —miró a Silverton—. ¿Y su amigo, Percy?

—Ya se fue. La esperábamos para animar un poco la velada, Brigitte.

—Oh, encantada… ¿Qué hay que hacer? —rió.

—Podríamos bailar en la piscina… ¡Es una buena idea! ¡Nos tiramos a la piscina y bailamos en el agua…!

Nati y Brigitte se echaron a reír. Carol miraba hoscamente a su marido y a Brigitte. Parecía que se había olvidado de Nati para centrar todo su rencor en la divina muchacha de ojos azules.

Fue Abelardo Salamanca quien encontró algo que oponer.

—¿A qué hora partimos de pesca, mañana, Percy?

—Temprano… Pongamos a las siete.

—Entonces no cuente conmigo para tan «divertido» baile. Creo que lo mejor que puedo hacer es irme a dormir. Mañana convendrá estar en perfectas condiciones físicas.

—Bueno, pero…

—Por supuesto quédese usted, si gusta. No es que quiera fastidiarle la fiesta: es que no estoy en edad de acostarme a las dos de la madrugada y levantarme a las siete. ¿Vienes, Nati?

Por primera vez Brigitte notó la mirada de inteligencia que se cambiaba entre Silverton y Nati Salamanca. Fue brevísima, quizás imaginación suya. Pero, habiéndolos visto besarse en el yate la

noche anterior, Brigitte comprendió que aquella mirada tenía un significado para ellos.

—Claro, querido —dijo la cubanita, levantándose—. Buenas noches a todos. Oh, Brigitte, ¿dónde dormirá?

—Le prepararemos una habitación —dijo Silverton. Brigitte negó con la cabeza.

—Comprenderán que no voy a hacerme a la mar con estas ropas. De modo que regresaré a mi hotel, dormiré allí, y a las siete de la mañana estaré en el embarcadero, con equipaje apropiado.

—Parece una buena idea —aprobó Salamanca.

—Excelente —dijo con acritud Carol—. Así podré dormir tranquila.

Nadie respondió a este comentario. Silverton miraba atentamente a Brigitte, pero acabó por sonreír.

—De acuerdo, Brigitte: nos veremos mañana a las siete en el embarcadero. ¿O quiere que la lleve al hotel?

—No, no. Tengo mi coche. Bien… Buenas noches a todos.

—Ha sido una velada muy corta —rió Nati.

—Mañana será mejor —aseguró Silverton—. La verdad es que Abelardo ha tenido una buena idea: conviene estar en perfectas condiciones físicas para mañana. ¡Ojalá consigamos una buena pesca!

—Ojalá. Adiós… No se molesten en acompañarme.

—Adiós, Brigitte.

Ésta salió de la terraza y se dirigió hacia su coche. Se metió en él, lo puso en marcha, y segundos después salía de la quinta. Pero apenas recorridos doscientos metros redujo la inicial velocidad del coche al ver, completamente iluminado por los faros del coche, a un hombre que le hacía señales a un lado de la carretera.

Lo reconoció enseguida.

Era Joe Gulik, el camarero gordo y fuerte empleado en la quinta de Silverton. Extrañada, Brigitte frenó junto a él, y se inclinó hacia la portezuela.

—¿Ocurre algo, Joe? —preguntó amablemente.

—Ssst… Apague las luces y venga conmigo…

Brigitte frunció el ceño, dispuesta a decir algo, pero Gulik ya se dirigía hacia los matorrales que abundaban por entre los árboles que bordeaban la carretera.

Dispuesta a no dejarse engañar, Brigitte cogió su pistolita de la guantera del coche, procurando ocultarla en la mano. Abrió la portezuela, se apeó, y se dirigió hacia los matorrales.

Gulik apareció de pronto junto a ella, sorprendiéndola con la agilidad y el silencio de un felino a pesar de su corpulencia y su aparente torpeza. Le quitó la pistola de un tirón, tirándola hacia un lado, mientras la otra mano aparecía ante los ojos de Brigitte provista de una navaja aguda, que brilló a la luz de la luna.

Brigitte ni siquiera hubiera podido gritar, porque la mano que le había arrebatado la pistola cayó duramente sobre su boca, oprimiéndosela. Y la de Gulik, muy cerca de su oreja, siseó:

—Tengo orden de matarte, linda criatura. —Brigitte abrió mucho los ojos cuando la punta de la navaja se acercó a su garganta —… Eres la más hermosa mujer del mundo, muchacha, te lo juro. Lástima que tenga que cortarte el cuello…

Capítulo XI

Brigitte miraba con ojos desorbitados el brillante filo de la navaja centelleando ante sus ojos. La mano izquierda de Joe Gulik continuaba oprimiendo su boca, de modo que no podía gritar… Intentó el codazo hacia atrás que tantas veces le había dado buen resultado.

Y lo consiguió.

Gulik recibió el golpe en un costado, pero todo lo que hizo fue gruñir y acercar más la navaja a la garganta de Brigitte.

—No seas tonta —masculló—… Si me obligas a hacerte daño ahora mismo por mí no habrá inconveniente. Puedo matarte rápidamente o hacerte sufrir… ¿Qué eliges?

Brigitte quedó inmóvil. Si aquel hombre empuñase una pistola las alternativas de sufrimiento no hubieran sido demasiadas. Pero con una navaja pueden conseguirse horribles mutilaciones… que a nada conducirían.

—Así me gusta —siseó Gulik—: quietecita, y tendrás una muerte dulce. Voy a quitarte la mano de la boca, pero si gritas será lo último que hagas en tu vida…

Le quitó la manaza de los labios, y Brigitte respiró profundamente. Se sentía sofocada y dolorida por la presión de las fuertes manos del camarero asesino.

—No… no gritaré —jadeó.

—Eso está mejor. Como te estás portando bien, aparte ese tonto codazo, te dejo elegir la clase de muerte. ¿Dónde quieres la cuchillada? ¿En la garganta, en el corazón…?

Brigitte se estremeció ante tanta frialdad, pero se dispuso a luchar por su vida con la única arma que tenía disponible: su belleza, su encanto femenino.

—En ningún sitio —sonrió—. ¿Por qué tienes que matarme, Joe? Tú dices que lo has hecho, yo desaparezco…, y tú y yo continuamos

viéndonos siempre que quieras. Estaré muerta para todos… menos para ti.

Gulik se la quedó mirando irónicamente a la luz de la luna.

—¿Sabes que no eres nada tonta? —rió.

—Cualquier persona es inteligente si se trata de defender su vida. ¿Qué dices a mi proposición? Te aseguro que Silverton jamás sabrá que permanezco con vida.

—¿Silverton?

—¿No te ha enviado él? —musitó Brigitte.

Joe Gulik se echó a reír. Estaba tan divertido que descuidó un instante la vigilancia de la astuta y escurridiza Brigitte, lo cual aprovechó ella para intentar escapar. Dio media vuelta y quiso correr hacia fuera de la arboleda… Pero ni siquiera llegó al segundo paso: un brazo de Gulik la rodeó por la cintura, estrujándola brutalmente, mientras la navaja volvía a aparecer ante sus ojos.

—¡Escucha, nena, si crees…! No dijo más.

No pudo.

Una mano negra, grande, fuerte, fue lo primero que vio Brigitte, crispándose en la muñeca de Joe Gulik. Oyó el respingo de éste, la exclamación jadeante de quien recibe un durísimo golpe, y… de pronto se encontró libre, oyendo ya a su espalda el jadeo de dos hombres.

Se volvió inmediatamente.

—¡Diamond! —exclamó.

El coloso negro estaba allí, sujetando con las dos manos la muñeca de la mano armada de Gulik, retorciéndola salvajemente, sin preocuparse de los golpes que Gulik le propinaba en los costados.

Casi enseguida Gulik lanzó un alarido de dolor mal reprimido, y la navaja cayó al suelo. Brigitte se apresuró a recogerla, y se dedicó seguidamente a buscar su pistolita de cachas de madreperla. El resto de la pelea entre Diamond y Joe Gulik no la preocupaba: sabía que el negro vencería fácilmente.

Encontró su pistola y regresó junto a los dos hombres.

Gulik había conseguido librarse de las manos de Diamond y tenía ahora las suyas en el musculado cuello del negro, apretando con todas sus fuerzas.

Por un instante Brigitte estuvo a punto de usar su pistola contra

la espaldota de Gulik al ver muy abiertos los ojos de Diamond, muy brillante y visible la córnea, desorbitada, como dos manchas blancas en la negra faz.

Pero no.

No era necesaria su ayuda.

Una de las rodillas de Diamond subió de pronto con terrible violencia, impactando en el bajo vientre de Gulik, que lanzó un gemido soltó a Diamond, y retrocedió, con las manos en el vientre. Un puntapié en la cara lo enderezó, haciéndole retroceder más. Brigitte vio el brillo de la sangre en su boca, brotando copiosamente de sus reventados labios. Un taconazo de revés en el estómago dejó a Gulik nuevamente doblado sobre sí mismo, gimiendo cada vez más agudamente. Otra patada en la boca lo tiró de espaldas sobre la hojarasca. El ruido de ésta y el jadeo de Gulik era lo único que se oía ahora.

Joe Gulik no debía de ser demasiado tonto, por cuanto optó por poner fin a la pelea de un modo muy conveniente para él: se puso en pie lo más deprisa que pudo, dio media vuelta, y quiso escapar.

No pudo hacerlo.

Una de las manos de Diamond se clavó en su nuca como una garra inflexible, de tal modo que un hombre de menos envergadura que Gulik habría muerto ya, por rotura del cuello, bajo aquella tremenda presión de los fortísimos dedos. Pero Diamond había calculado ya la envergadura de Gulik, y sus propósitos no eran perder fuerzas en intentar desnucarlo: le hizo girar hacia la izquierda y lo estrelló de cara contra el tronco de un árbol. Esta vez Gulik no pudo evitar el grito de dolor, no le fue posible reprimirlo. Cayó de rodillas casi aturdido, pero se reanimó con un gran esfuerzo cuando su mano quedó sobre una piedra. Crispó los dedos sobre ella y se volvió en busca de Diamond…

Lo tenía a su espalda.

Y precisamente, viendo que Gulik había encontrado un arma no poco eficaz, aunque fuese primitiva, Diamond estaba ya ejecutando el rabo de arraia. Joe Gulik no supo cómo lo habían matado. Recibió el golpe en la cabeza, dio de nuevo contra el árbol, y se desplomó tras el rebote contra el tronco.

Diamond se volvió hacia Brigitte, alterado su ritmo respiratorio.

—¿Estás… bien, Brigitte? —se interesó.

Ella asintió con la cabeza y se acercó a Gulik, se acuclilló junto a él y le cogió una muñeca.

—Está muerto —dijo segundos después.

—Él se lo buscó.

—Desde luego… Era un asesino pagado.

—Ya le daremos también lo suyo a Silverton. Brigitte movió negativamente la cabeza.

—No. No ha sido Silverton quien lo ha enviado. Llévalo al coche: tenemos que marcharnos de aquí inmediatamente.

Ella pasó delante.

Salió a la carretera, se aseguró de que no pasaba ningún coche en aquel momento, y de que no podían verla desde la entrada a la quinta de los Silverton, y abrió la portezuela de atrás. Diamond apareció con el cadáver de Gulik en los brazos y lo tiró dentro del coche, en la parte de atrás.

Luego pasó a la de delante, mientras Brigitte se colocaba ante el volante. Se alejaron enseguida, a buena velocidad.

—¿Qué ha pasado? —preguntó Diamond…

—No lo sé exactamente. Eso, si tu pregunta se refiere a lo de ese hombre. Se llama Gulik, y quería matarme, pero estoy segura de que no por orden de Silverton.

—¿De quién, entonces?

—No lo sé… Cualquiera de los cuatro pudo dar la orden de asesinarme durante mi ausencia. A saber: Carol, Nati, Abelardo… y el propio Silverton, naturalmente. Pero yo quiero descartarlo. No quiere matarme.

—¿Por qué no?

Brigitte parecía muy perpleja.

—No lo sé… Eso es lo que me tiene intrigada. Pero desde luego estoy segura de que Silverton no quiere matarme. Ha podido hacerlo con mucha más comodidad y seguridad para él… No entiendo esto, ya que ni él ni Spencer debieron dudar, seguramente, de que les había oído la conversación…

—¿Qué conversación?

—Una bastante larga… y muy interesante. Si nosotros no ponemos remedio los negros de Watts District van a recibir armas y municiones suficientes para armar a un batallón. Quieren aprovechar la coyuntura de los últimos sucesos para que Los

Ángeles, concretamente Watts District, sea la mecha que encienda y haga explotar todo el polvorín de la población negra norteamericana y…

Brigitte explicó lo que había oído. Cuando terminó el relato el negro mostraba una mueca durísima en su inteligente rostro.

—Bien: es fácil matar unas cuantas cucarachas, Brigitte. O avisar a quien tú creas que puede…

—No, no, no… Querido Diamond, el espionaje es algo más sutil que lo que tú estás proponiendo. Percybal Holmes Silverton está haciendo un juego muy sutil, muy astuto… Nosotros no tenemos por qué ser más tontos que él. Y lo seríamos si precipitásemos los acontecimientos.

—¿Estás segura de que ellos dos sospecharon que los habías oído?

—Pues… Te diré algo, amor —sonrió Brigitte—: en mi ambiente basta la más ligera sospecha para cortar un cuello. No se deja al azar nada que pueda ser controlado por uno mismo. Pero además Silverton dijo que mi muerte ya estaba prevista por él.

—Entonces, envió a Gulik.

—Que no… Mi muerte estaba prevista por Silverton, pero de tal modo que él obtuviese un beneficio directo de ella o un placer personal. No era éste el momento de matarme.

—¿Quién quiso que te mataran, entonces?

—Ya lo sabremos. Pero puedes estar seguro de que a Silverton le intereso con vida… por el momento. ¿Habéis sabido algo de Tom Yate?

—Lo hemos encontrado.

Brigitte miró vivamente al negro.

—¡Estupendo! ¿Qué explicación da respecto a su desaparición?

—Ninguna. Está muerto.

Brigitte se mordió los labios.

—Claro —musitó al fin—… Al fin y al cabo era lo que yo temía. Igual que tu hermano.

—Sí.

—Bien… ¿Dónde lo encontrasteis? ¿O Dora Yate no lo sabe todavía?

—Lo sabe. Está con los cadáveres.

—¿Con «los» cadáveres? —se excitó Brigitte—. ¿Cuántos hay?

—Dos. Uno es el de Tom Yale. El otro es de un hombre blanco al que ni Dora ni yo conocemos.

—¿Rubio? —se alarmó Brigitte.

—No lo sé… Lo encontramos ya de noche, y debe de llevar tres días en el agua. Los encontramos a los dos metidos en una especie de saco grande hecho con trozos de lona; había tres o cuatro piedras grandes dentro del saco, de modo que éste permanecía pegado al fondo.

—¿Dónde?

—Debajo mismo del World Sun.

—¿Debajo del yate de Silverton? —exclamó la espía.

—Sí Pero eso no es todo. Ya te he dicho que estaban los dos en un saco grande con algunas piedras, ¿no? Bueno: pues en la boca de ese saco se había colocado una cuerda, cerrándola. Es… es como si hubiesen tirado al mar dos gatos rabiosos metidos en un saco para que no tengan salvación.

—Dios mío…

—Pero no han muerto ahogados. Los dos tienen un par de balas en la espalda. Exactamente igual que Lemmuel. Y, para acabar, la cuerda que rodea la boca del saco de lona tiene un largo cabo suelto.

—¿Cómo los encontrasteis?

—Hicimos lo que tú dijiste. Dora fue una vez más al yate a preguntar por Tom Yale. Pero el yate estaba vacío. No había nadie, y ella aprovechó para registrarlo. No encontró nada, ni rastro de su marido Cuando salió del yate un vigilante del embarcadero se metió con ella, pero Dora le dio explicaciones y el hombre se calmó puesto que conocía a Tom Yale. Luego, cuando Dora vino a decirme que no había ni rastro de Tom, pasamos a la segunda fase que tú indicaste, basándote en la seguridad que ella tenía de que su marido no había salido del yate: alquilé un par de tubos de aire y estuve buceando por debajo del yate y por sus alrededores. Vi el saco casi enseguida, pero tardé en pensar que allá podía estar lo que buscaba. Cuando vi los dos cadáveres salí del agua y se lo dije a Dora… Brigitte, a esa gente hay que aplastarla como… como…

—Como cucarachas —sonrió tristemente ella—: de acuerdo, Diamond. Pero antes tenemos un trabajo mejor que hacer que vengar a un par de muertos.

—¿Mejor que ése?

—Sí: evitar que mueran otros. Diamond asintió, sombrío.

—Claro… Tienes razón. Pero si hubieses visto a Dora quizá… quizá te habrías ofuscado tanto como yo.

—Sin duda. Pero por suerte para todos yo me conservo fría y serena, por el momento. ¿Qué más hicisteis luego?

—Esperamos a que oscureciese. Entonces volví debajo del yate, y uno a uno me llevé los cadáveres, siempre sumergido, hacia donde me estaba esperando Dora, para mantenerlos ocultos mientras yo iba y venía. Quise comunicártelo enseguida, y vine a esperarte en la quinta.

—¿Y ella está con los cadáveres ahora?

—Sí. En las rocas al otro lado del Club Náutico, fuera de la bahía. Ha sido un trabajo duro llevarlos a los dos allá.

—Y, sin embargo —sonrió ella—, has tenido todavía fuerzas para matar a un hombre con tus conocimientos de capoeira.

—Eso ha sido un descanso para los músculos… y una satisfacción. ¡Ojalá pudiese encontrarme con quienes están haciendo todo esto!

—Cálmate, futuro abogado: serenidad e inteligencia. Me pareciste mucho más sosegado cuando te visité en tu apartamento de Jagger Lane.

—Es verdad… Supongo que estoy viviendo este asunto con demasiada intensidad.

—Calma. Siempre calma. Además pronto recibiremos ayuda. Mientras tanto bueno será que vayamos a ver si descubro algo interesante en esos dos cadáveres.

Brigitte permaneció silenciosa mientras conducía hacia donde le había indicado Diamond Dowen. Para ella, las cosas estaban bastante claras: los dos cadáveres encontrados en el saco de lona estaban destinados a ser llevados mar adentro, y soltados, siempre dentro del saco lleno de piedras, en un lugar profundo. La cosa era fácil de adivinar: la cuerda que quedaba libre después de cerrar la boca del saco sería atada a cualquier parte del yate cuando éste se hiciese a la mar, de modo que los dos muertos serían remolcados. Luego bastaba cortar la cuerda en un sitio profundo, y decir adiós para siempre a los dos cadáveres.

Pero eso, por supuesto, no sucedería hasta que el World Sun se

hiciese a la mar el día siguiente a las siete de la mañana. Y en ese yate, gracias a la «amable» invitación de Percybal H. Silverton, estaría viajando una deliciosa criatura llamada Brigitte Montfort.

Y Brigitte se estremeció al pensar, con toda lógica, que tenía reservado un lugar en aquel saco cosido con trozos de lona.

Capítulo XII

Naturalmente los dos cadáveres estaban ya bastante hinchados y deformados por la permanencia en el agua, pero todavía no había empezado a desprendérseles la piel del rostro y las manos. La visión resultaba espantosa y grotesca a la vez, y, en definitiva, estremecedora.

Dora Yale continuaba inmóvil junto al cadáver de su esposo, como si la cosa no fuese con ella. Su fatalismo, después de la natural expresión de dolor que tanto había impresionado a Diamond, resultaba conmovedor.

—Hay una linterna en el coche, Diamond —murmuró Brigitte—. ¿Quieres traerla?

Diamond fue a buscarla, mientras Brigitte examinaba las heridas que ambos cadáveres habían recibido en la espalda. Por supuesto que era imposible saber, tan sólo por la herida, si era la misma pistola la que había matado a los dos hombres; aparte, la hinchazón deformaba considerablemente los bordes.

Brigitte miró a Dora Yale de reojo una vez más, y se sentó también sobre la roca. Tenía el mar a poco más de media docena de pasos, y su incesante rumor era todo cuanto se oía allí. La espuma brillaba, plateada, sobre las olas. Igual que la noche antepasada en la playa de Santa Mónica…

—Aquí está la linterna.

Brigitte colocó hacia arriba, bien despejadas, las caras de los dos muertos.

—Ilumínalos desde arriba, Diamond. Y procura que mi mano no haga sombra sobre sus caras.

Provista de su encendedor cámara Brigitte procedió a tomar varias fotos de los rostros de los cadáveres. La identificación de uno de ellos resultaba innecesaria, pero nunca estaba de más disponer de fotografías. La diminuta cámara camuflada en el encendedor

tenía sensibilidad suficiente para obtener fotos en cualquier circunstancia y con un mínimo de iluminación, pero tampoco estaba de más asegurarse unos óptimos resultados en la obtención de las fotografías, que luego tendrían que viajar a Nueva York, a menos que el agente Simón, residente en Los Ángeles y avisado ya por Pitzer, se pusiera muy pronto en contacto con ella y se hiciese cargo de la identificación por medio del envío de velofotos a la sede central de la CIA en Langley[4] o, si era necesario en aras a la rapidez, directamente a la sede del FBI en Washington… Aunque era de esperar que ambos organismos sintiesen interés por todo cuanto material les enviase Brigitte Montfort… Eso en el supuesto de que Pitzer no soltase un gruñido al oír hablar del FBI, ya que la rivalidad de los dos colosos del espionaje y contraespionaje, si bien cordial sobre todo en los últimos tiempos, era también muy notoria…, pero siempre supeditada a los intereses de la nación.

—Está bien, creo que saldrán las fotos.

—¿Qué hacemos ahora? —preguntó Diamond.

—No lo sé… todavía. Tendré que ir al hotel: estoy esperando una visita que nos ayudará. Y espero que esa persona decidirá lo que hacemos con los cadáveres, a menos…

—A menos… ¿qué?

Brigitte se inclinó junto a Dora.

—Dora, lo siento… Lo siento de veras.

—Usted no tiene la culpa de esto.

—Desde luego que no, pero…

Dora Yale se mordió los labios, y por un instante pareció que fuese a echarse a llorar.

—¿Qué será ahora de mí? ¿Y de mi pequeño Tommy?

—Arreglaremos eso más adelante —aseguró Brigitte—. Ahora sólo quiero saber si está dispuesta a continuar a nuestro lado, a seguir haciendo lo que yo le diga.

—¿Servirá de algo? —Se mostró desalentada Dora.

—Servirá para capturar a los hombres que están haciendo esto e incluso cosas peores.

—¿Qué tengo que hacer?

—Regresar a su casa como si nada hubiese ocurrido. Usted ha de seguir buscando a su marido. Todo el mundo tiene que creerlo así.

—Pero… ¿tengo que dejar a Tom aquí, así…? No puedo

hacerlo… Ni sabré disimular…

Brigitte miró a Diamond, que se apresuró a intervenir. Se acuclilló junto a la muchacha negra y le pasó un brazo por lo hombros, cariñosamente.

—Dora: la señorita Montfort está luchando ahora por nosotros, por los negros. Tienen que morir algunos…

—Es fácil decir eso cuando los demás continuamos vivos.

—Anteayer mataron a mi hermano en Santa Mónica, también por la espalda. ¿Sabes lo que hice? Llevé su cadáver a casa de unos amigos, que seguramente le habrán dado ya sepultura, y me vine a la isla con Brigitte, a luchar a su lado para evitar que mueran más hombres, sean negros o blancos. Date cuenta de que junto al cadáver de tu esposo negro hay el cadáver de un hombre blanco. No luchamos por un color, sino por unas vidas que todavía pueden salvarse. ¿Lo entiendes?

Dora Yale, que había estado mirando realmente impresionada al atleta negro, asintió con la cabeza.

—Lo entiendo, Diamond. Haré lo que me digáis.

—Lo que le he indicado antes —intervino de nuevo Brigitte—: regresar a su casa como si nada hubiese ocurrido, como si no supiese nada de Tom y continuase buscándole o esperándole.

—¿Y… y él? —señaló Dora el cadáver. Brigitte se volvió hacía Diamond.

—¿Cómo dejaste el saco de lona?

—Tal como estaba, pero sólo con las piedras.

—Continuará así, por el momento. Ahora esconderemos estos cadáveres por aquí… Pero será peligroso. En cuanto lleven unas horas al descubierto empezarán a oler… Y más aún cuando salga el sol…

—Podríamos enterrarlos en la arena húmeda —propuso Diamond.

—¿Qué dice a eso, Dora? —preguntó Brigitte.

—A Tom no le molestaría, si pudiese elegir: siempre amó el mar.

—Entonces los enterraremos por aquí mismo. Desde luego será de modo provisional, ya que más adelante les daremos sepultura adecuada… Está bien, Diamond, tú te encargas de eso. Luego llevas a Dora a su casa. Ella ya no tiene nada más que hacer hasta mañana temprano, que continuará buscando a Tom. Yo sí tengo cosas que

hacer. De todos modos… te estaré esperando en mi *suite* del Santa Catalina Bay a partir de las doce de la noche, por si tienes algo importante que comunicarme. Pero procura que no te vea nadie. En especial asegúrate que ninguno de los hombres de Silverton está vigilando mi hotel. Me ha dejado marchar esta noche, pero no creo que abandone definitivamente su presa.

—Lo tendré en cuenta.

—Entonces hasta luego. Si ocurriese algo inesperado llámame por teléfono.

Brigitte se alejó de allí, dejando a los dos negros encargados de procurar una fosa provisional para los dos cadáveres… Es decir, para los tres, ya que Joe Gulik recibiría idéntica sepultura provisional.

* * *

El hombre se quedó estupefacto al ver a Brigitte, y su gesto avinagrado se transformó en una mueca admirativa. De todos modos, si bien en un tono muy distinto al que había pensado emplear con la persona que había llamado a la puerta de su tienda, dijo lo que tenía que decir:

—Está cerrado, señorita.

—Lo sé —sonrió Brigitte—. En realidad, señor Ballard, sé que soy inoportuna, pero…

—¿Cómo sabe mi nombre?

—Lo dice en el rótulo de la fachada: Ballard, fotógrafo… Y asegura que su laboratorio es el más completo de la isla.

—Así es… Bien, pero es que son más de las diez de la noche, y… Vaya, yo me disponía a acostarme. Deme su película, pero hasta mañana no trabajaré en ella…

—Lo haré yo —sonrió Brigitte—. ¿Sabe qué es esto?

Sacó uno de los billetes de mil dólares que Silverton le había dado en la quinta aquella mañana. Oscar Ballard abrió la boca, la cerró, se ajustó un poco más la bata sobre el pijama, y carraspeó:

—Bien… Yo diría que es… un billete de mil dólares…

—Okay. ¿Le gustaría que fuese suyo?

—Pues… es una clase de medicina que nunca sienta mal.

Brigitte sonrió una vez más, tan encantadoramente como

siempre, mientras arreglaba el billete como si fuese un pañuelo de los que se ponen en el bolsillo superior de la chaqueta. Luego lo colocó graciosamente en el bolsillo de la bata de Ballard.

—Para su reuma —dijo—. Y esto sólo por dejarme hacer yo misma un trabajo en su laboratorio. Ballard consiguió salir de su atontamiento.

—Por este dinero usted podría exigirme que yo estuviese trabajando toda la noche.

—Y sin embargo sólo quiero que me deje trabajar a mí…, y que luego me olvide, como si yo jamás hubiese existido.

—Eso será difícil —sonrió el vejete, guiñándole un ojo—. Por lo demás, de acuerdo. Pase.

Poco después Brigitte se hallaba a solas en el laboratorio, que ni mucho menos debía de ser el más completo de la isla, pero que bastaba para sus propósitos. Cerca de las doce de la noche tenía un buen puñado de fotografías de todos los personajes que intervenían en aquel asunto:

Percybal Holmes Silverton. Carol Silverton.

Abelardo Salamanca. Natividad Salamanca. Joyce Spencer.

Mix Baynes, el marino que estaba en todas partes.

Joe Gulik, el pseudoasesino que sería enterrado en la arena. Randall Thompson, uno de los marinos del yate.

Eugen Mc Forest, el tercer marino del World Sun. Dora Yale.

La foto del rostro del asesinado Tom Yate.

La foto del rostro del blanco desconocido hallado con Tom Yale. Y Diamond Dowen.

Era un buen botín, del cual podía esperarse mucho, y con el cual Brigitte se dirigió rápidamente hacia su hotel.

Capítulo XIII

Brigitte entró en su *suite*, y, sin encender la luz, cerró la puerta. Se sentía cansada; no de esfuerzo muscular, sino de tensión nerviosa. Demasiadas cosas para un solo día: la hostilidad de Carol Silverton, el temor ante la reacción de Spencer y Silverton cuando la sorprendieron ante la puerta del despacho del segundo, el intento de asesinarla por parte de Joe Gulik, el hallazgo de los dos cadáveres… Y, sin embargo, pese a esa incipiente postración nerviosa que sentía, Brigitte saltó hacia un lado de la puerta apenas la hubo cerrado, mientras sacaba su pistolita y apuntaba hacia el interior de la *suite*.

Estuvo unos segundos así, inmóvil, conteniendo la respiración, hasta que oyó una suave risita.

—¿Simón? —musitó.

—Sí —le contestaron.

Suspiró profundamente, relajándose. Fue hacia el interruptor, dio la luz…, y se quedó petrificada al ver al hombre que aquella vez ocupaba el puesto de Simón, el ayudante del que podía disponer en cada punto que tocase del globo.

—¡Tío Charlie! —exclamó.

Pitzer, sentado cómodamente en el sofá, con su pistola en la mano, subió ésta hasta que el cañón quedó verticalmente colocado en sus labios.

—Ssst… No hace falta despertar a los demás huéspedes, querida niña.

Brigitte caminó hacia él, todavía boquiabierta de asombro. Se quedó frente a Pitzer, siempre incrédula, hasta que por fin sonrió.

—Vaya… Muy importante debe de ser el olor a chamusquina para que la vieja comadreja se decida a actuar personalmente.

Pitzer soltó un gruñido y guardó su pistola.

—¿Ésa es forma de recibir a un amigo que la adora? ¡Llamarme

vieja comadreja!

Brigitte también se guardó la pistolita y se sentó junto a Pitzer en el sofá, riendo.

—Vieja, peligrosa, inteligente, taimada y astutísima comadreja… Eso es lo que es usted. Y le abrazó y le besó en una mejilla.

—Demonios, Brigitte: ¡no haga eso conmigo!

—¿El qué?

—¡Besarme!

—¿Por qué no?

—Porque para no reaccionar con uno de sus besos es necesario ser algo más que viejo… ¡Es necesario ser una momia de tres mil años!

—¿Y usted no lo es? —Rió Brigitte.

—Sólo en apariencia. ¿Cómo supo que Simón la estaba esperando aquí dentro?

—Porque yo no fumo tabaco negro procedente de Cuba. Y ese tabaco tiene un olor peculiar.

—Demonios, demonios, demonios…

—¿Qué ocurre? —volvió a reír Brigitte—. ¿No le gusta que su agente favorito esté siempre alerta?

—Me encanta.

—Menos mal. —Brigitte encendió uno de sus cigarrillos—. ¿Cómo entró aquí?

—Queridita mía: del mismo modo que usted entra allá donde le place.

—¿Se ha convertido en un ladrón con escalo o ganzúas?

—Sólo con ganzúas. Mi edad no me permite el escalo… ¿Está bien, Brigitte?

—Por milagro. Hace poco más de dos horas un hombre quiso cortarme el cuello.

—Entonces… ¿la tienen controlada? —Palideció Pitzer—. ¿Saben quién…, mejor dicho, qué es usted?

—Creo que lo saben. O por lo menos lo imaginan. De todos modos, cosa curiosa, estoy convencida de que no fue el hombre que nos interesa quien ordenó asesinarme…

Brigitte explicó detalladamente a Pitzer todo lo ocurrido: su búsqueda de Lyn Galloway, la llamada de Lemmuel Dowen, la ayuda recibida de Diamond, sus relaciones con Silverton, los

incidentes ocurridos tanto en Los Ángeles como en Santa Catalina… Todo, absolutamente todo lo referente a su trabajo fue expuesto con claridad y perfecto orden cronológico, de modo que en menos de veinte minutos Pitzer estuvo al corriente de la situación.

Y justo cuando terminaba la explicación llamaron a la puerta de la *suite*.

—Ése es Diamond —tranquilizó Brigitte—: veamos qué novedades trae.

Fue a abrir la puerta. Diamond entró rápidamente, y se quedó mirando a Pitzer. Brigitte cerró la puerta, tomó una mano de Diamond, y lo llevó hacia el sofá.

—Éste es Diamond —presentó a Pitzer—. Diamond: te presento a mi amigo Simón.

Pitzer se puso en pie, tendiendo la mano al negro, que la estrechó con cierta vacilación.

—Entiendo que le debemos la vida de Brigitte, Diamond… Esto quiere decir que deberá contar con nosotros para cualquier momento de apuro. Le aseguro que un montón de hombres de todo el mundo hará lo que sea por el hombre que nos ha conservado viva a Brigitte.

—Gracias.

Brigitte se sentó y dio unas palmaditas a su lado de modo que cada hombre ocupase un sitio junto a ella.

—¿Pasó algo más, Diamond?

—No.

—¿Y los cadáveres?

—Enterrados los tres allí mismo, cerca del agua. Acompañé a Dora a su casa… Por eso he tardado un poco más.

—Está bien. Has llegado a tiempo de ver una serie de fotografías que quizá te resulten útiles más adelante. Pero primero las verá mi amigo Simón. —Las sacó del bolsito y las tendió a Pitzer, diciendo—: Faltan las de dos hombres que no he visto todavía. Uno de ellos se llama John Sibinsky, y es el piloto del hidroavión que traerá las armas desde Cuba hasta el punto marino donde las debe recoger el yate. El otro hombre se llama Josuah Craves, y es el que irá con el camión a la costa para recoger esas armas que el yate llevará allí.

—Craves es de la compañía lechera, ¿no?

—Por lo menos llevará uno de sus camiones.

—¿No sabe qué compañía es?

—No, eso no. Pero no creo que importe demasiado. Mañana por la noche lo sabremos todo. Habrá que trazar un plan de acción, Simón.

—Desde luego… Pero déjeme mirar las fotos y vaya diciéndome los nombres.

Así lo hicieron. Al llegar a la foto del rostro del desconocido cuyo cadáver había aparecido junto al de Tom Yale, Pitzer la retuvo un segundo de más.

—Éste es el desconocido —dijo Brigitte.

—¿Desconocido? —Murmuró Pitzer—. Ni mucho menos, Brigitte. Vea, le traía una foto para ayudarla en su trabajo.

Pitzer sacó una foto de un bolsillo interior de su chaqueta y la mostró a Brigitte. Inmediatamente, y pese a las naturales diferencias entre el rostro de un hombre joven y vivo, de mirada inteligente y sonrisa simpática, y entre el rostro del hombre asesinado, se advertía que eran la misma persona.

Brigitte cerró los ojos, un poco pálida.

—No me lo diga —susurró—: este hombre es Lyn Galloway.

—Sí.

—Lo asesinaron por la espalda…

—No se lamente demasiado —dijo secamente Pitzer—: esto ocurre con frecuencia a nuestros compañeros, usted lo sabe.

—Ese Silverton… No lo entiendo…

—¿Qué es lo que no entiende?

—Si él mató a Galloway ¿por qué envió a Lemmuel Dowen a decirme que Galloway había sido visto rondando el World Sun?

—¿Quién le asegura que fue Silverton quien envió a Lemmuel Dowen?

—Los billetes que le he enseñado… Salieron del banco donde Silverton tiene la cuenta. También Tom Yale tenía billetes de esa numeración. Y después de lo que yo oí en el despacho de Silverton no podemos dudar que éste es un traidor, y que haría cualquier cosa por dinero.

—Quizá no fue Silverton quien envió a Lemmuel Dowen —remachó Pitzer.

—Quizá… Pudo ser alguien que pudiese manejar el dinero salido de la cuenta de Silverton… Su esposa. Oh, esto es una

tontería. ¿Por qué habría de delatar Carol a su marido?

—Es posible que quiera deshacerse de él —sugirió Pitzer.

—¡De ninguna manera! Para conseguir eso Carol sólo tendría que concederle el divorcio. ¿Qué necesidad tiene de echar encima de su marido al servicio de contraespionaje de la nación?

—Hay otra solución —dijo de pronto Diamond—: que sea el propio Silverton quien atraiga a quienes sospechen de él, para matarlos con toda comodidad. Por lo menos eso es lo que parece haber ocurrido con Lyn Galloway: si fue encontrado debajo del yate es de suponer que estuvo a bordo del World Sun.

Brigitte palideció. Sentía la boca seca, y, desde luego, toda la perspectiva que abarcaban las palabras de Diamond no le hacía gracia alguna.

Pitzer miraba a Diamond como sorprendido.

—Es posible eso que dice, Diamond —admitió—. Si sabemos que alguien nos está siguiendo la pista, y queremos eliminarlo, un buen sistema es proporcionarle la pista con toda claridad, esperar a que llegue hasta nosotros…, y recibirlo a balazos.

—Pero… pero eso es entonces lo que Silverton está haciendo conmigo —casi tartamudeó Brigitte.

—Cabe admitirlo.

—Entonces… de principio a fin he estado haciendo lo que él quería… Sólo que me pregunto por qué no me mató anoche mismo, que estuve en su yate. No creo que lo dejase de hacer por la presencia de los Salamanca, ya que éstos también intervienen en el asunto.

—Quizá no te mató porque Dora Yale te vio subir al yate —dijo Diamond.

—Es posible… Ella buscaba a su marido, que no aparecía. Y si yo también desaparecía después de subir al yate quizás ella se decidiese a notificarlo a la Policía.

—Una cosa no encaja con otra —gruñó Pitzer—: si Silverton no quiere que nadie se sienta muy interesado por su yate… ¿por qué entonces enviar a nadie que hablase de él?

—No sé… Oh, no entiendo esta clase de juego. Alguien está jugando con dos barajas a un juego, desconocido, extraño…

—Aparte de Silverton… ¿quién cree que pudo querer matarla?

—Carol. O quizá Nati Salamanca. No hay que olvidar que ella y

Percybal Silverton tienen un juego aparte.

—Quizás ahí esté la clave de todo —musitó Pitzer—. Pero no estaremos seguros hasta que ese yate se haga a la mar.

—Y entonces no podremos enterarnos de nada —se desalentó Brigitte—. Bien, al menos podremos atrapar a los del camión y a los del yate cuando trasladen las armas a tierra. ¿Se encargará usted de eso?

—Desde luego. Pero hay algo que no he entendido bien: ¿por qué dice que cuando ese yate se haga a la mar no podremos enterarnos de nada?

—Bueno, no teniendo a nadie de confianza a bordo no creo que nos enteremos de gran cosa.

—¿Nadie de confianza? ¿Usted no es de confianza?

—Creo que sí, pero —Brigitte palideció de golpe—… ¡Un momento! ¿Está usted sugiriendo que yo salga mañana en ese yate?

—Exactamente.

—¿Está loco? ¡Eso es lo que está esperando Silverton, para matarme y meterme en el saco de lona!

—Es de temer que así sea.

—Pero… pero… ¡Usted no puede pedirme que arriesgue mi vida de ese modo!

Pitzer inclinó la cabeza y permaneció así unos segundos. Cuando la alzó encontró la negra mirada de Diamond Dowen fija en él, con una dureza tal que el astuto y veterano contraespía sintió un escalofrío en todo el cuerpo. Brigitte lo miraba sin mostrar claramente su rencor, como hacía Dowen, sino más bien con una expresión anhelante, inquieta.

—Es cierto —masculló Pitzer—. No puedo pedirle que se meta en un lugar donde, según parece, hay dos personas interesadas en matarla: Silverton, y quien envió contra usted a ese Joe Gulik… Sin embargo, Brigitte…

—¿Sin embargo…?

—Bien… Tendremos que resignarnos a quedarnos con las migajas.

—¿Qué quiere decir?

—Si usted no va mañana a ese yate habremos perdido el tiempo y unas cuantas vidas para obtener migajas de un asunto cuya envergadura está fuera de toda duda. Esos hombres quieren armar a

casi un millar de negros que están como enloquecidos. Si esos negros llegan a disponer de las armas que llegarán en el hidroavión no quiero ni pensar en lo que ocurrirá. Por supuesto habría que emplear la fuerza con ellos. Sería una especie de… guerra civil. Morirían muchos: negros y blancos. Y en todo el país habría un brutal movimiento de protesta. Los blancos, porque los negros habrían matado muchos blancos; los negros, porque los blancos habrían matado muchos negros. Los Ángeles, en efecto, sería la mecha que encendería un polvorín espantoso en toda la nación… Usted ya lo ha entendido así, ¿no es cierto?

—Claro. Pero es que… Bueno, si nosotros impedimos la llegada de esas armas y detenemos a esas personas…

—¿A qué personas?

—Pues a Silverton, a los Salamanca… ¡A todos!

—¿Sí? ¿Cómo? Fíjese bien: si mañana a las siete usted no aparece en ese yate la operación no se llevará a cabo. No olvide que ellos confían en verla allí, para llevársela mar adentro y matarla. Saben que usted lo sabe todo. Si se presenta allí se tranquilizarán, por el simple motivo de creer que ninguna persona que sepa que la quieran matar se presenta ante sus verdugos. Y si usted no oyó que la quieren matar, tampoco oyó nada más… ¿Lo entiende?

—Naturalmente.

—Entonces, si ellos quedan tranquilos, y disponen de usted para asesinarla, la operación se llevará a cabo. Saldrá el World Sun hacia el punto convenido, llegará el hidroavión, y luego el camión entre Oceanside y San Juan de Capistrano. Tendremos a los hombres del yate, a los del hidroavión, a los del camión… Y tendremos las armas.

—De todos modos se puede apresar a los del yate…

—Sin duda. Pero cualquier anomalía en el yate repercutirá en lo demás. Estoy convencido de que alguien estará vigilando su salida, a fin de asegurarse de que todo marcha normalmente. Si así es, utilizarán la radio que con toda seguridad deben de tener, dando la confirmación para actuar conforme a lo previsto. Si algo sucede de extraño en el yate se dará contraorden: no tendremos el hidroavión, ni el camión, ni a Josuah Craves y los hombres que le acompañen y posteriormente a los que deban distribuir las armas en Watts District; ni tendríamos a ese Joyce Spencer, que desaparecería como

el humo… Tendríamos que conformarnos, insisto, con las migajas: los Silverton y los Salamanca. Y mientras, los otros estarían preparando el desembarco de las armas por otro punto… que ya no podríamos saber.

—Lo comprendo… Lo comprendo, sí. Pero también se podría abordar el yate ya en alta mar, y así, quien lo esté vigilando no sabrá nada.

—Mi proyecto es ése: acercarnos al yate en alta mar. Pero para que el yate zarpe según todas las previsiones de esa gente usted debe llegar a bordo. Si no llega comprenderán que lo sabe todo, que los oyó… Y se iniciará la desbandada. Migajas, Brigitte. Sólo migajas. Y las armas, insisto, encontrarían otra brecha para llegar a manos de los negros y sus agitadores. Las muertes de Lyn Galloway, Lemmuel Dowen. Tom Yale, Joe Gulik…, y nuestro trabajo, no habrían servido de gran cosa. Migajas.

—¿También mi vida es una migaja?

—Naturalmente que no. Pero en esta clase de asuntos alguien tiene que morir… Y a cada uno nos llega el turno.

—¿Me está pidiendo que sacrifique mi vida a sabiendas?

—No pido nada. Sólo le he expuesto mis ideas.

—¿Sí? Bueno, me gustaría saber lo que haría usted en mi caso. ¿Aceptaría la misión?

—Tenga en cuenta que yo y algunos hombres más iremos en una lancha, a relativa distancia del yate. Si precisase ayuda la tendría.

—¿Antes de un segundo? —ironizó Brigitte—. Porque todo lo que se necesita para meter un par de balas en mi bonita espalda es un segundo, querido… Simón.

—Desde luego que no llegaríamos en un segundo a su lado.

—¡Naturalmente que no! Pero aún no ha contestado a mi pregunta, querido: ¿aceptaría usted la misión? Pitzer no vaciló ni un instante. Y Brigitte supo que su respuesta era auténtica, cierta, verdadera:

—Sí. Aceptaría, Brigitte. Ya le he dicho que siempre tiene que morir alguien. Cuando me toque el turno a mí lo aceptaré.

—¡Pero yo no tengo por qué considerar que ha llegado mi turno! Me siento… me siento como el gusano que pinchan en vivo en un anzuelo y lo tiran al agua… Ese gusano tiene que saber perfectamente que no tiene salvación… ¡Y yo tampoco tendré la

más mínima oportunidad de salir con vida de ese yate!

—Eso parece.

—¿Usted está… está dispuesto a sacrificarme así?

—Todo lo que lamento es no poder ocupar su puesto. Pero —Pitzer sonrió, en un intento de bromear— como puede observar, es un poco difícil que alguien me confunda a mí con usted. He venido aquí en avión especial, dispuesto a hacer lo que fuese con tal de ayudarla. Créame que quisiera ocupar su puesto, pero a nadie podríamos engañar, claro está.

—No sé…

—No tiene por qué darme su respuesta ahora. Tenemos unas seis horas de tiempo todavía. Yo voy a marcharme a prepararlo todo, para actuar de todas formas en un sentido u otro. Si para las seis de la mañana no me ha llamado entenderé que ha hecho sus maletas y regresa a Nueva York.

—¿Dónde… dónde tendría que llamarle?

—Donde quiera que yo esté podrá comunicarse conmigo.

—¿Cómo?

Pitzer fue hacia una mesita del fondo y cogió una cartera de piel que tenía allí. Regresó con ella al sofá, la abrió, y sacó lo que a simple vista parecía un paquete de cigarrillos. Pero la parte superior se abría como una tapa, dejando al descubierto un objeto metálico.

—A este aparatito lo llamamos WT10. Es una modernísima modalidad de los *walky-talky* que se emplearon durante la guerra. Observe su tamaño, que le permitiría llevarlo en cualquier sitio. El número 10 corresponde al de su alcance en millas.

—¿Quiere decir que yo podría hablar con usted siempre que no estuviésemos separados por más de diez millas?

—Exactamente. En el mar es posible que incluso tenga más alcance. Pero no importa, ya que jamás estaríamos alejados de usted más allá de diez millas. Quédese el WT10 y… buenas noches. Encantado de conocerle, Dowen…

El coloso negro soltó un gruñido.

—Creo que no puedo decir lo mismo, Simón —dijo secamente. Pitzer sonrió, muy triste, empero.

—Lo sé. Y les comprendo a los dos. Pero si siempre alguien tiene que morir también siempre alguien tiene que dar la orden y ha de hacer el papel de… villano. Buenas noches a los dos.

Fue hacia la puerta, la abrió y salió.

Brigitte continuaba sentada en el sofá mirando el WT10, y Diamond, de pie junto a ella, la miró como sobrecogido.

—¿Qué piensas hacer? —murmuró.

Brigitte estaba muy pálida. Le miró como distraída.

—No lo sé, Dy… ¿Qué me aconsejas?

—No necesitas consejos.

—Es cierto… Es cierto, no necesito consejos. Voy a aceptar.

—Es una locura.

Ella se levantó, llegó ante él y le echó los brazos al cuello.

—¿No lo entiendes? —susurró—. Si no acepto voy a engañarme a mí misma. Yo he matado, Diamond. No hace mucho, en Miami, tuve que matar a una mujer. Le llegó su turno. Ella luchaba por su trabajo y yo por el mío. Ahora el turno me ha llegado a mí. Si huyo, si no enfrento la situación, me despreciaré yo misma. Toda mi vida anterior habría sido mentira. Se podría decir que mi amor es falso, que es falsa mi postura de igualdad ante los negros, que de nada habría servido la muerte de Lyn Galloway y otros hombres a los que les llegó el turno. Sería como si a ti te hubiese estado engañando. Y no puedo engañar a mis amigos… A mis enemigos, sí, porque ése es el juego. Pero si engaño a mis amigos me engaño a mí misma; si defraudo a mis amigos me defraudo a mí misma… ¿Lo entiendes?

—Sí.

Brigitte sonrió, un tanto trémulos los labios. Accionó el diminuto radio-receptor. Inmediatamente oyó la voz de Pitzer:

—Sí, adelante.

—Mañana, a las siete, abordaré el World Sun.

—Está bien.

—¿No hay ningún elogio para mí? Un elogio que sirva de epitafio… Por ejemplo: «Brigitte, una heroína: alguien tiene que morir».

—Gracias en nombre de todos cuantos salvarán sus vidas. Es todo cuanto puedo decirle.

—¿Ningún mensaje personal…, Simón?

La voz de Pitzer tardó en oírse, y sonó ronca, un tanto temblorosa:

—Buena suerte, Brigitte. Y… adiós.

—Hasta siempre…, Simón.

Cortó la comunicación y se quedó mirando a Diamond Dowen. De pronto sonrió y le tendió las manos.

—Ven, Dy. Tenemos que despedirnos…

Capítulo XIV

Carol Silverton miró con irónica crueldad a su marido.

—Parece que vas a quedarte sin bellezas a las que asediar, querido.

—Cállate.

—Oh, no seas antipático… La culpa no es mía, supongo. Son las siete y diez y Brigitte no viene. Estoy segura de que se ha arrepentido de sus tonterías. Igual que Nati.

—Te ruego que me dejes en paz, Carol.

Ella se recreó todavía más en su triunfo. Habían salido de la quinta ya con un mal augurio para el atractivo y siempre sonriente Percybal Silverton: Nati Salamanca se había sentido indispuesta, de tal modo que era solamente Abelardo quien emprendería el viaje de pesca de aquel día, mientras su joven y bella esposa permanecía en la quinta reponiéndose. Esto quería decir que Silverton sólo contaría con Brigitte para divertirse…, si es que Brigitte llegaba.

Eso era lo que los Silverton estaban esperando junto a la borda del World Sun, mirando ambos hacia el embarcadero, hacia la playa, mientras en el yate todo estaba dispuesto para partir, y Abelardo Salamanca se hallaba en la popa examinando su recia caña de pescar de fibra de nylon, preparándola para su deporte favorito.

—¿Por qué he de dejarte en paz? —Sonrió Carol—. Cada uno debe disfrutar los triunfos que obtiene… Eso es lo que siempre haces tú. ¿Por qué no he de hacerlo yo?

—Está bien, haz lo que gustes.

—Desde luego. ¿Sabes?, me siento muy contenta hoy… Va a resultar que la única mujer a bordo seré yo… ¿No te parece divertido?

—Muy divertido.

—Te diré algo más, querido Percy: sé que últimamente has

falsificado dos cheques con mi firma. Te tengo vigilado, controlado… Hoy va a ser un día muy malo para ti en todos los sentidos.

—¿Sí?

—Ya lo verás. —Carol sonrió sarcástica—. Primero te fallan tus dos bellezas; eso quiere decir que, a menos que te dediques a galantearme a mí, lo vas a pasar muy aburrido en el yate. Luego, a nuestro regreso, espero recibir un informe completo del banco en el que me indicarán el saldo actual, de modo que sabré la cantidad de dinero que has retirado en los últimos dos meses. Debí mantenerte más vigilado, amor: eres un farsante, un embustero, un falsificador…

—Pide el divorcio —sonrió Silverton.

—Oh, pero eso es precisamente lo que no pienso hacer, querido. Me basta saber que tú lo deseas para no pedirlo, ni concedértelo a ti si lo pides. No podrás librarte de mí. Tendrás tus amiguitas, tus aventuras…, pero te estaré fastidiando hasta el fin de mis días. ¿Crees que iba a consentir que te burlases de mí? En cuanto al asunto dinero te aseguro que a partir de esta noche te vas a ver en serias dificultades. Tendrás que pedirme de rodillas cada centavo que necesites.

—Te estás pasando de la raya, Carol.

—¿En qué sentido? —rió ella—. ¿Es que me estás amenazando?

—¿Te sorprendería?

—No —reflexionó Carol—. De ti no me sorprendería nada. Eres capaz de cualquier canallada. Pero tendrás mucho cuidado con lo que intentas, ya que yo lo tengo todo previsto: si mi muerte presenta cualquier signo… poco corriente, quedarás automáticamente desheredado. Querido, estás en mis manos, ¿no lo entiendes?

Por un instante pareció que Silverton fuese a reaccionar violentamente, apretando los puños y mirando con furia a su esposa.

—Cierra ya la boca, víbora —masculló.

Pero Carol Silverton no era mujer de las que desperdician la oportunidad de disfrutar con su victoria. Lucía un sol espléndido, el día se presentaba magnífico, el mar estaba de un azul transparente, estaba cercando a su esposo, y… ninguna de las dos lindas

jovencitas iba a presentarse.

—Deberías tener más cuidado con lo que dices, querido. Piensa que soy la única mujer que puede hacerte caso a bordo y…

—Por el momento —sonrió Silverton.

Carol había visto ya la sonrisa de triunfo de su marido antes de que éste hablase, y había mirado hacia donde estaba mirando él. Y palideció intensamente al ver a Brigitte aparecer en la playa, cerca del embarcadero, ataviada con unos *shorts* negros y una blusita a rayas verticales rojas, negras, azules, amarillas y moradas. Era un visión sencillamente fascinante, si se añadía a la belleza natural de la muchacha la gracia con que caminaba hacia la pasarela, medio arrastrando una bolsita *playday* y saludando con una de sus delicadas manos.

Sonriendo ahora como quien ha ganado una pelea, Silverton miró de reojo a su esposa, dispuesto a hacer un comentario mordaz; pero se quedó asombrado al verla tan pálida.

—¿Qué te ocurre? Es tan sólo Brigitte, querida.

—Sí, sí, ya… ya la veo…

—¿Te encuentras mal? Estás pálida… ¿No sería mejor que te quedases en tierra?

—No… No, no…

Brigitte balanceaba ya su graciosa figura en la pasarela. Ni uno solo de los hombres de a bordo, incluido Abelardo Salamanca, dejó de quedarse embobado mirándola subir al yate.

—¡Buenos días! —saludó alegremente—. ¿Estamos ya todos?

Se quedó mirando a los Silverton. Carol continuaba pálida y la miraba con expresión que a Brigitte le pareció aterrorizada. En cuanto a Percybal Silverton parecía haber recobrado su buen humor, y miraba admirativamente a la divina Brigitte.

—Casi todos —sonrió—. ¿Le ocurrió algo, Brigitte?

—Algo terrible —rió ella—. ¡Me dormí!

Se echaron a reír los dos, pero Brigitte dejó de hacerlo de pronto y se acercó, solícita, a Carol.

—¿Se encuentra bien, Carol? Está muy pálida.

—¡Déjeme! ¡Déjeme, no se acerque a mí!

Carol dio media vuelta y echó a correr hacia el otro lado del yate, dejando estupefacta a Brigitte. Estupefacta por un instante, porque enseguida una expresión de comprensión apareció en los

lindos ojos azules.

Pero Silverton la tomó de un brazo, sin darle tiempo a reflexionar sobre la idea que acababa de tener.

—La vieja narizotas está muy decepcionada. Confiaba en que sería la única mujer de a bordo. Afortunadamente para mí usted ha remediado esa terrible perspectiva, Brigitte. ¿O debemos tutearnos ahora que no nos puede oír ella?

Brigitte consiguió una débil sonrisita. A pesar de su espléndida belleza se le notaban unas discretas ojeras…, que la embellecían más. No es fácil dormir cuando se sabe que al día siguiente alguien tiene que morir…

Silverton había hecho una señal hacia la cabina de mandos, y el yate se estaba apartando ya del embarcadero.

—¿La única mujer de a bordo? —musitó Brigitte—. ¿Qué quiere decir?

—Nati no se sintió bien esta mañana, y tuvo que quedarse en la quinta. Y no sé por qué motivo Carol creía que tú tampoco vendrías.

—¿Nati no está… en el yate?

—No. Pero tú sí… Y eso es maravilloso.

Brigitte miró hacia Carol. Estaba comprendiendo con la rapidez de una revelación el porqué de la seguridad que Carol parecía haber mostrado ante su esposo respecto a que ella, Brigitte, no aparecería aquella mañana por allí.

¿Se estaba equivocando o, efectivamente, Carol Silverton era una mujer capaz de ordenar a un hombre como Joe Gulik que la asesinase por celos?

—Sí… Es maravilloso.

—Pareces distraída.

—No, no… Bueno, estaba pensando que ojalá lo de Nati no sea nada grave.

—No te preocupes por ella. Quien debería hacerlo es Abelardo, y ya ves: sólo piensa en su gran día de pesca.

—Creo… creo que iré a saludarle.

—Me parece bien. Vigilaré que todo vaya bien en la salida hacia alta mar.

Brigitte se dirigió hacia la popa del yate, mirando hacia la playa. Había allí bastantes personas. Un *ferry* estaba a punto de salir hacia la costa del continente, y eso daba animación al embarcadero de las

líneas regulares. En la playa ninguna de las personas que allí había parecía prestar una determinada atención al yate que se hacía a la mar y en el cual viajaban los Silverton, Abelardo Salamanca, Mix Baynes, Randall Thompson y Eugen Mc Forest. Y Brigitte, naturalmente.

—Buenos días, Abelardo.

—Hola, Brigitte. Se ha retrasado.

—Un poco; lo siento. Espero que eso no perjudique su día de pesca.

—No lo creo —sonrió Salamanca—. Tengo la esperanza de pasarlo bien hoy con esta caña.

—¿Y Nati? Percy me ha dicho que está indispuesta… Espero que no sea nada realmente grave.

—Nada de importancia; de otro modo me habría quedado con ella. Pero debo regresar pronto a Cuba y no he querido perderme este día de pesca. Si está atenta a la caña también usted se divertirá, puedo asegurárselo.

—¡Lo creo! —rió Brigitte—. Bueno, voy a dejar la bolsa abajo… Supongo que tengo tiempo de ir y volver antes de que pesque algún tiburón.

Rieron los dos, y Brigitte se dirigió hacia la entrada a los camarotes. Silverton la estaba mirando desde la cabina de mandos. Brigitte alzó la bolsa y señaló hacia abajo, y él sonrió, asintiendo con la cabeza.

Bajó la escalera de anchos peldaños de madera y se dirigió a uno de los pequeños camarotes. Entró, cerró la puerta, y enseguida metió la mano dentro de la bolsa. Sacó el pequeño WT10 y lo accionó.

Inmediatamente sonó la voz de Pitzer:

—Adelante, le escucho.

—Soy yo, Simón. Está pasando algo… Algo que quizá sea la clave de todo: Nati Salamanca no está a bordo.

—Lo sabemos. Hemos estado vigilando el yate y ella no subió. ¿Le preocupa eso?

—¡Ya le dije que Nati y Silverton se besaron cuando creyeron que estaban solos! Hay algo entre ellos, y esa indisposición que parece tener Nati Salamanca es una mentira fenomenal; forma parte de un plan que ellos han tramado…

—De acuerdo, de acuerdo… ¿Qué sugiere?

—¿Está Diamond con usted? Quiero hablar con él. Segundos después sonaba la voz de Diamond Dowen:

—Dime, Brigitte.

—Dy: Nati Salamanca no está en el yate, no ha venido. Dicen que está indispuesta, pero es mentira. Quiero que vayas a la quinta, que te asegures de que ella está allí, y que no la pierdas de vista en ningún momento, vaya donde vaya, haga lo que haga… ¿Lo has entendido?

—Brigitte: yo quiero ir detrás de ti, con Simón.

—¡No! Simón y los demás podrán ayudarme…, si es que existe alguna posibilidad de ello. Tú has visto en persona a Nati Salamanca y tú tienes que encargarte de ella. Te lo suplico, Diamond: no la pierdas de vista.

Dowen tardó unos segundos de más en responder, de mala gana.

—Está bien. Haré lo que dices.

—Gracias, Dy. Eso es todo.

Cortó la transmisión, dejó convertido de nuevo en un «paquete de cigarrillos» el pequeño WT10, y lo metió en la bolsita playday. Fue hacia la litera y metió la bolsa debajo. Luego miró a su alrededor. Naturalmente el camarote era pequeño, pero estaba muy bien acondicionado de modo que una persona tenía que sentirse cómoda y confortablemente instalada allí dentro. La litera, dos butaquitas, un armario empotrado, un pequeño aseo con ducha, una mesita entre las dos butaquitas, un pequeño receptor de televisión adosado a la pared…

Por el pequeño ojo de buey se veía el cielo, de un azul claro, límpido, y se oía el rumor del mar contra el costado del yate… Era un hermoso día para morir.

Brigitte se dirigió a la puerta, corrió el niquelado cerrojo, y abrió.

—¿Qué tal?

El espanto se enroscó igual que una serpiente maligna al cuello de Brigitte. Allá, con los brazos en jarras y una sonrisa entre divertida y satánica, estaba Percybal Silverton.

—Oh, Percy… ¡Qué susto me has dado! —Intentó sonreír.

—Cuánto lo siento, amor —lamentó Silverton irónico—. ¿Puedo pasar?

—Es que Carol está arriba y…

—No te preocupes por Carol. Ella va a tener que estar de acuerdo en todo conmigo de aquí en adelante… Me pareció que estabas hablando con alguien.

Diciendo esto Silverton entraba en el camarote, siempre sonriendo. Echó un vistazo a su alrededor, y se volvió hacia la muchacha con expresión de extrañeza al no ver a nadie.

—No… no hablaba con nadie. Sólo conmigo misma. Es… una tonta costumbre que tengo cuando estoy sola.

—No creas que es una costumbre tan tonta, primor. Al fin y al cabo ¿con quién se puede hablar mejor que con uno mismo?

—Claro —sonrió Brigitte.

Silverton cerró la puerta, fue hacia una de las butaquitas, se sentó, y encendió un cigarrillo, siempre mirando a Brigitte con una amabilidad que a ella le recordó la de la fiera que se relame al ver a su presa del día destinada a pasar a la panza.

—Y… ¿qué te decías, Brigitte?

—Oh, tonterías…

—No lo creo —rió Silverton—. Tú no eres de esa clase de muñecas frívolas que dicen tonterías. Ya he tenido tiempo de comprobar que tu conversación suele ser inteligente…, cuando no muy aguda.

Brigitte consiguió una nueva sonrisa. Se acercó a Silverton.

—Eres demasiado amable conmigo, Percy.

—¿Y eso no merece una recompensa?

—La que tú quieras —susurró Brigitte.

Silverton se quedó mirándola fijamente durante unos segundos antes de abrazarla por la cintura. Brigitte se limitó a sostener su mirada, y no opuso resistencia alguna cuando la besó en la boca. Sólo pareció un poco tensa, pero al principio nada más, porque enseguida se abrazó al cuello de él y correspondió al beso.

Estuvieron besándose largamente, hasta que de pronto Silverton apartó la boca y susurró:

—Has conseguido encenderme como una antorcha…

Procedió a desabrochar la blusa de Brigitte, con movimientos un tanto nerviosos. De nuevo permaneció la espía en una actitud pasiva, siempre atenta a los ojos del hombre, que relucían ahora lúbricamente mirando los hermosísimos senos que estaba dejando al

descubierto. Sin poderse contener, Silverton se inclinó a besarlos en cuanto los tuvo completamente a la vista, rotundos, espléndidos; los alzaba y apretujaba con sus manos mientras hundía entre ellos su boca ávida. Su respiración se tornó muy pronto jadeante. Brigitte no se oponía a la ruda caricia lasciva, pero supo que la cosa se estaba complicando cuando él alzó la cabeza y de nuevo pudo verle los ojos.

—Eres hermosa —apenas se oyó el jadeo de Silverton—… ¡Eres tan hermosa que no voy a esperar más! La llevó hacia el lecho, y estaba a punto de tumbarla en él, empujándola por los pechos tibios de dorada piel, cuando ella le rechazó, si bien dulcemente.

—No… Eso no, Percy. Por favor.

—¿Por qué no? —Casi gritó él.

—No… por ahora, querido. Todavía no.

—Todavía no, ¿eh? —Los ojos de Silverton parecían a punto Asaltar de las órbitas—. ¿A qué estás jugando conmigo, puede saberse?

—No eres justo —protestó Brigitte—… Yo te he dicho que podía darte la recompensa que quisieras, pero… no creí que quisieras tanto.

—Pues lo quiero todo —masculló él, empujándola.

Cayeron los dos sobre la litera, y Silverton la aplastó rudamente con su peso, y con una mano casi le arrancó los *shorts* al abrirlos, rasgando la ropa interior cuando la encontró. Acto seguido manipuló en la cremallera de su pantalón, mientras jadeaba fuertemente sin cesar y besaba a Brigitte allá donde podía.

Brigitte se resistía, aunque sin poner en ello demasiado empeño, hasta que, de repente, percibió en su carne el contacto pleno de la virilidad del hombre. En un instante comprendió que iba a ser penetrada, y entonces sí se resistió con su auténtica fuerza física, utilizándola con tal contundencia que lanzó a Silverton fuera de la litera. Ella salió de ésta inmediatamente, intentando poner en orden sus ropas mientras Silverton, echando fuego de furia sus ojos, se ponía en pie, y tendía una mano hacia ella, sujetándola de la blusa.

—¡Si crees que vas a dejarme así…! —exclamó.

Brigitte intentó desasirse, y él dio un tirón tan fuerte para atraerla que casi le arrancó la blusa, dejándola desgarrada, convertida en jirones.

—¡Suéltame! —exigió Brigitte—. ¡No es esto lo que…!

—¡Está bien, puesto que quieres otro tipo de relación así va a ser! ¡Pero a mi gusto, no al tuyo! —De un tremendo bofetón lanzó a Brigitte contra la pared, y la golpeó de nuevo cuando ella rebotó—. ¡A ver qué te parece esto!

—¡Estás loco! —protestó Brigitte—. ¡Si continúas pegándome me iré!

—¡Déjate de hipocresías, serpiente venenosa! ¿Llevas armas?

—¡Claro que no! —exclamó la espía.

—No me digas que estás sorprendida ni me preguntes si estoy loco… Sabes muy bien que a veces nuestro juego tiene estas consecuencias. ¿Dónde está tu bolsa?

—Debajo… debajo de la litera…

Silverton se inclinó, metió una mano bajo la litera, sacó la bolsa, la cogió por el fondo, y volcó su contenido sobre la litera: un pequeño necessaire, dos revistas, dos paquetes de cigarrillos, el encendedor-cámara, dos juegos de ropa íntima, unos pequeños prismáticos, unos *shorts* blancos, unas sandalias…, y la pistolita de cachas de madreperla, que Silverton se apresuró a recoger.

Y con esa arma apuntó al pecho de Brigitte.

—Así son las cosas de la, vida, querubín: hay gente lista… y gente que es más lista que la gente lista. Tú eres la gente lista…, y yo soy más listo que tú. ¿No es un bonito juego de palabras?

—No sé de qué estás hablando. Esa pistolita es un regalo que me hizo un… un admirador…

—Curioso regalo, ¿no crees?

—Oh, es que a veces… había sido molestada por hombres de esos desagradables…

—Claro, claro… ¡Pobrecita palomita! Los hombres la molestan, y alguien que la quiere bien le regala una pistolita. Así, cuando un hombre te molesta demasiado, sólo hay que meterle un par de balitas de éstas en la cabeza, y asunto liquidado.

—Nunca… nunca he disparado con ella… Es más bien un… un adorno…

—¡Oh! —se burló Silverton—. Entonces… ¿no mata? Vamos a probarlo… Brigitte notó el frío del acero en el pecho.

Pero quizás aquello no era tan frío como la mirada de Percybal Silverton, como la sonrisa que parecía petrificada en sus labios.

Brigitte cerró los ojos.

Bien, había llegado la hora de morir. Había pensado que podría permanecer viva hasta la tarde; pero Silverton quería dejar arreglados sus asuntos para entonces… No quería molestias.

De pronto dejó de notar la pistola.

—Aunque bien pensado —recapacitó Silverton— todavía puedes resultarme útil, querida.

—Percy —sonrió Brigitte—, la broma ya ha durado bastante… Ahora, por favor, tendrás que proporcionarme un jersey o una camisa… Algo que sustituya a esto que tú has roto.

—Estás bien así. Y ahora vamos a cubierta.

—¿No crees que sería mejor… que nos quedásemos aquí los dos? Y estaría dispuesta ahora a… Silverton se echó a reír.

—¡Ya te he dicho que terminó el juego, muñeca! Tú sabes lo que yo estoy tramando, porque anoche lo oíste, y yo sé que tú perteneces al servicio secreto, igual que el muchacho rubio llamado Lyn Galloway. Y ahora, ¡arriba!

—¿Vas a tirarme al mar… después de matarme?

—Todavía no… Antes tienes que hacerme un favor, muñequita. ¿Verdad que serás tan amable?

—Lo procuraré.

—¡Eso está bien! —Volvió a reír Silverton—. ¡Lo procurarás! Es que si no me lo haces, primor, lo vas a pasar peor que mal. Y espero que me estés entendiendo perfectamente y que acabes de una vez con tu tonto juego de fingimiento. Acabó la partida, y las cartas están boca arriba, los juegos visibles… Y el mío es el mejor. ¿Okay?

—Okay —sonrió Brigitte.

—Así me gusta, amor. Eres hermosa, inteligente, audaz, valiente… Sería lamentable que a última hora te fallase el valor… ¿No estás de acuerdo conmigo?

—Completamente de acuerdo, Percy.

—Eres deliciosa —brillaron los ojos de Silverton—… Te aseguro que lamento hacer esto con la única mujer que realmente me ha impresionado.

—¿Más que Nati?

—¿Qué quieres decir?

—Os vi cuando os estabais besando.

—Oooh… Eres una espía eficiente, ¿eh?

—Eso dicen —sonrió Brigitte.

—Y es cierto, primor, y es cierto… Bien, como veo que ya sabes algunas cosas las explicaciones serán más simples. Y ahora vamos arriba de una vez. Andando. Las damas primero, no faltaba más…

Brigitte salió del camarote, siempre bajo la amenaza de su propia pistola en manos de Silverton. Recorrió el corto trecho de pasillo, atravesó el agradable saloncito y empezó a subir los escalones de madera hacia la cubierta.

Sí.

Las cartas estaban ya boca arriba.

Capítulo XV

Cuando aparecieron en cubierta llamaron inmediatamente la atención de lo demás ocupantes del yate. La situación no admitía equívocos. Brigitte se sujetaba la rasgada blusa y tenía las mejillas enrojecidas por los golpes recibidos. Y detrás de ella, sonriendo burlonamente, Percybal Silverton apuntándola con la pistolita.

—Eugen —llamó Silverton—: traba la rueda del timón y ven a la toldilla de popa. Venid todos. Camina, primor: ya sabes dónde va a ser la reunión.

Brigitte obedeció. Carol caminaba también hacia allí, mirándolos a los dos sin comprender. Era posible que ella hubiese enviado a Joe Gulik a matarla por celos; pero, desde luego, no sabía absolutamente nada del traidor contrabando de armas en el que estaba colaborando su esposo.

Abelardo Salamanca había plantado ya la caña en el soporte y estaba mirando hacia la espuma que dejaba el yate. De un momento a otro, ya dos millas mar adentro, algún pez de buena envergadura podía picar. Pero se volvió hacia ellos y sonrió al ver la situación.

—¿Tan pronto, Percy? —sonrió.

—¿Por qué no? —Sonrió también Silverton—. No tiene objeto dejarla suelta todo el día por el yate. Es capaz de sabotearlo o algo así. Bien: ¿estamos todos?

Estaban. El yate seguía navegando mar adentro, pero allí, en la toldilla de popa, se había reunido todo el pasaje: los Silverton, Abelardo Salamanca, Mix Baines, Eugen Mc Forest, Randall Thompson…, y, para su desgracia, Brigitte Montfort, la periodista que parecía destinada a no aparecer ya jamás por las oficinas del Morning News neoyorquino.

—Señores —sonrió Silverton— les presento a Brigitte, la espía más hermosa y audaz que pueda buscarse en el mundo entero. Es tan inteligente que su único error ha sido confiar demasiado en esa

inteligencia. ¿De acuerdo, Brigitte?

—De acuerdo, Percy —admitió la espía.

—Brava chica. Pero dinos la verdad: ¿confiabas en tenernos engañados hasta el final?

—No. Yo sabía ya que tú me habías descubierto.

—¿Y a pesar de eso has venido esta mañana al yate? —se asombró sinceramente Silverton—. Entonces… eres tú quien está loca.

—Cada uno trabaja a su manera, querido. Digamos que… siempre ha de haber cebo para toda trampa.

—¿Y tú eres el cebo para una trampa contra mí?

—¿Quién sabe, amor?

Silverton achicó los ojos. De pronto adelantó un paso hacia Brigitte y le golpeó en el estómago con el puño izquierdo. La muchacha se encogió, desorbitados los ojos, abierta la boca en busca de aire… Un golpe en la mandíbula con su propia pistolita la derribó sobre la cubierta. Quedó encogida sobre sí misma, palidísima, sin respiración.

Percybal Silverton le hizo una seña a Mix Baynes, y éste lanzó un cubo al agua, al extremo de un largo cabo. Luego tiró de la cuerda, subió el cubo, y lo llevó, lleno, a Silverton, quien lo vació bruscamente sobre Brigitte. La muchacha se puso de rodillas y aspiró profundamente. En su mandíbula destacaba ya la huella del golpe de la pistola. Si vivía unas horas ese golpe quedaría claramente visible por un hematoma no inferior a los cinco centímetros de diámetro.

—Brigitte, hemos puesto ya las cartas boca arriba. Tú sabes que te vamos a matar. Pero no siempre es fácil morir, quiero que comprendas esto… ¿Lo comprendes?

Brigitte asintió con la cabeza.

—Eso está bien —elogió Silverton—. Trae una silla, Mix.

Baynes acercó una de las sillas de lona, y ayudó a Brigitte a sentarse. La muchacha estaba cada vez más pálida; de modo que las huellas de los golpes iban destacando más y más. Desgarrada la blusa y los cabellos pegados al rostro debido al agua, su aspecto, siempre hermoso, apenas había sufrido deterioro, evidenciaba un extraordinario, fascinante encanto.

—¿Cuál cree que es su juego, Percy? —preguntó Salamanca.

—Pronto lo sabremos… ¿Qué quieres tú? —Gruñó, mirando colérico a Carol.

Ésta respingó ante la brusquedad de su esposo, al que había estado dando tirones del jersey.

—Percy, no comprendo nada. ¿Qué significa todo esto?

—No te importa.

—¡Pero quiero saber…!

—¡Cierra la boca! —gritó Silverton, golpeándola. La violentísima bofetada casi derribó a Carol.

—¡Dios mío, Dios mío…! Mis gafas… Mis gafas —comenzó a sollozar con las manos tendidas ante ella como frágil barrera protectora.

Salamanca las recogió y se las tendió. Pero Silverton se apoderó rápidamente de ellas y las dejó caer al suelo.

—Recógelas, Carol.

A pesar de su peligrosísima situación, Brigitte miraba con pena a la mujer. Se veían al natural ahora sus ojos grandes, inexpresivos. Se dejó caer de rodillas, y casi cerró los párpados en su esfuerzo por ver las gafas mientras tanteaba con las manos sobre cubierta.

Sólo se oía su respiración gimoteante y el rumor del mar.

—¡Oh, aquí están…! —gritó con tremolante júbilo.

Los dedos de su enjoyada mano se apoderaron de, las gafas, pero ni siquiera pudo alzarlas de la cubierta porque el pie de Silverton cayó con fuerza sobre aquella mano. Se oyó el crujido de los cristales y el chillido de dolor de Carol Silverton, que quedó de rodillas, con la mano alzada llena de pequeños trozos de cristal clavados en ella, produciendo cortes que empezaron a sangrar abundantemente.

—¡Mi mano…, mis lentes…! ¡Mi mano! —chillaba Carol.

Silverton la agarró por el jersey y la arrastró hacia otra silla de lona, donde la tiró rudamente.

—Quédate quieta y calladita, querida mía —siseó—. Luego ya ajustaremos nuestras cuentas.

Carol quedó quieta en la silla, gimiendo, con la mano tendida hacia delante, goteando sangre; sus ojos estaban llenos de lágrimas que se juntaban con la sangre que brotaba de sus partidos labios.

En aquellos momentos era seguro que la mujer no podía ver otra cosa que sombras delante de ella. Sin sus lentes debía de ser poco

menos que ciega…

—De nuevo en conversación, Brigitte —dijo secamente Silverton ante ella—. ¿Cómo lo hacemos? ¿Por las buenas o por las malas?

—Tú decides. Eres el más fuerte ahora.

—Me gusta que lo comprendas. —Silverton llevó otra silla de lona hasta allí y se sentó delante de Brigitte—. Vamos a hablar con toda claridad. Yo maté a Lyn Galloway, porque me estaba cercando cada vez más… Era un hombre inteligente, quizá tanto como tú… Pero yo le facilité las cosas: le envié a Tom Yale con el mensaje de que quizá lo que estaba buscando estuviese en el World Sun. Galloway fue muy sigiloso…, pero cuando llegó al yate sin que nadie del exterior le viese, yo le estaba esperando. Sólo tuve que disparar un par de veces, y asunto solucionado. Luego, cuando Tom Yale vino a cobrar…, le pagué con plomo. Los dos liquidados, yo podía seguir adelante con mi asunto. Pero poco después me enteré de que una mujer andaba por Watts District haciendo muchas preguntas acerca de Lyn Galloway…

—Y me enviaste a Lemmuel Dowen.

—Exactamente, primor.

—Pero no llegaste a tiempo de impedir que además de… Oh, no, no es eso, claro… Silverton se echó a reír.

—¡Veo que lo has comprendido! —exclamó—. No impedí que te mencionase el World Sun porque eso era precisamente lo que yo quería. Cuando vi que ya se marchaba y comprendí que, por tanto, ya te había pasado el informe, lo maté.

—¿Y por qué a mí no?

—Quería atraerte también al World Sun. Si encontraban muerto a Dowen pensarían que había sido gente blanca que habían matado a traición a un negro. Eso excitaría aún más los ánimos, que es lo que nos interesa a nosotros. En cambio, si a su lado encontraban muerta a una mujer blanca las cosas se complicarían, se efectuarían serias investigaciones… No, no, querida, no. Era mejor que todos creyesen que Dowen era una víctima más de la situación en Los Ángeles…, y que tú vinieses al yate. Y así ocurrió: las palabras de Dowen y los billetes que tenía y cuya numeración localizaste te aseguraron de que yo era tu objetivo. ¿No es cierto?

—Sí… De todos modos pudiste matarme entonces, llevarme a la lancha que tenías en la playa, y traerme al World Sun.

—Demasiado complicado, peligroso y pesado, querida. Era más simple dejar un negro muerto y esperar a la víctima tranquilamente, como hice con Lyn Galloway. Y así ocurrió: tú apareciste por Santa Catalina y te dedicaste a investigarme… Y yo colaboré en lo posible acercándome a ti y simulando creer que tú eras lo que pretendías aparentar. Pero desde el primer momento sabía quién eras, qué era lo que buscabas.

—Has jugado mejor que yo. Eso es todo.

—No creo que sea todo, amor. Tú debes de tener un as escondido.

—Quizá del mismo modo que lo tienes tú.

—¿A qué, te refieres? —Frunció el ceño Silverton.

—Pudiste matarme antes, Percy. Por lo menos dos veces: anoche y anteanoche, en el yate. Y no lo hiciste entonces. ¿Por qué?

—Porque eso hubiese alarmado a Joyce Spencer, el hombre que tenía que pagar mi trabajo. Nadie más que yo sabía que Lyn Galloway y tú estabais husmeando el asunto. Yo maté y escondí los cadáveres de Galloway y Yale. En ambas ocasiones estaba solo y nadie se dio cuenta de nada. Pero contigo no pude hacerlo… Claro está que habrían sido los de mi propio bando quienes me habrían pedido explicaciones sobre tu desaparición, y habrían estado de acuerdo conmigo cuando les dijese lo que estaba ocurriendo. Pero Joyce Spencer se habría enterado de que nos estaban oliendo la pista y habría suspendido la operación.

—Y tú no habrías cobrado los dos millones de dólares.

—¡Exactamente! —rió Silverton—. Por eso fui discreto en todo momento. Nadie se enteró de que había matado a Yale y a Galloway. Ni quería que supiesen que te mataba a ti, ya que se habría suspendido la operación, digo. Pero ahora, amor, la operación ya está en marcha y tú estás aquí, y mis amigos lo saben todo… Y estoy seguro de que también ellos comprenden la necesidad de matarte… ¿No es cierto, caballeros?

Nadie contestó. La cosa no había gustado demasiado a los componentes del grupo que se había vendido a los agentes subversivos soviéticos; pero ya no tenía remedio. Solamente Mix Baynes mostraba en su rostro una clara desaprobación hacia los métodos empleados por Percybal Holmes Silverton. Mix Baynes, es decir, Igor Mikobaskan, estaba comprendiendo que Silverton había

antepuesto a todo su propio juego. Pero quizás hubiese todavía una solución…

—Sin embargo —sonrió Silverton—, es fácil comprender que tú también tienes un juego escondido, Brigitte. ¿Cuál es ese juego?

—Ninguno.

—Oh, vamos, no seas terca… ¿Pretendes hacerme creer que te has metido en la boca del lobo a sabiendas y sin estar segura de que cuentas con una determinada protección?

—Eso es lo que he hecho.

—¿No has avisado a nadie, no has informado a nadie de lo que oíste anoche, no nos estarán esperando esta tarde en el lugar donde tenemos que esperar al hidroavión?

—No, que yo sepa.

—Asombroso… ¿Cómo has cometido semejante fallo?

—¡Está mintiendo! —Exclamó Mix Baynes—. ¡Claro que alguien nos estará esperando…!

—¿Quién te mandó hablar, Mix? —masculló Silverton.

Igor Mikobaskan se mordió los labios. Comprendió que su postura era difícil ante aquel hombre. No podía decirle que era ruso y que estaba encargado de vigilarle directamente, y que, en realidad, era Silverton quien debía obedecerle a él. No convenía decir esto… por el momento.

Por eso sólo murmuró:

—Ella está mintiendo, señor Silverton; es fácil comprenderlo.

—Desde luego que está mintiendo. Y yo lo comprendo. Pero ella no es la chica más lista del mundo, aunque lo crea. Nosotros tenemos una radio a bordo, ¿no es así? Y también los del hidroavión tienen radio, ¿no? Y conocemos la longitud de onda que debemos emplear, ¿eh?

—Sí…

—Muy bien. Pues mientras los amigos de Brigitte nos estarán esperando cincuenta millas al sur de San Clemente, nosotros llamaremos al hidroavión y les diremos que el punto de reunión va a ser veinticinco millas al sudeste de San Clemente.

—Si nos están siguiendo eso no va a servir de nada, señor Silverton.

—Él tiene razón —apoyó Salamanca a Baynes—: si nos están siguiendo no podremos engañarles.

Silverton sonrió como si tolerase con mucha benevolencia la tontería de los demás.

—¿Usted cree que nos están siguiendo, Abelardo?

—Es lo más lógico.

—Bien… ¿Ve usted alguna embarcación desde aquí?

Instintivamente Salamanca miró hacia el mar. Pero enseguida torció el gesto, como quien ha hecho una tontería.

—¡Claro que no la veo! No van a ser tan tontos de dejarse ver hasta el momento preciso.

—Exacto. Esto quiere decir que nos siguen a tal distancia que ni ellos nos ven a nosotros ni nosotros a ellos. No necesitan vernos, porque saben adónde vamos. Brigitte se lo dijo: cincuenta millas al sur de San Clemente. Pero ellos no nos ven: simplemente navegan hacia allá, manteniendo la distancia. Si nosotros cambiamos el rumbo, ellos no van a saberlo. Irán directos al punto que Brigitte les indicó. Para cuando se den cuenta de que nosotros hemos cambiado de rumbo ya las armas estarán viajando hacia Los Ángeles, el hidroavión habrá desaparecido, y todo será paz en este yate…, excepto el desgraciado accidente que habrá sufrido Brigitte, cayendo al mar y desapareciendo.

—Tan sólo eso ya nos costaría caro, Silverton.

—No, no… ¡Será todo tan fácil de creer…! Un doble accidente desdichado. —Silverton sonrió y miró a Brigitte—… ¿Lo adivinas ya? Se trata del favor que te pedí antes, primor. A cambio de él te mataré muy dulcemente.

—¿Qué favor es ése?

—Matar a la narizotas.

Y diciendo esto Silverton miró muy divertido a su esposa, que apenas veía nada y que no comprendió, de momento, que lo de «narizotas» iba por ella.

Los demás, incluida Brigitte, se quedaron mirando estupefactos a Silverton.

De pronto Carol lanzó un chillido, se puso en pie, y quiso echar a correr. Pero Silverton la agarró por los cabellos, riendo, y la llevó arrastrando hasta delante de Brigitte. Carol no dejaba de chillar, hasta que Silverton le dio un apretón en la garganta, con una sola mano, que casi bastó para partirle el cuello.

—Debí hacer esto antes —rió—… Es como una radio: aprietas

un botón y enmudece… ¡Je, je! ¿No es divertido?

—Percy, estás loco… Loco de verdad —aseguró Brigitte.

—Que no, hermosa, que no… Te diré lo que ocurre: yo podría perfectamente matar a Carol, pero no lo disfrutaría tanto. Quien dispara es quien menos ve los resultados del disparo. En cambio, si disparas tú yo la veré recibir el balazo, retorcerse, llorar, morir…

—¡Estás loco!

—Sólo de rabia contra esta puerca narizotas. ¿No sabes? Dice que hoy recibirá un informe de la cuenta bancaria, porque ha descubierto que he falsificado dos cheques… Oh, querida, querida Carol: no es cierto. No fueron dos, sino tres… Por un total de un millón de dólares. Ese millón de dólares, más los dos que he cobrado por este interesante asunto de las armas, me convierten en millonario. Tanto, queridísima esposa, que no te necesito ya para nada… ¿No es cierto que he sido astutísimo? ¿Y no crees que habría sido mejor acceder al divorcio, queridísima narizotas?

—Percy… Percy, querido —lloriqueó roncamente Carol—… No me mates… ¡No me mates!

—¡Claro que yo no voy a matarte! Lo hará Brigitte.

—Te… te concederé el divorcio… ¡No diré nada de ese millón, nada, puedes quedártelo…!

—¡Ooooh…! ¡Cuánta generosidad! Pero hay un inconveniente, querida: firmé cheques falsos, y tú estás esperando ese informe…

—¡Diré… diré que fue un error mío, que todo… que todo está bien…! ¡Percy, por Dios…!

Carol se arrastraba de rodillas detrás de Silverton, que iba retrocediendo, sonriente, esquivando las manos que tanteaban en su busca, sangrantes, crispadas…

—Es inútil, queridísima narizotas. No cambio nada de lo que puedas ofrecerme por el placer de verte morir.

—¡Percy, yo te amo, te amo…! ¡Percy, no me mates!

Abelardo Salamanca, muy pálido, dio un par de pasos hacia la mujer; pero Silverton lo apuntó con la pistola de Brigitte.

—No se meta en esto, Abelardo.

—Usted está loco —murmuró el cubano—. Mátela si quiere, pero no la haga sufrir de este modo.

—Le he dicho que se aparte… Éste es un asunto particular. —Se volvió hacia Brigitte—. ¿Y bien, amor?

¿Quieres proporcionarme el placer de ver cómo matas a la narizotas?

Carol se arrastró hacia donde calculó que estaba Brigitte.

—Brigitte… ¡Brigitte, no lo haga, se lo suplico!

La divina espía miró a Carol, compadecida a pesar de todo.

—Debería aceptar: usted envió a Joe Gulik a matarme a mí anoche.

—¡No! ¡No es cierto! ¡No!

—Él me lo dijo… antes de morir —mintió Brigitte.

—No, no… Yo sólo le dije… le dije que la asustase para que… para que no volviese más por allí…

—Le dijo que me matase.

—No, no, no… Pero no… no sabía lo que hacía… Yo quiero a Percy y quería alejarla a usted de él…

—¿Matándome?

—Perdóneme… ¡Perdóneme!

—Por mí está perdonada —musitó Brigitte.

—Entonces…, ¿no me matará?

—Desde luego que no.

Silverton se plantó junto a las dos.

—¿Es cierto lo que he oído? —Rió—. ¡Vaya con mi queridísima esposa…! Esta mañana me dijo que había dado permiso a Joe, ya que no sería necesario en el yate… ¿Era mentira eso, Carol?

—Sí, sí… Le dije que… que matase a Brigitte, y que luego se fuese un par de días a… a Los Ángeles, que yo diría que le había dado permiso…

—Oh, oh, oh… ¡Qué astutísima eres!

—Percy; todo por ti, porque te quier…

Silverton apretó el gatillo, y la bala se clavó en el estómago de Carol, produciendo tal contracción refleja en los músculos de todo el cuerpo que la mujer se puso en pie de un salto, con las manos crispadas en la herida. La segunda bala le alcanzó en un seno, tirándola contra uno de los soportes de la toldilla. La tercera la pilló al rebote y la derribó definitivamente al atravesarle el corazón.

—¡Je, je! ¡Por lo menos le he respetado la nariz! —rió Silverton.

El silencio era trágico. Ni uno solo de los presentes dejaba de mirar a aquel hombre con la expresión de quien contempla a un loco haciendo cosas inverosímiles. El mar crujía a los costados del

elegante yate, que continuaba surcando las aguas hacia el interior. Unas cuantas gaviotas pasaron en aquel momento por encima de la costa, lanzando sus ásperos graznidos.

—Bien, esto ha terminado. Las cartas boca arriba. Ahora cada cual sabemos muy bien lo que tenemos que hacer. ¿Alguna duda?

Nadie contestó tampoco esta vez; lo cual era lo mismo que dar por aceptada la situación, que, por otra parte, ya no podría ser alterada.

—De acuerdo entonces. Eugen, vuelve a la rueda. Randall, ve a tirar de esa cuerda amarrada a la borda. Tú ayúdale, Mix. Y usted, Abelardo, ocúpese de su pesca; a lo mejor ya han picado…

—¿Cuál de las dos cuerdas? —preguntó Randall, junto a la borda.

—La más gruesa… Será mejor que les ayudes, Eugen: eso les va a pesar mucho cuando salga del agua. Los tres marinos se dedicaron a tirar de la cuerda señalada por Silverton, mientras éste, apoyado en la borda, sonreía sin perder de vista a Brigitte, que todavía estaba mirando como hipnotizada el cadáver de Carol Wendix, señora de Silverton. Cierto es siempre que el que a hierro mata a hierro muere. Ella había ordenado una muerte la noche anterior, y ahora, la habían matado a ella. Pero…

Brigitte miró hacia los tres marinos cuando éstos resoplaron por el esfuerzo que estaban realizando. Poco después el saco de trozos de lona cosidos aparecía por la borda… Y Silverton lo miraba con el ceño fruncido. Dirigió una rápida mirada a Brigitte, y corrió hacia el saco, ayudando a tirarlo sobre la cubierta. Abelardo Salamanca se había acercado de nuevo allí, pero, según parecía, solamente Silverton y Brigitte conocían el contenido de aquel saco.

Y Silverton lanzó una exclamación cuando sus sospechas al ver el poco bulto que hacía el saco se confirmaron: no había ningún cadáver allí.

Solamente piedras.

Volvió velozmente la cabeza hacia Brigitte.

—¿Esto es obra tuya?

—¿Qué cosa, amor? —sonrió Brigitte.

—Yo mismo puse aquí, con las piedras, el cadáver de Yale y de Galloway, y cosí el saco… Sé muy bien que los cadáveres no han podido desaparecer solos de aquí: si están las piedras, deberían

estar ellos.

—Quizás has confundido el paquete.

—Fui el primero en llegar al yate esta mañana, y bajé con los tubos de aire a buscar la cuerda, regresé a bordo, la amarré… ¿Cuándo sacaste de aquí los cadáveres, Brigitte?

—No sé de qué estás hablando.

Silverton entornó los ojos, y estuvo mirándola en silencio, torvamente, durante unos segundos, mientras los demás parecían esperar una reacción violenta por su parte. Pero no fue así.

—Está bien —dijo—. Luego hablaremos.

Abrió la boca del tosco saco de lona, la dejó preparada, y arrastró hacia allí el cadáver de Carol. Lo metió dentro del saco, cerró la boca de éste con la cuerda, y puso en pie, haciendo una seña a los marinos.

—Al agua con él —sonrió—. Y no se confunda, Abelardo: esto no es un pez. Cuidado con sus anzuelos. Baynes, Mc Forest y Thompson alzaron el saco por encima de la borda y lo tiraron al mar.

—Bien —dijo Silverton—. Tú, muñequita, ven conmigo abajo.

Capítulo XVI

Silverton cerró la puerta tras él y se quedó mirando a Brigitte con amabilidad que rezumaba hipocresía.

—Bien, bien, bien… Henos aquí los dos, solitos y con todo el día por delante, ángel mío. ¿No estás contenta?

Brigitte, señaló uno de los dos paquetes de cigarrillos que todavía estaban sobre la litera.

—¿Puedo fumar?

—¡Cómo no…!

Ella cogió el paquete de cigarrillos que lo era de verdad, quitó el precinto, sacó uno, y se lo colocó en los labios. Luego, siempre bajo la burlona pero atenta mirada de Silverton, encendió uno con el encendedor cámara. Iba a dejar éste sobre la litera cuando Silverton se lo quitó suavemente y se lo quedó mirando con curiosidad.

—Bonita joya —comentó—. ¿Regalo de uno de tus innumerables admiradores?

—Sí.

—Supongo que no sería el mismo que te regaló esta pistolita tan delicada.

—Del mismo.

—Oh, por cierto… Toma tu pistola: ya no la necesito.

La tiró a las manos de Brigitte. Ella la tomó en el aire y se quedó mirando estupefacta a Silverton, no dando crédito a aquello.

—¿Cuál es tu juego, Percy? —musitó.

—El mismo de siempre. Nada ha variado.

—Yo creo que sí. —Brigitte movió su pistola—. Ponte hacia un rincón del camarote. Voy a salir de aquí. Silverton continuó mirando curiosamente el encendedor, sin dejar de sonreír un instante.

—No te lo aconsejo, querida. Aunque te resulte difícil creerlo sólo una persona de todos cuantos ocupamos este yate está

interesada en que tu vida se prolongue.

—¿Y esa persona eres tú?

—Exactamente.

—Percy: si no te apartas voy a disparar contra ti.

—No seas tonta.

Brigitte apretó el gatillo de su bonita pistola de cachas de madreperla. Clic, clic, clic…

—¡Por favor…! —exclamó riendo Silverton—. ¡Jamás debiste creerme tan tonto! ¿Cómo has podido pensar que te iba a devolver tu pistola… sin sacarle las balas?

Metió la mano en un bolsillo del pantalón y sacó las balas que pertenecían a la pistola de Brigitte, mostrándolas a la muchacha con vida.

—Eres un puerco, Percy: de ninguna manera mereces continuar con vida.

—Pero no serás tú quien me mate. ¿Sabes una cosa? Me parece que este encendedor tiene gato encerrado.

Lo abrió. La película quedó visible, velándose en el acto, naturalmente.

—¡Oh, cuánto lo siento, Brigitte…! Si hubiese sabido que te gustaban las microfotos no habría hecho esto… Y hablando de gatos: ¿no te da la impresión de que estamos jugando al gato y al ratón?

Brigitte tiró su pistola sobre la litera, sin mostrar excesiva decepción.

—Se diría que sí —admitió.

—Y yo soy el gato.

—Cada uno tiene su turno.

—Sí, es cierto: cada uno tiene su turno. Quizá más adelante te corresponda a ti el papel de gato.

—¿Más adelante? Dudo que tenga oportunidad para ello.

—¿Por qué? Todo es posible en esta vida.

—Mientras se está vivo, sí.

—¿Acaso crees que pienso matarte? Estás equivocada, muñequita. Bueno, para ser sinceros te diré que si pienso matarte. Pero no inmediatamente. ¿Por qué precipitarse?

—Te has precipitado con Carol.

—¿Con ella? ¡De ninguna manera! Hacía ya mucho tiempo que

tenía ganas de meterle una bala en la barriga. He tenido paciencia… Mucha paciencia. Y, al fin, ha llegado. Todo llega en esta vida: lo malo y lo bueno. ¿No te parece?

—Lo que me parece es que tu filosofía es estúpida, y que tienes muchas ganas de hablar en vano.

—Creo que tienes razón. Pero te diré por qué no pienso matarte todavía. En primer lugar porque quiero concederte unas horas para que reflexiones. En segundo lugar porque si no te decides a hablar y tus amigos nos alcanzan en nuestro nuevo rumbo tu vida muy bien puede valer por la mía… Es una cosa curiosa lo que ocurre con los espías: os pasáis la vida diciendo que sois fríos, despiadados, indiferentes a todo…, y luego uno de vosotros se deja matar por el otro, o deja escapar al enemigo con tal de salvarla.

—Estás soñando —se burló Brigitte—. Cuando yo subí a este yate mi nombre había sido ya tachado de las listas del servicio secreto norteamericano. Para ellos estoy ya muerta. Y no cambiarían mi cadáver oficial por ninguna de las condiciones que tú quisieras imponer.

—Pues no te entiendo. Una chica maravillosa, encantadora, fascinante, joven… ¿Qué has encontrado de bello en todo esto que justifique la pérdida de tu vida?

—No lo entenderías.

—Supongo que no. Bueno, vamos a lo que importa: ¿nos están siguiendo tus amigos o no?

—No lo sé.

—Brigitte —Silverton quedó repentinamente serio—: voy a concederte unas horas para reflexionar. Si cuando vuelva a entrar en este camarote no contestas con exactitud y veracidad a cuanto te pregunte te aseguro que lo vas a pasar muy mal… antes de morir. No lo olvides: yo soy el gato y tú eres una ratita. Sólo eso.

—No tengo nada que decir.

Silverton se dirigió a la puerta, la abrió, y se volvió hacia Brigitte.

—De acuerdo. Sea como tú quieres. Pero ya veremos si dentro de unas horas tú carácter se ha… resquebrajado. Hasta luego.

Salió, y Brigitte oyó la llave haciendo girar la cerradura. Se acercó a la puerta y apoyó una oreja en ella. No se oía otra cosa que las pisadas de Silverton alejándose de allí. Se inclinó y miró por el

ojo de la cerradura. La hendidura para el llavín era muy estrecha, y no permitía ver nada. Regresó a la litera y se sentó, encendiendo otro cigarrillo. Se quedó mirando el paquete que contenía el WT10, pero ni siquiera acercó la mano a él. Sabía ya perfectamente que Silverton no era un enemigo tan tonto como podría pensarse de un hombre que reía tanto y que parecía no dar importancia a nada. Por el contrario Percybal Silverton era un hombre muy listo, capaz de planear a la perfección cualquier plan, por poco tiempo que se le concediese.

Brigitte cogió los prismáticos y miró con ellos por el ojo de buey. Pero resultaba muy difícil mirar precisamente hacia la popa del yate, y, además, era de esperar que Pitzer y los agentes que hubiese reunido en Los Ángeles mantendrían una distancia dentro de los límites de no visibilidad.

Lo cual era tanto como decir que iban a ser burlados por la nueva singladura del World Sun. Súbitamente decidida Brigitte efectuó una llamada con el pequeño WT10. La respuesta fue inmediata:

—Adelante. ¿Qué ocurre?

—Vamos a variar el rumbo. Todo está decidido ya. Silverton ha mostrado su juego: sabía que yo le estaba vigilando y ha estado jugando conmigo al gato y al ratón. Según parece a mí me ha correspondido el papel de ratita linda, y a él le ha correspondido el del gato que se relame.

—¿Qué ha ocurrido?

—Sólo unos golpes…, por ahora.

—Vamos para allá inmediatamente. ¿Cuál es el nuevo rumbo?

—No, Simón, no… Por mucho que corran, por mucho que hagan, no van a tener tiempo de salvar mi vida. Todo está decidido ya, se lo aseguro. Ahora escuche atentamente: vamos…

—Brigitte, no puedo hacerlo… ¡No puedo!

La muchacha sonrió tristemente.

—Demasiado tarde, querido Simón. La suerte está echada… No se olvide de mi epitafio. Pero atienda esto, que es más importante: Silverton ha asesinado fríamente a su esposa. Sabe todo lo mío y que oí su conversación con el hombre llamado Joyce Spencer, de modo que ha variado el rumbo; ahora vamos hacia el sudeste; el punto de reunión con el hidroavión, con el cual se comunicarán por

radio, será veinticinco millas al sudeste de San Clemente. Silverton calcula que mientras ustedes nos siguen hacia el punto anterior él tiene tiempo de recoger las armas y desembarcarlas.

—¿Sabe que le seguimos?

—No se lo he dicho, pero es muy listo; por fuerza tiene que imaginarlo. Por eso ha calculado que, desviando el rumbo, tiene tiempo de dejar las armas en tierra mientras usted y los demás esperan en el punto anterior, esto es, cincuenta millas al sur de San Clemente. ¿Ha tomado nota del nuevo punto?

—Claro: veinticinco millas al sudeste de San Clemente. Brigitte, ¿dónde está ahora?

—Encerrada en un camarote. Quieren… ablandarme para ver si les digo todo lo que les interesa.

—Hágase fuerte ahí dentro el tiempo que pueda. Vamos a intentar…

—No. Adiós, Simón.

Cortó la comunicación y dejó el pequeño radiorreceptor convertido de nuevo en un paquete de cigarrillos. Cogió la pistola y la examinó. Luego intentó engañarse a sí misma buscando más balas en la bolsa. Sabía que no había ninguna. Había calculado que si no le servía la carga normal no necesitaría más.

¿Cómo iba a prever aquella circunstancia que la dejaría en posesión de su pistola?

Tal como estaba sólo podía servirle para golpear… Y eso no era solución en un lugar de alta mar donde todos los ocupantes del yate estaban decididos a matarla. Mala suerte.

Pero el espionaje, realmente, es así: gatos y ratones.

Y a cada parte le llega el turno de hacer de ratón esperando el terrible zarpazo del gato. Sí. Sólo quedaba eso: esperar el zarpazo.

Capítulo XVII

Durante toda la mañana Brigitte estuvo completamente sola, como olvidada en el camarote que le servía de celda. Tuvo tiempo sobrado para buscar mil soluciones, pero ninguna de ellas parecía factible. La muerte estaba esperando… O quizás estaba mejor decir que era ella quien estaba esperando a la muerte.

Hacía apenas un par de minutos que había calculado la hora guiándose por la altura del sol cuando oyó un ruido tenue al otro lado de la puerta. Desde el ojo de buey se volvió y se quedó a la. Espera de la entrada de sus verdugos.

No ocurrió nada de eso.

Continuó oyendo el ruido. Era exactamente en la cerradura, como si alguien estuviese hurgando en ella procurando por todos los medios evitar el menor ruido. Durante el día había oído pisadas de un lado a otro por delante de la puerta, y voces. Pero en ninguna ocasión oyó aquel ruidito. Era… era como si alguien estuviese intentando abrir la puerta con algo que no fuese la llave. Eso era exactamente: el ruido que ella conocía muy bien, de las muchas veces que había forzado una cerradura.

¿No sería absurdo por completo que para entrar a matarla lo hiciesen de aquella manera?

Estaba ya Brigitte concibiendo esperanzas cuando la puerta cedió al fin. Sólo unos centímetros, despacio. Brigitte se quedó pegada a la pared, mirando como fascinada hacia allí.

Lo primero que vio fue la pistola.

Luego sólo la punta de unos dedos, que no sostenían la pistola de modo adecuado para disparar. Por un segundo pistola y dedos desaparecieron; reaparecieron en un movimiento basculante, y los dedos soltaron la pistola, que cayó hacia un lado del camarote. Inmediatamente la puerta se cerró, y Brigitte oyó unos pasos apresurados alejándose por el pasillo.

Miró la pistola.

¿Estaba soñando?

Durante unos segundos estuvo con la mirada fija en el arma, incrédula, aturdida por la gran cantidad de pensamientos y de ideas que se cruzaban en su mente. Por fin se acercó a la pistola y la recogió, estremeciéndose al notar el frío del acero en su mano.

De pronto sacó el cargador… Ya se había reído de ella Silverton una vez, y esa vez era más que suficiente. Pero no. Aquella vez no era burla: tenía una magnífica pistola cuyo cargador estaba repleto. Magníficamente repleto. Lo encajó en la base de la culata de un seco golpe y miró con dureza hacia la puerta.

Muy bien. La querían matar, ¿no era eso? Pues ahora les iba a costar lo suyo. Al primero que iba a matar era a Silverton. Sí señor, Percybal H. Silverton sería el primero en emprender el viaje a la eternidad. Luego… sería lo que Dios quisiera. Pero aquella alimaña, aquel traidor y asesino, tenía ya dado su paso hacia el Más Allá.

Iba a salir ya del camarote cuando se detuvo en seco. Ya no había prisa. Cierto que podían encerrarla nuevamente si se daban cuenta de ello. Pero sería lo mismo que tener encerrada a una tigresa: ¿quién entraría a por ella?

Fue hacia la litera y de nuevo usó el WT10.

—¿Brigitte? —Oyó la voz ansiosa de Pitzer.

—Todavía estoy viva —rió quedamente ella—. ¿Qué rumbo llevan?

—El que nos indicó.

—Perfecto. Ahora es cuando tienen que acelerar: los espero aquí cuanto antes.

—¿Qué ha ocurrido? ¿Ha dominado la situación?

—Todavía no. Pero tengo un arma. Me la ha tirado alguien dentro del camarote. No, no sé quién es. Pero quien sea está de nuestro lado. Esta pistola tiene nueve hermosas balas… y yo sé manejarla. Voy a subir a la cubierta. Espero que lleguen a tiempo de ayudarme.

—¡No sea loca! —exclamó Pitzer—. ¡Si tiene un arma enciérrese en el camarote y espérenos…!

—Me siento como pillada en una trampa aquí dentro, de modo que voy a salir. No se preocupe por mí. Escuche esto: estamos a unas tres o cuatro millas de la costa, si mi vista no me engaña.

Supongo que Silverton está despistando a posibles vigilantes y que a la hora justa irá mar adentro. Si llegan ustedes a tiempo los del hidroavión serán recibidos por gente… indeseable; para ellos, se entiende. ¿Sabe algo de Diamond Dowen?

—Nada. Le di un WT10, pero no ha llamado ni una sola vez. Quizá no entendió su manejo.

—Se está equivocando con Diamond. Si usted se lo explicó él lo ha entendido. Lo único que ocurre es que debe de estar a más de diez millas de distancia de usted. Bueno: ¿viene para aquí?

—Claro.

—Le estaré esperando. Alargaré la espera todo lo que pueda.

Cortó, guardó la radio, y se dirigió hacia la puerta con la pistola firmemente empuñada.

Las mejillas no le dolían ya, pero en su mandíbula destacaba un hematoma intensamente morado y azul oscuro que, en efecto, tenía cinco centímetros de diámetro por lo menos.

La puerta estaba abierta, ya que la cerradura había quedado estropeada. La abrió, despacio, y asomó la cabeza al pasillo. No había nadie. Salió y se dirigió hacia el camarote que más cerca tenía. No era el que le interesaba, ya que sólo había allí útiles de pesca. En el siguiente encontró ropa de hombre dentro del armario empotrado. Sacó un jersey a rayas azules y blancas, y, tras comprobar la talla, encogió los hombros. No era momento de pensar en Christian Dior, precisamente. Se quitó la desgarrada blusa y se puso el jersey. Era enorme, pero quedó algo arreglado cuando se subió la manga corta todo lo que pudo, y decidió hacer caso omiso al hecho de que le llegase casi hasta las rodillas y le colgase por los hombros.

—Supongo que parezco un fantoche —musitó.

Salió del camarote y fue hacia la escalera. La subió muy despacio, cuidando de no hacer ruido. Cuando llegó a la altura de la cubierta se detuvo y aspiró profundamente. Afuera todo era calma, serenidad, ruido y olor de mar… El yate, anclado, se mecía suavemente.

De pronto la asaltó un pensamiento terrible: ¿habían abandonado el yate con ella dentro, tras estropear las máquinas y…?

No, no… No podía ser eso.

Salió de pronto, ascendiendo los últimos escalones a toda prisa.

Y casi llegó hasta donde estaba Percybal Silverton. Éste, que se hallaba cómodamente sentado en una extensible de lona, con expresión beatífica, con un cigarrillo en una mano y un vaso en la otra, se quedó mirándola con los ojos muy abiertos, completamente petrificado por el asombro, por el estupor.

De pronto soltó el vaso y se puso en pie de un salto, llevando la mano hacía la cintura y gritando:

—¡Eh, la muchacha está…!

Brigitte apretó el gatillo de la pistola. El estampido ahogó la voz de Silverton, que saltó encogido y rodó aparatosamente hacia atrás por la cubierta, saliendo de la protección contra el sol que proporcionaba la toldilla, hacia popa. Allá, Abelardo Salamanca se había vuelto ya, y miraba a Brigitte no menos estupefacto que unos segundos antes lo hiciera Silverton. Éste había llegado rodando junto a la borda, y se puso rápidamente en pie, habiendo ya conseguido sacar la pistola de la cintura para apuntar a Brigitte de modo incierto, tambaleante, crispadas las facciones…

Brigitte volvió a disparar. Y esta vez, dejando en el aire un agudo grito de dolor y espanto, Silverton se venció para atrás, se balanceó en la borda, y cayó hacia el agua, con la trágica postura de un pelele vapuleado. El ruido de su cuerpo al caer al agua se confundió con el de las rápidas pisadas que llegaban de proa y las voces de los tres marinos, mientras Abelardo Salamanca, parcialmente recuperado de su asombro, sacaba una pistola del bolsillo de atrás de los pantalones.

Fue demasiado lento.

Todavía no había conseguido apuntar a Brigitte cuando ésta ya había disparado por tercera vez. Abelardo Salamanca fue lanzado contra la caña, rebotó en ella, y cayó de rodillas sobre la cubierta. Igual que Silverton, todavía intentó utilizar su pistola, pero la de Brigitte había disparado ya la cuarta bala, que dio en la cara del cubano; llenándola de sangre y dejándolo como fulminado sobre la cubierta.

Por detrás de Brigitte sonaron varios disparos en aquel momento, y la muchacha se encogió. Dos de las balas silbaron por encima del montante de las puertecillas que daban paso al interior del yate, la tercera rebotó allí arrancando astillas y emitiendo un

agudo ¡poooiiiinnggg…!, que parecía fuese a prolongarse indefinidamente.

Eugen Mc Forest apareció en el radio de acción de la pistola de Brigitte, corriendo como un loco, como si todavía no se hubiese percatado de que una de las armas litigantes estaba en manos de la muchacha.

Error mortal.

La bala que disparó Brigitte le dio en una sien, le hizo dar una larga serie de vueltas hacia estribor girando verticalmente sobre sus pies, y lo dejó rudamente doblado sobre la borda, con medio cuerpo afuera, completamente inmóvil.

Dos balas rebotaron por encima de Brigitte, pero aún peor dirigidas que antes: los dos hombres que quedaban vivos a bordo se habían dado ya verdadera cuenta de la situación, y se tomaban las cosas con más calma. Y uno de aquellos dos hombres, inevitablemente, era el que le había proporcionado la pistola a Brigitte. Tenía que ser uno de los dos que no se habían puesto al alcance de sus balas. En tal caso Brigitte podía esperar ayuda de él contra el último de los otros.

Quedaban Mix Baynes y Randall Thompson. ¿Cuál de ellos estaba a su favor y cuál en contra? La solución sería muy sencilla: aquel que insistiese en atacarla sería su único enemigo a bordo.

Ahora todo era silencio en el yate. Brigitte había corrido hacia un lado de la toldilla, de modo que podía vigilar la parte de proa donde estaban escondidos Baynes y Thompson. A su vez, parapetados detrás de la techumbre de la entrada a las cabinas, ellos la verían si intentaba pasar a la parte de proa.

Brigitte insistió en su teoría acerca de que el asunto estaba ya liquidado. Nada más fácil, para el hombre que la había ayudado, que inutilizar al que tenía junto a él, y lo haría enseguida, a la menor oportunidad.

Cinco minutos más tarde Brigitte estaba completamente desconcertada. Todo seguía igual, nada ocurría: la vigilancia por ambas partes continuaba. Lo cual era tanto como decir que ninguno de aquellos dos hombres era el que la había ayudado. ¿Entonces…?

Miró hacia el cadáver de Eugen Mc Forest, todavía suspendido en la borda. ¿Había sido él? ¿Había sido él quien la había ayudado, y cuando quería reunirse con ella para hacer frente juntos a los

demás ella lo había matado? Este pensamiento hizo palidecer a Brigitte, que empezó a sentir la tortura de los remordimientos. Pero, como siempre, lo hecho resultaba ya irremediable…

Otros cinco minutos más tarde hasta el yate llegó, apagado, el rumor de un motor rápido. Y al mirar más mar adentro Brigitte vio el pequeño punto que se acercaba velozmente. Las cartas estaban casi completamente jugadas para los tripulantes del World Sun. En menos de un par de minutos la lancha al mando de Pitzer llegaría junto al yate, y varios hombres a cuál más peligroso lo abordarían de tal modo y con tal acierto que Mix Baynes y Randall Thompson estaban irremediablemente condenados a muerte a menos que se entregasen.

Pero si hay algo a lo que un espía se resista con todas sus fuerzas es entregarse al enemigo. Eso debió de pensar Mix Baynes, ya que salió corriendo por un lado de la cobertura de las cabinas, pistola en mano y buscando a Brigitte desesperadamente.

Era lógico.

El que se descubría llevaba toda la desventaja.

Por eso, el balazo de Brigitte, bien dirigido, cortó bruscamente el ataque de Mix Baynes, es decir, Igor Mikobaskan. Recibió la bala en el pecho, cayó de rodillas, apuntó a Brigitte con su pistola…, y recibió otro balazo casi en el mismo sitio, que lo empujó hacia atrás y lo dejó tendido sobre la cubierta con las piernas grotescamente dobladas bajo el cuerpo, fijos los ojos pavorosamente abiertos en el cielo azul pálido del atardecer.

Brigitte dio dos vueltas sobre sí misma hacia un lado, a tiempo de eludir las balas que le disparaba Randall Thompson desde el techo de las cabinas, puesto allí de pie, seguro ya de su triunfo. Su última oportunidad, además: matar a Brigitte, lanzarse al agua, e intentar escapar a la búsqueda de los que llegaban en la lancha. Difícil, pero era la única oportunidad.

Desde el suelo Brigitte disparó dos veces contra Thompson, obligándole a buscar refugio nuevamente. Pero cuando apretó por tercera vez el gatillo en aquella ocasión el percutor golpeó sobre vacío. El «clicclicclic» pareció tan sonoro como tres campanadas, a los oídos de Brigitte. Su pistola ya estaba descargada. ¡Si al menos Thompson no se diese cuenta…! Pero Randall Thompson debía de tener un oído muy fino… O quizás era que, efectivamente, los tres

golpes del percutor en vacío habían sonado como tres campanadas en todo el yate.

Lo cierto fue que apareció de un salto de nuevo en lo alto de la techumbre de las cabinas, apuntando, con su pistola a Brigitte y sonriendo cruelmente.

—¡Buen viaje al infierno, maldita…! —gritó. No disparó.

No se oyó nada, ningún disparo, ningún ruido… Sólo que, en el pecho de Randall Thompson apareció una mancha de sangre él dio un traspiés para atrás, soltó la pistola… Otra manchita de sangre apareció junto a la primera. Y de pronto la cabeza de Randall Thompson estalló, como si hubiese tenido dentro una carga de dinamita que lo zarandease, lo alzase, lo aplastase, por fin, contra la cubierta de estribor.

Luego, todo lo que se oyó fue el petardeo de un motor junto al yate.

Capítulo XVIII

Pitzer fue el primero en subir a bordo, mirando con espanto a todos lados. Al ver a Brigitte su rostro se transfiguró completamente en una mueca de alegría. Corrió hacia la muchacha, que se había puesto en pie y lo miraba sonriendo, y la abrazó.

—¡Brigitte! —Casi sollozó.

—Hola, viejo zorro.

—Santo Dios… ¡Está viva!

—Compruébelo —rió ella.

Y lo besó en ambas mejillas. Al darle el segundo beso vio llegar por detrás de Pitzer a dos hombres altos y fuertes, cada uno de los cuales llevaba un potentísimo rifle en una mano; y un tercero estaba subiendo al yate.

—Nosotros también queremos comprobarlo —sonrió el primero.

—¡Encantada!

Los besó a los dos cariñosamente en los labios. Dos besitos breves y simpáticos. El tercero llegó corriendo y se puso en la fila.

—Eh, eh —avisó, señalando sus labios.

También él tuvo premio. Y todos rieron, nerviosamente felices, cuando el primero se puso de nuevo en la fila.

—No seas tramposo —amonestó Pitzer—; por hoy ya está bien.

—Bueno —se resignó el hombre—: esperaré el nuevo reparto.

Volvieron a reír. Pitzer pasó un brazo por los hombros de Brigitte, mientras los tres hombres se dedicaban a recorrer el yate examinando a sus yacentes tripulantes.

—Creo que jamás he recibido una alegría tan grande en mi vida, Brigitte. Demonios, me dan ganas de pellizcarla para ver si es cierto que está viva, que no es un espejismo.

—Mejor pellízquese usted: también es un buen sistema para saber si está soñando o no —sonrió ella—. ¡Usted es un viejo pícaro, tío Charlie!

—Pero la quiero mucho.

—Lo cual no impidió que me enviase aquí… Ni impediría que lo volviese a hacer si era necesario. Se sentaron en las sillas de lona.

—Eso son gajes del oficio —musitó Pitzer—. Un oficio en el que interviene muy poco el corazón… ¿Y Silverton?

—Lo maté. Le metí dos balas en el pecho, y cayó al mar. Los demás están desparramados por el yate. ¿Qué pasó con el último, ese al que pareció estallar la cabeza?

—Nuestros muchachos dispararon con sus rifles, que llevábamos en previsión de algo así. Son rifles con miras telescópicas y una precisión absoluta.

—De todos modos acertar a un hombre desde cien metros, disparando desde una lancha en marcha, y estando el blanco sobre un yate que está a su vez meciéndose en el mar, no es precisamente, un blanco fácil.

—Tenemos con nosotros a la flor y nata de los agentes del Pacífico: no encontrará nada mejor en toda esta costa. Cada uno de ellos tuvo que tomar un avión particular para estar esta madrugada en Santa Catalina. ¿Qué indumentaria está usando?

Brigitte miró sonriente el enorme jersey que casi le servía de falda.

—Tuve que recurrir a esto para no parecer una hawaiana. ¿Qué hora es?

—Las seis. Tenemos tiempo de llegar al lugar de la cita con el hidroavión. Parece que lo ha pasado mal, ¿eh?

—Gajes del oficio. Es lo que usted siempre dice, ¿no?

—Seguro. Eso se le pasará. Dentro de unos días su carita preciosa no tendrá señales de nada. Bien: ¿dónde está nuestro amigo?

Brigitte mostró un gesto de perplejidad.

—Si se refiere al que me facilitó la pistola, está muerto.

Pitzer quedó boquiabierto.

—¿Cómo dice?

—No sé quién fue, ya que todos pretendieron matarme cuando salí a cubierta. Aunque… Se calló, mordiéndose los labios.

—¿Aunque…? —instó Pitzer.

—Bueno —ella señaló hacia Mc Forest, cruzado en la borda—, es posible que cometiese un error con él.

—¿Cómo ocurrió?

—Cuando estaba disparando contra Silverton y Salamanca llegó corriendo como un loco… Lo vi aparecer con la pistola en la mano, y… y disparé contra él.

Pitzer se puso en pie y fue hacia la borda, justo cuando uno de los agentes estaba colocando a Eugene Mc Forest en la cubierta.

—Están todos muertos —explicó el agente—. Me pregunto si Brigitte necesitaba nuestra ayuda, señor.

—¿Lo conoce? —musitó Pitzer.

—¿A éste? No. ¿Por qué?

—Brigitte cree que es el que le facilitó la pistola.

—No ha tenido un premio muy agradable precisamente. Pero… ¿por qué tendría que darle él una pistola a Brigitte?

Pitzer encogió los hombros y llamó a los otros dos agentes, qué terminaban ya su recorrido por el yate. Ninguno de ellos conocía a Eugen Mc Forest. Y aseguraron que no era un compañero del servicio secreto.

—Habrá que enviar su fotografía y sus huellas, a ver si nos aclaran su identidad. Bien, eso es todo, de momento. Lástima que Silverton haya muerto: me hubiese gustado tenerlo en mis manos unos segundos.

—Tuvo lo que merecía —dijo hoscamente Brigitte—: dos balas en el cuerpo y al mar de cabeza. Lo mismo que él le hizo a su esposa. Era un auténtico verdugo, un asesino nato. Disfrutó matando a la pobre mujer.

—Mala suerte para los dos —lanzó su epitafio Pitzer—. Y ahora a lo nuestro. ¿Has examinado la radio, Simón?

—Sí señor. Podré manejarla, no hay problema.

—Hemos recogido todas las armas —dijo otro Simón—. Las necesitaremos para enfrentarnos a los del hidroavión, o por lo menos a los del camión. No creo que vaya uno solo en él.

—Por supuesto que no. Bueno, vamos al punto de reunión. Tú y tú —señaló a los otros— izad nuestra lancha a bordo. Luego uno de vosotros tendrá que ocuparse de la radio.

—Quizá convendría que yo estuviese cerca de la radio —dijo Brigitte—. Es posible que el piloto del hidroavión, que se llama Sibinsky, sea ruso, y puede pedir aclaraciones en ruso.

—No se preocupe por eso —sonrieron los tres Simones.

—Comprendo. Muy bien, cada uno a su trabajo.

—Y al final —sonrió de nuevo Simón— esperamos un premio.

—Habrá premio —rió Brigitte—. Vamos abajo, tío Charlie. Quiero intentar comunicar con Diamond por medio de mi WT10.

Fueron abajo y ella utilizó la pequeña radio. Pero no hubo respuesta.

—No creo que deba insistir —aconsejó Pitzer—. La quinta de los Silverton está a mucho más de diez millas de aquí. Dowen no puede captar la llamada.

—Eso parece.

—Será mejor que nos dediquemos a aclarar todos los puntos y a preparar nuestro plan de acción con respecto al hidroavión y al camión.

—Yo tendría que ir a ese hidroavión —sugirió Brigitte. Pitzer la miró vivamente.

—Ni hablar —negó—: irán Simón y Simón.

—Puede ser contraproducente.

—¿En qué sentido?

—El piloto debe de saber que Nati Salamanca está en el yate… O que debería estar, al menos.

—¿Y…?

—Quizá desconfíe si no ve a la mujer a bordo.

—Muy bien. Póngase alguna prenda de esa mujer y déjese ver en la cubierta. Eso será suficiente.

—Nati Salamanca no está a bordo. No hay ninguna prenda de ella aquí. De modo que si me quedo en cubierta con este jersey desde lejos puedo ser confundida con un muchacho. En cambio, si me acerco, John Sibinsky verá claramente que soy una mujer.

—¿Y si él conoce a Nati Salamanca? No olvide que esas armas estaban en la finca de ella.

—Nati y yo tenemos un físico parecido. Y con este jersey cualquier mujer está muy distinta de su aspecto habitual. Sibinsky verá una mujer…, y eso será todo. Cuando quiera darse cuenta ya será demasiado tarde.

—Muy peligroso.

—¿Más que meterme en el yate? —ironizó Brigitte—. Además llevaré una pistola bajo el jersey… Y seré yo quien lleve la iniciativa, no John Sibinsky.

—Está bien… Está bien, de acuerdo. Pero. Simón irá con usted.

—Encantada.

* * *

Faltaba media hora para el anochecer cuando Pitzer señaló la carta geográfica, apoyando el dedo en un punta del mar.

—Según esto estamos ahora en el último punto convenido para el encuentro: veinticinco millas al sudeste de la isla de San Clemente. Es de esperar que, en efecto, Silverton diese contraorden indicando este lugar. Cosa que veo muy difícil, dada la distancia que había entonces entre el yate y el hidroavión.

—Pudo esperar hasta poco antes de que ustedes llegasen. Quizá fue ese momento el que aprovechó mi amigo para proporcionarme la pistola, bajando a los camarotes.

—Es posible. De todos modos…

Pitzer se interrumpió. Uno de sus agentes, situado junto a la radio de la cabina de mandos, le hacía señas de que acudiesen. Los dos se apresuraron a llegarse a la cabina. El Simón que se había hecho cargo de la radio estaba hablando en español:

—… punto acordado.

—Es el que indica mi carta. De acuerdo: desciendo.

—Pasamos a preparar las barcas para el traslado de las cajas, Sibinsky.

—De acuerdo. —Y de pronto el piloto del hidroavión habló en ruso—: ¿Todo va bien?

—¿Cómo? —contuvo una sonrisa Simón—. No he entendido bien… John Sibinsky insistió, en ruso:

—Estoy preguntando si todo va bien, y si es cierto que debo amerizar ya.

—Un momento. No entiendo nada… ¿Está hablando en ruso?

—Eso es —dijo Sibinsky ahora en español, secamente—. ¿No hay nadie ahí que sepa hablarlo? El Simón que hasta entonces había estado atendiendo la radio cedió su puesto, sonriendo burlonamente, a otro Simón, que se hizo cargo de la conversación:

—¿Hola, Sibinsky?

—¿Eres tú, Mikobaskan? —inquirió el piloto, de nuevo en ruso.

—Es posible. ¿Tienes alguna dificultad?

—Ninguna. Sólo quería saber que estabas a bordo y que todo iba bien.

—Todo va bien —continuó hablando en ruso Simón—. Interesa que no te entretengas demasiado. Tuvimos que dar esquinazo a una lancha y liquidar a una mujer, y por eso cambiamos el punto de contacto. Ahora date prisa: si no desembarcamos las armas hoy vamos a perder la oportunidad. Si, como tememos, los americanos están sobre aviso todo sería mucho más difícil… O imposible. ¿Dónde estás ahora?

—Quince millas al sur de vosotros y mar adentro.

—Date prisa, o necesitaremos luces.

—Voy para ahí.

La comunicación terminó, y Simón miró sonriente a Brigitte.

—¿Qué le ha parecido? —inquirió.

—Que habla muy bien el ruso —dijo Brigitte en este idioma.

—¡Vaya! Usted también, maravilla universal.

—Todos somos unos chicos listos —gruñó Pitzer—. Demostrémoslo preparando el recibimiento a John Sibinsky. Vosotros dos empezad a preparar las dos lanchas del yate, para simular la recogida de armas. Tú irás con Brigitte al hidroavión.

—¡Magnífico!

Un cuarto de hora más tarde el hidroavión aparecía en el cielo del horizonte casi a ras de agua, que era precisamente el mejor modo de no ser visto a menos que se estuviese muy cerca de él. Amaró a menos de cien brazas del yate y quedó balanceándose blandamente en el agua sobre sus flotadores. Era un aparato de los más grandes, pintado de azul claro opaco. Se podía confundir con el mismo cielo, o con el mar. Y de noche, con las luces apagadas, resultaría por completo imposible verlo.

Brigitte y Simón saltaron a la lancha. Simón tomó el mando de ella y la dirigió hacia el hidroavión. Segundos después la detenía junto a uno de los flotadores, ante la puertecilla de entrada, y ayudaba a Brigitte a subir. La espía vio en el acto a John Sibinsky: era un hombre recio, de cejas espesas y mirada hosca. Se quedó mirando a Brigitte parpadeando nerviosamente, y, de pronto, metió la mano dentro de su cazadora de piel…

Pero Brigitte fue mucho más rápida, y Sibinsky se encontró con la pistola que empuñaba la muchacha a menos de un palmo de sus

ojos.

—No se mueva, Sibinsky.

—¿Quién es usted? —farfulló el amenazado.

—Brigitte… Bardot. ¿Satisfecho?

Un relámpago de rabia pasó por los ojos de Sibinsky. Pareció que fuese a sacar la mano del interior de la cazadora, pero Brigitte advirtió:

—No lo haga. Si mueve tan sólo un dedo le vuelo la cabeza…, Simón, venga acá.

Simón ya estaba junto a ella, y no necesitaba indicaciones de Brigitte para saber lo que tenía que hacer: puso su pistola en la garganta de Sibinsky y le agarró la muñeca de la mano que tenía metida bajo la cazadora.

—Ahora, cariño, irás sacando la manita de tus intimidades… Y sácala vacía, ¿entiendes? Y despacito… Muy despacito…

Sibinsky tuvo que obedecer. Luego, siempre con la pistola clavada en la garganta del piloto y confiando además en la de Brigitte, Simón metió la mano y sacó él la pistola del piloto del hidroavión.

—Okay —sonrió—. Ahora todos estaremos más tranquilos… Dedícate a la radio: quiero que me pongas con el yate. ¡Vamos!

Pareció que la pistola fuese a atravesar la garganta de Sibinsky, y éste, muy pálido, puso en comunicación radial una vez más el hidroavión con el World Sun.

—Simón —dijo Simón—: ponme con el jefe.

—Okay. Aquí llega.

Enseguida oyeron la voz de Pitzer:

—¿Simón?

—Todo bien, señor. Tenemos a Sibinsky. ¿Nos vamos ya?

—Asegúrate primero de que las armas están en esas cajas. Si así es te vas ya hacia Los Ángeles. Tomas nota de la compañía lechera cuyo nombre figura en las cajas y lo preparas todo para una investigación a fondo de esa compañía. Mientras tanto nosotros nos encargaremos de los del camión. Mantén a buen recaudo a Sibinsky: tiene muchas cosas que contarnos.

—De acuerdo.

—¡No tan de acuerdo! —exclamó Brigitte—. ¿Qué significa esto, Simón?

—¿A qué Simón se refiere? —rió Simón—. ¿Al del yate o a mí?

—¡Al del yate!

—¿A cuál de ellos?

—¡Al vejestorio! ¡A ese sinvergüenza que siempre va detrás de mis faldas, pero que es capaz de enviarme a que me maten! Repito: ¿qué significa esto, Simón?

—Cálmese —aconsejó la voz de Pitzer—. ¿Qué le ocurre ahora?

—Eso pregunto yo. ¿Debo entender que Simón me va a llevar a Los Ángeles?

—Claro. Él va para allá con el hidroavión…

—¡No tiene derecho a hacerme esto! ¡Quiero estar cuando lo del camión! ¡Tengo derecho a estar allí!

—Todo el derecho del mundo, querida. Pero su trabajo ha terminado. Espéreme en Los Ángeles, bien tranquila y a salvo.

—¡Esto es una cochina traición!

—De acuerdo en todo. Pero usted se irá a Los Ángeles con Simón, quien cuidará de usted con toda delicadeza. Simón: ¿has mirado lo de las armas?

—Lo hago ahora mismo —rió Simón; y guiñó un ojo a Brigitte —. Cuidado con este pájaro acuático, linda.

Brigitte abrió la boca, indignada; pero la cerró de pronto y se sumió en un silencio hosco. Sabía que Pitzer había tomado ya una decisión y que aquél no era un momento apropiado para discutirlo, Pero ya se las vería con el viejo galanteador… Simón estaba arrancando la tapa de una de las cajas. Cuando lo consiguió sólo vio paja; pero arrancado ésta pudo ver el cañón de una ametralladora. Arrancó dos tapas más y también encontró armas en cada una de las cajas.

Regresó al asiento de mando.

—Repleto de armas, señor.

—De acuerdo —sonó la voz de Pitzer—. Ya sabes lo que tienes que hacer.

—Sí, señor. Hasta la vista.

—Hasta la vista. Lo mismo, queridita.

—Váyase al infierno —replicó Brigitte.

Simón ordenó a Sibinsky que cortase la comunicación y que pusiese en marcha el hidroavión.

—Vamos para el cielo, amigo. Tendrás una recepción en Los

Ángeles que jamás conseguirás olvidar.

Sibinsky lanzó el aparato a toda marcha por encima del agua. Mientras, Simón vio a otro Simón dirigiendo una de las lanchas del yate hacia la que habían utilizado él y Brigitte, y que había quedado a la deriva. Bueno: todo estaba saliendo estupendamente. El hidroplano comenzó a elevarse sobre el agua, y poco después alcanzaba los cien metros de altura.

—Es suficiente —dijo Simón—: no subas más.

Pero Sibinsky pareció no oírlo. El hidroavión iba ascendiendo más y más.

—Te he dicho que no subas más, Sibinsky. Y si quieres te lo repetiré en ruso.

El piloto sonrió fríamente…, y el aparato continuó subiendo lo más verticalmente posible. El altímetro marcó los quinientos metros.

Simón colocó la pistola en la nuca de Sibinsky.

—Muchacho —siseó—: te va la cabeza en esto. Y no te hagas ilusiones: sé tripular este cacharro, de modo que si subes tan sólo diez centímetros más te vuelo la cabeza.

El altímetro continuó indicando que seguían elevándose, y entones John Sibinsky soltó un instante el volante, crispó la mano sobre una serie de conductos eléctricos, y dio un tirón. Hubo un chispazo, el hidroavión se zarandeó, y, casi al instante, se paró el motor, con un rataratarara… de agotado. Por un instante pareció que el aparato fuese a quedar suspendido, pero inmediatamente inició el descenso, planeando al principio…

A todo esto, Simón había cumplido su palabra: apretó el gatillo de su pistola, y la cabeza de John Sibinsky reventó, salpicando profusamente la cabina. Cayó de bruces sobre el volante, y el aparato casi entró en picado. Llena la frente de súbito sudor, con movimientos nerviosos pero precisos, Simón apartó de un manotazo el cadáver de Sibinsky y tiró hacia atrás de la rueda del volante. El aparato se enderezó un poco.

—¡Yo me encargo de los mandos! —gritó Brigitte—. ¡Veré si puedo controlar el aparato!

Estaba palidísima, aturdida; pero no tanto que dejase de comprender que sólo si conservaba la serenidad podría salvar aquella situación. Vio a Simón coger el paracaídas del asiento

contiguo al de Sibinsky y colocárselo, rápidamente…, mientras el hidroavión descendía, inevitablemente, con una trayectoria de treinta y cinco o cuarenta grados, a motor parado.

Simón acabó de colocarse el paracaídas de cualquier manera y se acercó a la portezuela. La abrió, y cuando Brigitte le miraba incrédulamente, viéndose abandonada allí, Simón se volvió hacia ella.

—¡Venga aquí! ¡Vamos a saltar!

—Dos en un paracaídas…

—¡No hay más! ¡Pero tenemos que saltar, pues este aparato va a estallar como un polvorín en cuanto llegue al agua…!

Brigitte ya había soltado el volante y corría hacia Simón, mientras el aparato tomaba una línea de descenso de casi sesenta grados. Simón cogió en brazos a Brigitte y saltó sin vacilaciones, cuando estaban a menos de cien metros de la superficie del mar. Tiró inmediatamente de la anilla, y el paracaídas se abrió, frenando su descenso vertiginoso cuando la distancia hasta el agua era de apenas treinta metros. El agente Simón notó el violentísimo tirón en sus hombros, debido al doble peso, pero los atalajes resistieron…, y también sus hombros, ya preparados para la brutal sacudida. A pesar del paracaídas descendían bastante velozmente, pero no hasta el punto de causarles preocupación.

En cambio, como a trescientos metros más allá, el hidroavión llegó por fin al agua ya dando tumbos aparatosos. La explosión fue tremenda, y un gran hongo de agua brilló, blanco y rojo, a la luz del sol poniente.

Mientras, Brigitte y Simón llegaban al agua. Simón soltó a la muchacha apenas producida la dura zambullida, y él se apresuró a desprenderse de los atalajes, todavía bajo el agua, antes de que las cintas y la seda lo trabasen, poniéndolo en grave peligro. Salió a la superficie todo lo lejos que pudo de donde flotaba el paracaídas.

—¡Simón! —Oyó a Brigitte—. ¿Está bien?

Simón asintió con gestos, jadeando fuertemente, ya que había estado bajo el agua hasta el límite de su capacidad pulmonar. Brigitte llegó nadando hasta él.

—La hemos hecho buena —comentó—: hay veinticinco millas de aquí a la costa.

—Y… y tiburones —bromeó Simón—… Pero no se…

preocupe… Ya vienen a por nosotros…

Brigitte se volvió. Vio la veloz lancha que habían estado empleando durante aquel día Pitzer y los chicos llamados Simón, que se acercaba a ellos. El yate se veía como un pequeño punto a lo lejos, pero la lancha llegó muy pronto junto a ambos, tripulada por Pitzer y otro Simón. Los ayudaron a subir a bordo e inmediatamente pusieron, rumbo al yate.

—¿Estáis bien los dos? —preguntó Pitzer, inquieto—. Vimos que algo ocurría con el hidroavión, y lo observamos con los prismáticos.

—Estamos bien —dijo Brigitte—. Y además tendrá que llevarme a la costa para intervenir en lo del camión.

Pitzer soltó un gruñido.

—Me temo que no tendré otro remedio, desde luego… ¿Qué pasó allá arriba?

—Pues que Sibinsky no debía de tener su capsulita de cianuro a mano —contestó Simón— y decidió suicidarse por otro medio… Y llevándonos a nosotros con él. Estropeó el aparato, y le metí una bala en el pescuezo.

—Lástima las armas —comentó Pitzer.

—Están bien ahí —dijo Brigitte—. Por la explosión calculo que debían de llevar muchas granadas y dinamita. Lo que fuese, bien está en el fondo del mar.

—Quizá tenga razón —admitió Pitzer—. Bien, ahora sólo queda el camión.

Capítulo XIX

Desde la playa contestaron con la misma señal: diez destellos cortos seguidos y tres largos espaciados.

—Bajad las barcas con esos bultos vacíos que hemos colocado —ordenó Pitzer.

Los tres agentes se dedicaron a arriar las barcas. Luego uno de ellos se hizo cargo de una, y Pitzer y Brigitte de la otra. Los otros dos agentes saltaron al mar por el otro lado del yate, llevando ya las bolsas de plástico con sus armas dentro, que habían dejado preparadas. Rodearon el yate y se acercaron a las barcas, agarrándose uno a cada una. Pitzer se vio un poco apurado para remar, de modo que Simón tuvo que acompasar sus potentes golpes de remo a los del veterano espía rumbo a la playa.

A menos de veinte metros de ésta, Simón y Simón se soltaron de las respectivas barcas a que se habían agarrado, y se separaron nadando cada uno hacia un punto del lugar de reunión en la playa, donde ya se divisaban un par de hombres a la luz de la luna.

Por fin las barcas llegaron a la playa, y Simón, Brigitte y Pitzer saltaron a la arena. Los dos hombres se acercaron, y uno de ellos preguntó:

—¿Cuál de ustedes es Silverton?

—Yo —dijo Simón.

—¿Y quién soy yo?

—Supongo que Josuah Craves. ¿Correcto?

—Correcto.

Simón sonrió cortésmente mientras sacaba la pistola y la ponía ante la nariz de Craves.

—Entonces, mi amigo, si todo está correcto no mueva ni una pestaña.

Craves quedó petrificado, pero el otro movió la mano hacia el bolsillo de atrás del pantalón. Sin embargo, también quedó inmóvil

cuando la pistola de Brigitte se apoyó en su nuca.

—El juego terminó, caballero. Quietecito.

Le quitó la pistola y se la pasó a Pitzer, que acababa de cachear y desarmar a Josuah Craves. Ya desarmados los dos, Pitzer se colocó delante de ellos. Brigitte y Simón se habían separado un poco, para mejor dominarlos con sus armas.

—Muy bien, como ya han oído, el juego terminó, puercos. ¿Son americanos?

—Sí.

—Entonces doblemente puercos. ¿Sabían lo que estaban haciendo?

—No… No sabemos de qué habla… ¿Quién es usted? Simón advirtió a Pitzer:

—No podemos perder tiempo, señor. Simón y Simón ya deben de estar acercándose al camión.

—Sólo que éstos contesten —gruñó Pitzer—: ¿dónde está exactamente el camión?

—No sabemos de qué…

Simón dio un par de pasos hacia la espalda de Craves, y le golpeó entre el hombro y la base del cuello con la pistola: Craves lanzó un quejido y cayó de rodillas.

Simón le golpeó con un pie en los riñones tan rudamente que lo tiró de bruces sobre la arena. Sin perder un instante puso una rodilla en la espalda de Craves, le agarró de los cabellos, y le hundió la cara en la arena, brutalmente.

—Amigo Craves, tiene las orejas libres y nos puede oír. Atienda: nosotros no tenemos tiempo que perder y usted va a contestar con toda rapidez a nuestras preguntas. O eso o le saco los ojos con mis manos. ¿Me ha oído?

Craves se agitó desesperadamente, y Simón tiró de sus cabellos, alzándole la cabeza.

—¿Me ha oído?

—No…

Simón le golpeó en la nariz con el cañón de la pistola. Luego, casi desvanecido, lo arrastró hacia el agua y lo metió dentro, manteniéndole con la cabeza sumergida cinco segundos.

Lo sacó.

—¿Me oye mejor ahora?

Josuah Craves estaba tosiendo, escupiendo agua espasmódicamente. Simón echó hacia atrás la mano en la que tenía la pistola…

—¡No, no…! ¡Le… le he… oído…!

Lo arrastró afuera y lo tiró en la arena de un empujón.

—Venga aquí, señor: va a tener todas las respuestas que quiera. Sonriendo heladamente Pitzer se acuclilló junto a Craves.

—¿Dónde está el camión? —insistió.

—A… a ciento cincuenta metros, en… en un camino…

—¿Cuántos hombres hay allí?

—Uno…

—¿Sólo uno? ¿Es Joyce Spencer?

—No…

—¿No ha venido Joyce Spencer? —ironizó Pitzer.

—Déjemelo a mí —susurró Simón.

—¡No, no…! ¡Sí, ha venido! —gimió Craves.

—Entonces hay dos hombres allí. ¿Correcto?

—Sí… ¡Sí, dos hombres!

—Perfecto. ¿Dónde tenía que dejar la carga del camión, Craves?

—En… en un garaje cercano a la parte sur de… de Watts District.

—¿Sabe dónde está exactamente, supongo?

—Sí.

—Dale fuerte, Simón.

Simón golpeó en la frente a Craves, que se desvaneció en el acto. El otro quiso huir, pero Brigitte, graciosamente, le puso una inocente zancadilla que surtió efecto por lo inesperada. El hombre cayó de rodillas, y antes de que tuviese tiempo siquiera de intentar ponerse en pie Brigitte le golpeó en la nuca con la pistola, derribándolo de cara en la arena.

—Buen golpe —rió Simón.

—Vamos para allá —dijo Pitzer—. Es posible que Simón y Simón necesiten ayuda.

—No lo creo —sonrió Simón—. Pero de todos modos siempre es mejor apretar bien el cepo en la pata de la presa. ¿Y éstos?

—Brigitte se cuidará de ellos. ¿O va a discutir ahora, Brigitte?

—Comprendo que no es el momento. Buena suerte.

* * *

Joyce Spencer, es decir, Yuri Skoveko, se había apeado del camión y miraba inquieto hacia la playa. Las palmeras y demás vegetación le impedían ver nada concreto, pero lo cierto era que ya empezaba a ponerse nervioso.

Se alejó unos pasos en dirección a la playa, dispuesto a ir allá a ver qué ocurría. Y justo entonces vio aparecer a un hombre en *slip* por un lado del camino, corriendo encogido hacia la parte delantera del camión. Casi enseguida apareció otro, que corrió hacia la caja. Los dos idénticos, como sombras, silenciosos…, y llevando cada uno una pistola en la mano. Yuri Skoveko sacó la suya y se agazapó entre unas matas, fija su mirada en los dos hombres. El que se había dirigido hacia la cabina subió de pronto al estribo, metiendo la pistola por la ventanilla.

—Buenas noches, amigo —oyó Skoveko—: ¿tomando el fresco?

El otro hombre en *slip* saltó de la trasera del camión y se reunió con el primero.

—No hay nadie atrás, Simón. Ya están todos.

—Muy bien… Apéese, amigo. Tranquilo, ¿eh?

Yuri Skoveko miró a todos lados, acorralado. Vio al conductor del camión descender de éste, con las manos en alto. Uno de los desconocidos lo cacheó y le quitó la pistola. Luego lo volvió de espaldas, y, tranquilamente, le golpeó en la cabeza con la pistola, abatiéndolo desvanecido.

Tenía que escapar de allí, se dijo Skoveko. Si aquel hombre decía que «ya estaban todos» eso significaba que Josuah Craves y el otro también habían sido atrapados… Sólo de un modo podía escapar de allí: en el camión. Alzó la pistola y apuntó firmemente a la espalda de uno de aquellos desconocidos. Dos rápidos disparos, que los pillarían de sorpresa, serían suficiente para que él quedase como dueño absoluto del camión y…

Una mano apareció por detrás de Yuri Skoveko y le quitó la pistola con sorprendente delicadeza. Skoveko lanzó un rugido de rabia, y se volvió. Una pistola golpeó su frente con terrible violencia… un instante después de que viese a un hombre que parecía idéntico a los dos anteriores.

* * *

La luz de una linterna dio en su rostro. Quiso proteger sus ojos con las manos, pero no consiguió moverlas. Todavía tardó unos segundos en darse cuenta de que las tenía amarradas a la espalda. La luz de la linterna se desplazó alrededor de Yuri Skoveko y éste vio a Josuah Craves y a los demás junto a él, todos bien atados de pies y manos. Finalmente la persona que manejaba la linterna dirigió la luz a su propio rostro, de modo que pudo verla perfectamente.

—¿Me conoce, señor Spencer? Oh, y por si cree que estoy sola, éstos son mis amigos. La luz dio ahora de lleno sobre dos hombres de rostro duro a pesar de su sonrisa.

Dos hombres todavía húmedos, con las greñas sobre la frente y una pistola en la mano.

—*Salam, sahib* —saludó uno de ellos, burlón.

Skoveko notaba ahora el ligero bamboleo a que se hallaba sometido. Como si adivinase sus pensamientos, Brigitte dijo:

—Estamos en el camión de la compañía lechera, señor Spencer. Y antes de ir al garaje de las cercanías de Watts District vamos a dejarlo a usted y a sus amigos a buen recaudo. Luego iremos a por los del garaje… Me temo que las armas que están esperando no llegarán… Pero sí las nuestras. Incluso yo misma estoy asombrada de la redada que estamos, haciendo.

—¿Me ha traicionado Silverton?

—Los muertos no traicionan a nadie, señor Spencer. ¿O no es ése su nombre? Calculamos que en el yate iba un tipo llamado Mikobaskan… ¿Cómo se llama usted?

Skoveko apretó los labios, pero se estremeció al oír la risa de uno de los compañeros de Brigitte.

—Ya nos lo dirá… ¡Ya lo creo que nos lo dirá! Y muy pronto, porque ya estamos llegando.

En realidad habían llegado. El camión se detuvo, y segundos después la lona de atrás se corría y se oyó la voz de Simón:

—Abajo todos; estamos en casa.

Brigitte fue la primera en apearse, sostenida por la cintura por Simón. Luego bajaron los prisioneros, pasando por entre Simón y Simón, cada uno con su pistola, siempre vigilando. Pitzer estaba ya

junto a la entrada al jardín de un bonito chalé lleno de flores que, Brigitte lo comprendió, había sido elegido como base de operaciones para aquella misión. Junto a la verja, abriéndola ya, había un hombre. Al fondo, delante de la casita, otro. No cabía duda de que Pitzer había organizado toda una red de contraespías para aquella ocasión. Ni uno solo de aquellos hombres escogidos tenía más de treinta años, y ni uno solo medía menos de metro ochenta. Y ni uno solo tenía el menor aspecto de tonto. Sus miradas eran fijas, duras, atentas a todo… Los prisioneros no tuvieron en ningún momento ni la más remota posibilidad de intentar nada.

Y así, poco después todos se hallaban en el saloncito del chalé. Pitzer se fue directamente al teléfono, descolgó el auricular, y marcó un número.

—¿…?

—Jefe de «Operación Los Ángeles» —dijo Pitzer—. Solucionado yate y camión. Hidroavión se hundió en el mar con las armas y con John Sibinsky. Nosotros ninguna baja. Muertos todos los ocupantes del yate, excepto nuestro agente. Apresados todos los del camión.

—¿…?

—Sí. Están en «casa». Los voy a dejar con los dos chicos de aquí. Simón, Simón, Simón y yo vamos hacia un garaje situado al sur de Watts District, que es donde están esperando las armas para repartirlas. Vamos a necesitar ayuda, posiblemente.

—¿…?

—Bien. Bastarán seis muchachos más. Todos bien armados. Que vayan en un Lincoln hasta la esquina de la l6th Street y Alvarado Avenue. El camión es de la Compton Milk, pintado de azul y rojo a listas. Pasaremos por allí: que nos sigan los del Lincoln hasta el garaje.

—¿…?

—De acuerdo. No, nada más… por ahora. Salvo informar que tenemos aquí unos pájaros que van a volar ya muy poco. Es todo.

Colgó y se volvió hacia todos los presentes, que le miraban cada uno esperando la decisión correspondiente. Pitzer señaló a los que ya estaban en la casita al llegar ellos:

—Vosotros os quedaréis con estos tipos. No pueden fumar, ni beber, ni ir al lavabo, ni comer… Nada. Sólo estar quietos ahí como estatuas. No los perdáis de vista en ningún momento. Y no os dejéis

ablandar. Ya os digo que ni siquiera un cigarrillo.

—De acuerdo.

—Vosotros —señaló a Simón, Simón y Simón— vendréis conmigo en el camión. En marcha.

—¿Y yo? —preguntó Brigitte.

—¿Realmente quiere complacerme, Brigitte?

—Haré lo que considere usted mejor para la misión.

—Su misión está más que cumplida. Le aseguro que jamás será olvidado lo que usted ha hecho. Nadie va a censurarla porque ahora desaparezca de la circulación.

—¿Prescinden de mí? —murmuró Brigitte.

—¡No diga tonterías! —Se adelantó Simón—. Nada de esto se habría conseguido sin usted, todos lo sabemos. Sólo que ahora nada más habrá que disparos… Y nadie quiere que una pieza tan valiosa de nuestro servicio corra ese riesgo innecesario. Hizo más de lo que podía esperarse de un ser humano. ¿Qué más quiere? ¿Que la acribillen a balazos de un modo totalmente innecesario?

Brigitte sonrió. En realidad estaba rendida por el cansancio moral y físico, por las angustias pasadas, por los golpes, el miedo, la tensión nerviosa…

Se acercó a Simón, Simón y Simón y los volvió a besar en los labios. Fue hacia la puerta y tiró un beso a los demás.

—Estaré esperando las últimas instrucciones —murmuró.

* * *

Tras cruzar el estrecho de San Pedro en una lancha que alquiló, Brigitte llegó al Santa Catalina Bay Hotel cerca de la una de la madrugada. Subió enseguida a su *suite*, se dejó caer en la cama, y manipuló el WT10. Era ya hora de avisar a Diamond que ella estaba allí, y enterarse de las actividades de Nati Salamanca… O mejor aún: le diría que la capturase y la llevase al hotel.

Pero nada de eso pudo ser porque Diamond Dowen no contestó a su llamada. De buena gana Brigitte se habría quedado en la cama, dispuesta a dormir una docena de horas. Pero…

—Tendré que ir allí —se dijo.

Encontró un taxi que la llevó a la quinta de los Silverton… Pero en ésta no había absolutamente nadie. Una inspección de media

hora la convenció de ello. Intrigada y no poco preocupada Brigitte se hizo llevar nuevamente al hotel. Y apenas apareció en el vestíbulo el conserje de noche le hizo una discreta seña. Fue allá.

—Ha llegado hace unos minutos un telegrama para usted, señorita Montfort. Viene de Méjico. Sorprendida, Brigitte tomó el telegrama y lo abrió. Apenas empezar a leerlo palideció. Cuando terminó, el conserje la miraba solícitamente.

—¿Se encuentra mal? ¿Puedo ayudarla en algo? —ofreció.

—No… No, gracias. ¿Conoce a un muchacho llamado Boyd? Es un chico simpático que alquila…

—Todos conocemos a Boyd en Santa Catalina —sonrió el hombre.

—¿Sabe dónde vive?

—Puedo localizarlo muy fácilmente.

—Hágame un favor: llámelo por teléfono o envíe a alguien a buscarlo. Dígale que la chica del silbido, la que vio en la playa, le alquila la lancha y sus servicios, y que le pagará dos mil dólares. Que llene el depósito de combustible y que lleve todo el que pueda de repuesto.

Dejando boquiabierto al conserje Brigitte subió de nuevo sus habitaciones. Bajó unos diez minutos más tarde, portando un grueso jersey en las manos y ataviada con pantalones masculinos y un jersey sin mangas.

—Boyd la está esperando en el embarcadero —dijo el conserje.

—Gracias. Si un hombre llamado Simón viene preguntando por mí sea tan amable de entregarle esta carta.

Poco después llegaba al embarcadero. El simpático Boyd le hizo señas desde la lancha, al tiempo que vociferaba:

—¡Eh, encanto, estoy aquí!

Ella abordó la lancha, ordenando inmediatamente:

—Ponga rumbo a la bahía de Todos los Santos.

—Sí, encan… ¡Hey! ¡Eso está en Méjico! —Respingó.

—Allá vamos, precisamente. A un lugar llamado Ensenada, que está unos pocos kilómetros tierra adentro en la bahía de Todos los Santos. Y tenemos que llegar allá antes de las ocho de la mañana.

—Pero… ¡voy a quemar mi vieja y asmática lancha si hago eso, preciosa!

—Le compraré una nueva. Quémela, haga lo que quiera, pero

déjeme en Ensenada, Méjico, a las nueve de la mañana lo más tarde… Boyd, le voy a agradecer mucho que haga eso por mí, y las molestias que le estoy ocasionando a estas horas.

—Me gusta molestarme por las personas que me caen bien —sonrió Boyd—. Mire, no quiero parecerle demasiado interesado, pero una lancha vale mucho dinero, y si pierdo ésta voy a quedarme en la calle, como suele decirse…

—¿Cuánto vale una lancha?

—La que a mí me gusta ahora vale unos ocho mil dólares, pero…

—Prometidos los ocho mil, Boyd. ¡En marcha! Boyd se rascó la coronilla.

—Cariño —rió de pronto—, creo que está usted un poco chiflada. Pero a mí me encantan las chifladas…, y las lanchas nuevas. Y además… ¡hija de mi alma, que te lo haría todo gratis!

La lancha partió a toda velocidad hacia Bahía de Todos los Santos, en Méjico. Pero era imposible que llegaran allá antes del amanecer.

Capítulo XX

Percybal Holmes Silverton abrió las persianas graduables, y miró complacido la salida de sol. Un día hermoso, limpio, transparente. Un día tan hermoso como todos los muchísimos días hermosos que le quedaban de vida…

Sonrió. Dejó la persiana graduada de modo que entrase la luz del sol, y se fue al cuarto de baño. Durante media hora se dedicó a un concienzudo aseo personal, satisfecho de la vida y de su inteligencia. Sobre todo de su inteligencia.

Cuando salió del cuarto de baño volvió a mirar por entre las rendijas de las persianas. Ah, sí señor, ¡la vida era hermosa! Estaba en un hotelito mejicano que tenía todas las características de un motel, ya que cada huésped disponía de una cabaña para él solo. Una cabaña preciosa, con todas las comodidades.

Había dos robles en el patio. Y un durazno. El precio era caro, pero ya se sabe que todo lo bueno es siempre caro…, y que no todo lo caro es siempre bueno.

Pulcramente afeitado, exhalando un viril aroma a masaje y a loción, Silverton entró en el dormitorio, fue hacia la cama, y se sentó en el borde.

—Nati —llamó suavemente.

Natividad Salamanca gimió quedamente.

—Despierta, Nati —insistió Percybal—: un nuevo mundo nos está esperando. Ella abrió los ojos, parpadeó repetidamente…

—Percy… ¿Qué hora es?

—Van a dar las siete.

—Oh, es pronto… El avión no estará listo hasta las diez…

—Hay muchas cosas que hacer. Y por nada del mundo podemos perder ese vuelo.

—El avión nos esperará. No tiene otro remedio.

—De todos modos levántate. Ya tendrás tiempo para dormir en

Rió de Janeiro.

Nati se sentó en la cama, sonriendo. Estaba bella y espléndidamente desnuda.

—¡Rió de Janeiro! —exclamó—. ¡Oh, Percy, no puedo creer que todo esto sea cierto!

—Pues lo es —rió él—. Empieza a arreglarte mientras yo recojo las cosas. ¿Dónde están los pasaportes?

—En la maleta.

—De acuerdo, feliz muñeca. Ve a ducharte.

Nati salió del dormitorio camino del cuarto de baño, seguida por la lúbrica y satisfecha mirada de Silverton, que luego fue a la maleta y sacó los pasaportes, expedidos a nombre de Ginés Manzanares y Soledad Vivancos de Manzanares, de nacionalidad venezolana. Había costado tiempo y dinero conseguirlos, pero allá estaban: falsos en el fondo pero auténticos en lo que representaban, con las fotografías de Silverton y Nati, que habían sustituido a las verdaderas que hubo en un tiempo.

A continuación Silverton destapó el doble fondo de la maleta. Sí señor, casi tres millones de dólares en billetes de diversas cuantías; casi todos ellos usados. Un millón procedente de la cuenta de los Silverton en el Banco de Santa Catalina; dos millones procedentes de la sucia traición a su patria facilitando armas para que el caos fuese cada vez mayor en Watts District y se convirtiera en la mecha que hiciera explotar en todos los Estados Unidos el barril de pólvora en que podían convertirse veinte millones de negros convenientemente excitados y manipulados…

¿Qué demonios le importaba a él todo aquello? A él sólo le importaba él mismo.

Recogió todas las cosas, cerró la maleta, y fue al cuarto de baño llevando las prendas que se pondría Nati para el viaje.

—¿Te falta mucho? —Entró preguntando.

—No. ¿Crees que Brigitte finalmente pudo salir del apuro con la pistola que tú le proporcionaste?

—No sé. No tengo ni idea de lo que pudo ocurrir después de que me tiré al agua. De lo que sí estoy seguro es de que ella mató a Abelardo —sonrió cruelmente—. Lo vi caer al agua detrás de mí…, y se fue al fondo. Él no tenía su plan tan bien preparado para que todos creyesen que moría… sin morir. A mí se me ocurrió como

única solución para que más adelante no me buscasen unos y otros. Tanto si ha ganado Brigitte como si han ganado los otros nadie buscará jamás a Percybal Silverton, que «murió». Ahora soy el resucitado Ginés Manzanares.

—Lo de las balas de cera fue muy buena idea —sonrió Nati.

—La idea me la dio una novela policíaca. Un tipo quería simular que lo asesinaban, y él mismo le proporcionaba la pistola a su presunto asesino. Los dos primeros cartuchos del cargador estaban bien cargados de pólvora, pero, en lugar de las balas de plomo, había un trozo de cera que simulaba una bala. Naturalmente esa cera se disolvía casi completamente durante la combustión de la pólvora al efectuarse el disparo, de modo que la «víctima» no recibía daño alguno. Eso es lo que hice yo con la pistola que le tiré a Brigitte dentro del camarote.

—¿Y si ella te hubiese disparado tres veces en lugar de dos?

—Ah, no… Lo tenía todo muy bien calculado. ¡No iba a fallar en una cosa tan importante después de planearlo todo tan bien! Lo primero, tras matar a Lyn Galloway y comprender que el servicio secreto estaba investigando aquello, fue estar al tanto del siguiente agente que enviaran. Fue una mujer, a la cual le hice el juego. La traté un poco duramente hacia el final, pero era parte de plan. Yo sabía que ella tenía una radio de bolsillo, pero, precisamente, era lo que me interesaba, de modo que me hice el tonto… La verdad es que me interesaba que el servicio secreto lo supiese todo, a fin de que se matasen unos a otros.

Y el que quedase vivo, no me importa cuál, sabría que Percybal Holmes Silverton había muerto. Nadie nos buscará, Nati. Tal vez a ti sí te busquen, pero nunca te encontrarán…, señora Manzanares.

Nati salió de la ducha riendo.

—¡Eres un zorro! —exclamó alegremente—. Pero sigo pensando que lo de las balas de cera fue muy peligroso para ti.

—No, porque no iba a exponerme a que Brigitte disparase contra mí más de dos veces. Ni a que disparase antes contra cualquier otro, ya que se habría descubierto todo. De modo que tiré la pistola dentro del camarote, simulando ser cualquier otro que se veía obligado a forzar la cerradura. Luego subí a cubierta y la esperé. Cuando salió empecé a gritar, y ella me disparó una vez. Simulé recibir un auténtico balazo, caí hacia la borda…, y la dejé que me

volviese a disparar. Salté hacia el agua gritando como un moribundo…, y mientras los demás se las veían con Brigitte, que ya disparaba con balas de verdad, yo me colocaba el equipo submarino que tenía colgado de la cuerda y que el yate había estado remolcando.

—¡Eso sí que debió de resultarte difícil…!

—No demasiado, porque los demás se estaban matando en el yate. De modo que me coloqué los tubos de aire, las aletas, los lentes…, y me fui nadando entre dos aguas hacia el punto donde tú me estabas esperando con la lancha… y con el dinero.

Nati le echó los brazos al cuello.

—¡Tres millones de dólares! —exclamó gozosamente—. ¿No es maravilloso, querido?

—Modestamente debo admitir que tuve una buena idea —sonrió Silverton—… Pero la mejor de todas, con la que más disfruté, fue metiéndole las balas en la barriga a la narizotas. ¡Ésa sí que está muerta de verdad, Nati!

La hermosa cubana le besó en la barbilla.

—Tienes que acostumbrarte a llamarme Soledad, cariño. Y te diré una cosa: a mí la muerte que me parece más simpática es la de Abelardo. ¡Viejo repugnante!

—Vamos a olvidarlo todo. Anda, vístete. Pediré el desayuno por teléfono, y en cuanto terminemos nos iremos a esas miserables pistas que los de Ensenada llaman nada menos que aeropuerto.

—¡Enseguida estaré lista, amor mío! —rió Natividad.

* * *

Eran ya las nueve menos veinte cuando Silverton echó un último vistazo en torno.

—¿No te dejas nada, Nati? Podría ser peligroso.

—No me dejo nada —aseguró ella—. Y, como te dije, tenemos tiempo sobrado de llegar al «aeropuerto». Riendo, se dirigieron los dos hacia la puerta de la cabaña, Percybal la abrió…

—Buenos días, querido Percy.

Percybal Holmes Silverton y Natividad Salamanca palidecieron tan intensamente que semejaron cadáveres puestos en pie. Durante unos segundos les fue imposible recuperarse, pronunciar palabra. Al

fin Silverton musitó roncamente:

—Brigitte…

—La misma hermosa muchachita que sabe besar y matar, amor —deslizó con gélida ironía Brigitte—. Aunque me parece que matar no sé hacerlo muy bien. O eso, o tú no eres el señor Silverton, sino el fantasma del señor Silverton. ¿No vas a invitarme a pasar, amor?

—Pepero…

—Recupérate, querido Percy. Soy yo, no le des más vueltas: la chica tonta, la marioneta que tú creíste utilizar a tu antojo…, pero que siempre previene todos los posibles resultados de un problema… ¿No se te ocurrió pensar que yo haría vigilar a Nati, sobre todo después de haber visto cómo os besabais? Pasa, Dy.

Diamond Dowen apareció a un lado de la puerta, le quitó la pistola a Silverton, cacheó sin ningún miramiento a Nati, y los empujó a los dos hacia el interior de la cabaña. Brigitte entró y cerró la puerta con un pie, sin dejar de apuntarlos.

—Sólo hay una cosa que aún ignoro, Percy —dijo—: he deducido todo tu juego y que tenías preparado un equipo acuático para escapar cuando cayeses por la borda, pero… ¿qué clase de balas te disparé?

—De cera.

—Oh… Magnífica astucia, Percy adorado. Pero ya ves: mi amado Diamond siguió a tu amada Nati, os vio, os siguió, se aseguró de que os disponíais a pasar la noche aquí, y me telegrafió… Luego me esperó en una playa de Bahía de Todos los Santos, con la malvada intención de mataros si yo no llegaba a tiempo de impediros tomar el avión… ¿Queda alguna explicación más por darnos unos a otros?

—Brigitte, escucha —murmuró Silverton—… Tengo… tengo tres millones de dólares aquí, en esta maleta…

—¿Y…?

—Te daré una parte…

—¿Qué parte?

—La mitad… La mitad, o más si quieres…

—¡Qué tonto eres, Percy! ¿No comprendes que puedo quedarme con todo si así me apetece? Sólo tengo que apretar el gatillo y ya está. Pero no. Os voy a llevar a Estados Unidos para que seáis juzgados conveniente y ejemplarmente.

—No podrás llevarnos allá… ¡No lo conseguirás!

—¿Por qué no?

—Estamos en Méjico… Y te aseguro que organizaré tal escándalo allá por donde pasemos que no podrás sacarnos de este país. ¡Puedes estar segura de ello!

Brigitte quedó pensativa unos instantes.

—¿Sabes que tienes razón, Percy? Vine en una lancha, pero la pobre quedó ya inservible después de esta singladura… Es cierto, amor: no os podré sacar de Méjico.

—Te conviene… te conviene aceptar mi trato…

—No puedo tratar con una persona como tú, querido. Vomitaría. He conocido espías de muchas clases, y en todos los casos, a su manera, cada uno de ellos luchaba por su patria. Pongamos por caso a los espías rusos que han organizado todo esto de las armas para los negros. Sus actividades, no nos engañemos, son parecidas a las de la CIA en otros países: luchan por ganarse tal o cual país, tal o cual pequeño estado, tal o cual secreto militar, o político, o científico… Los hombres de la MVD son ni más ni menos como los hombres de la CIA, sólo que, naturalmente, cada uno está en un bando. Ese bando no es ni mejor ni peor que el otro, pero es SU BANDO. ¿En qué bando estás tú, Percy?

—Te daré las tres cuartas partes…

—En ningún bando —prosiguió Brigitte, como si no lo hubiese oído—. Solamente en el tuyo. Eres un traidor, un saboteador contra tu propia patria, un asesino… Lo peor, sencillamente. Te deseo una atormentada existencia en el infierno, Percy.

Brigitte apretó el gatillo, con absoluta serenidad, con escalofriante frialdad. Era una ejecución en toda regla.

Silverton recibió la primera bala en el centro del pecho, y cayó de rodillas, soltando la maleta y crispando ambas manos en la herida. Sus ojos miraban, desorbitados de pavor, a la dulce criatura que lo estaba ejecutando.

—No… No…

Brigitte volvió a disparar, y Silverton cayó hacia atrás y de lado. Quedó inmóvil, con la boca abierta, casi fuera de las órbitas los ojos…

Brigitte se arrodilló a su lado.

—Ya lo ves, bestia sin patria: siempre surge la muerte. Siempre,

incluso cuando parece imposible. A todo aquel que la busca, a todo aquel que la merece, la muerte se le aparece.

Silverton había quedado con los ojos tan abiertos que parecía no tener párpados. Su boca se crispaba horriblemente, y un hilillo de sangre se deslizaba lentamente por un lado hacia la mejilla…

—¡Brigitte…!

La hermosa espía se volvió velozmente, a tiempo de ver a Nati Salamanca apuntándola con la pistola de Silverton. Nati pudo disparar, pero Brigitte ya se había tirado rodando hacia un lado, y, desde el suelo, disparó una vez. Inmediatamente una flor roja apareció sobre el airoso seno derecho de la cubana, cuya mano se abrió muy despacio. La pistola rebotó en el suelo un segundo antes que lo hiciera ella, junto a Silverton.

Diamond se inclinó sobre Nati, la examinó, y miró a Brigitte, todavía lívido.

—Está muerta —dijo—… Estaba tan… tan impresionado viendo… lo que hacías que me distraje, y no pude reaccionar cuando ella me quitó la pistola de él…

—Está bien así, Diamond, no te preocupes: Ella también lo merecía. Y esto prueba una vez más que siempre surge la muerte… para quien la merece. Asegúrate de que el dinero está en esa maleta y vámonos de aquí.

Al poco salieron de la cabaña y se dirigieron hacia el aeropuerto de Ensenada. Allá les estaba esperando el simpático Boyd.

—¡Hey! —exclamó el muchacho al verlos—. Ya alquilé el avión para regresar, tal como me dijo, pero… ¿qué hacemos con mi lancha?

—Olvídela —dijo Brigitte—. Yo siempre cumplo mis promesas, de modo que tendrá una lancha nueva mejor de lo que pueda soñar.

* * *

Bañada, perfumada, hermosa y divina como siempre, Brigitte señaló los tres montones de billetes que había sobre la mesita del salón de su *suite*. En uno había doscientos cincuenta mil dólares, en otro doscientos mil y en el tercero cincuenta mil.

Todos en silencio, frente a la espía se hallaban Boyd, Dora Yale y Diamond Dowen.

—Dora, con estos doscientos mil dólares podrás salir adelante; quiero que eduques bien a tu hijo. Y siempre que necesites otra clase de ayuda recurre a Diamond, que va a quedarse en Santa Catalina a estudiar tranquilamente. Él, tú y otras personas como vosotros tenéis que empezar a laborar para hacer comprender a todos que los negros no pedís privilegios, sino derechos. ¿Me comprendes?

—Sí, Brigitte.

—Bien —la espía miró a Boyd—. Con cincuenta mil dólares, Boyd, puedes comprarte una flotilla de lanchas de alquiler o lo que te parezca; pero por poco que te lo propongas en poco tiempo serás alguien importante en Santa Catalina. Sólo espero que siempre seas una persona… igual que ahora. Sonríe, silba a la chicas, no te importe llevar turistas gordas, y consigue momentos de felicidad para tus semejantes. Estoy segura de que tú también me entiendes. ¿Okay?

—Okay, encanto —sonrió Boyd, alzando un pulgar—. Y si alguna vez vuelves a necesitarme, llámame. ¡Arriba Brigitte!

Ésta sonrió, y miró al negro.

—Diamond, tú tienes más que los otros: doscientos cincuenta mil dólares. No es por injusticia de reparto… De ti es de quien más espero. Quiero que seas un buen abogado. No pienses en otra cosa que no sea estudiar… Tú y yo sabemos lo importante que es eso, y… Bueno, entre nosotros huelgan tantas explicaciones, ¿verdad?

—Verdad —murmuró Diamond.

—Os deseo mucha suerte en la vida —susurró Brigitte—. Adiós…

Boyd y Dora se marcharon, mientras Diamond se las arreglaba para retrasarse y quedar a solas con Brigitte.

—¿Nos volveremos a ver? —preguntó sombríamente.

—Muchas veces, porque yo tengo intención de recurrir a ti siempre que necesite alguien inteligente, valiente y honesto.

—Yo quería decir…

—Dy: lo que doy lo doy de corazón; jamás miento a mis amigos. Si algo te di que sea de tu aprecio recuérdalo siempre…, pero jamás insistas en algo que yo no desee en ese momento volver a dar.

—Gracias por todos tus regalos —sonrió el negro enamorado—. Y siempre que necesites a alguien dispuesto a morir por ti llámame.

—Adiós, Dy —sonrió dulcemente la espía.

Este es el final

Apenas se hubo cerrado la puerta de la *suite* ocultando al atlético negro, se abrió la del dormitorio, y Charles Alan Pitzer apareció, acercándose a Brigitte con expresión falsamente enfurruñada.

—Es muy fácil disponer del dinero ajeno, ¿no? —Gruñó.

—Dólares rusos —rió Brigitte—. ¿De qué se queja? Medio millón para mis amigos y dos millones y medio para que usted los reparta entre la familia de Lyn Galloway y casos similares. ¿Le parece mal?

Pitzer se sentó junto a Brigitte, mirándola como fascinado.

—Me estoy convenciendo de que nada de lo que usted haga puede salir mal o estar mal pensado. Usted es excepcional, querida. ¡Es usted lo más maravilloso que…! Esto… Ejem… Quería decirle…

—Adelante —rió Brigitte—. ¡No se acobarde!

—Pues… Vaya, todo terminó, y además bien, gracias a su formidable intervención: impedimos la distribución de armas en Watts District y parece que las cosas allá están en vías de solución… O sea, que todo va bien, y… Demonios: ¿qué tal si cenamos juntos hoy?

—¡Pero hombre de Dios…! —Clamó Brigitte—. ¿También en Santa Catalina me sale con ésas? ¡Usted es un pícaro!

—¿Acepta o no? —masculló Pitzer.

—Pues creo que voy a complacerle, porque…

Sonó el timbre de la puerta. Brigitte fue a abrir…, y regresó con un telegrama, mirándolo pensativamente. Lo abrió y lo leyó. Luego lo tendió a Pitzer, sonriendo no poco divertida. El telegrama decía:

USTED ESTÁ HOLGAZANEANDO EN ESA BELLA ISLA Y NOSOTROS NO HEMOS RECIBIDO TODAVÍA NINGÚN ARTÍCULO *STOP* LE DIRÉ UNA COSA QUERIDA NIÑA *STOP* PARA NO HACER NADA DE PROVECHO EN SANTA CATALINA SERÁ MEJOR QUE REGRESE A NUEVA YORK

STOP SE SUPONE QUE USTED COBRA UN SUELDO DEL MORNING NEWS, DE MODO QUE REGRESE A TRABAJAR *STOP* SUYO A PESAR DE TODO *STOP* MIKY GROGAN.

Pitzer estaba rojo de furia al terminar de leer el telegrama.

—¡Ese viejo decrépito no sabe lo que usted ha hecho…!

—De todos modos él tiene razón: regresaré inmediatamente a Nueva York y escribiré todo un reportaje sobre el asunto de Watts District.

—¿Inmediatamente? —Respingó con fuerza Pitzer—. ¿Cuándo es para usted inmediatamente?

—Para mí la palabra inmediatamente sólo tiene un significado. Decir inmediatamente es decir inmediatamente. O sea, ahora.

—Pero… ¡¿y nuestra cena?! —aulló Pitzer.

—Otra vez será, amor —sonrió encantadoramente la espía—. Pero consuélese: no todo el mundo tiene en perspectiva cenar con Brigitte Montfort más o menos en breve…

FIN

Notas

[1] Se llaman «agentes de capa y espada» a los de acción, a los que preferentemente, por sus condiciones físicas y su valor, son destinados a misiones especialmente arriesgadas, hasta el límite de la vida si es necesario para llevarlas a cabo. < <

[2] Rabo de arraia es uno de los golpes de la modalidad de lucha llamada capoeira; también lo son los llamados media luna de compás, martillo, zancadilla, caída de la ladera, entre otros muchos. Sobre todo ello, el propio autor, por boca de sus personajes, va dando las oportunas explicaciones durante el desarrollo de la aventura. < <

[3] Verídico. < <

[4] En la localidad de Langley está el cuartel general de la CIA, a un cuarto de hora en coche del Pentágono y de la Casa Blanca. Es un enorme edificio que en absoluto recata su presencia y su cometido. <<